UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

[El significado é importancia de las literaturas regionales.]

# DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

# REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL

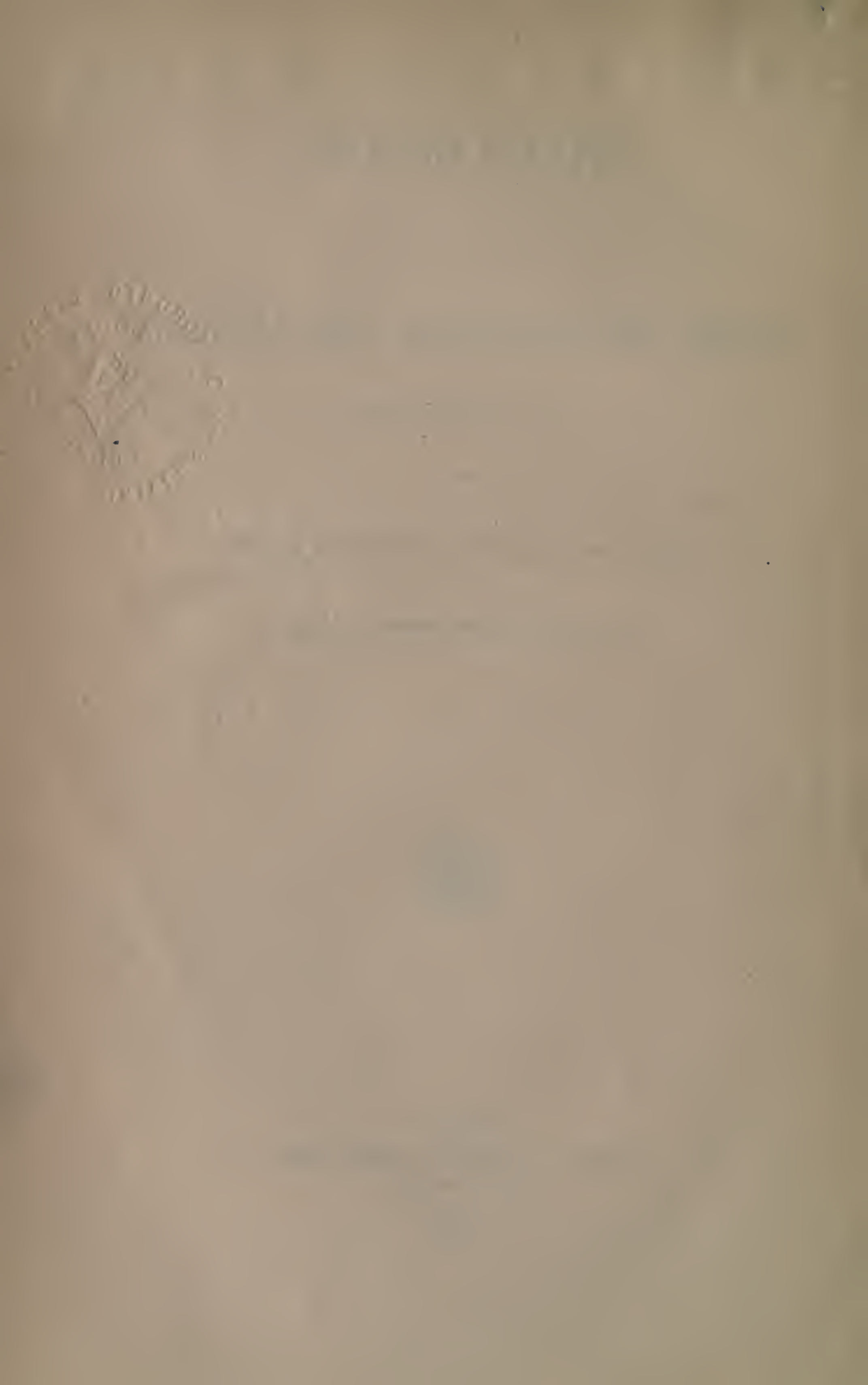
EXCMO. SR. D. VÍCTOR BALAGUER

EL DOMINGO 25 DE FEBRERO DE 1883



24166
4/3/30

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Isabel la Católica, 23
1883



# DISCURSO

DEL

Excmo. Sr. D. VÍCTOR BALAGUER



SEÑORES ACADÉMICOS:

A vuestra bondad, que no ciertamente á mis merecimientos, por demás escasos, y á otro móvil quizá también, en vosotros patriótico y levantado, al deseo de que pudieran tener aquí legítima representación las literaturas regionales que son honor y timbre de nuestra patria española, es solamente á lo que debo, suma gloria para mí, la honra de presentarme á ocupar hoy el sillón en que el ilustre académico *D. José Selgas y Carrasco* hubo de sentarse un día, con aplauso tan universal y solemne, como unánime y profundo fué el duelo que por su muerte sintieron, y sienten todavía, y aún han de sentir todavía más, las letras nacionales.

Por lo que á mi gratitud atañe, Señores Académicos, sólo puedo deciros que es tan grande como grande fué vuestra benevolencia, único medio posible de que abrirse pudieran para mí las puertas de la Academia. Y por lo que toca á mi noble antecesor el *Sr. Selgas y Carrasco*, ¿qué puedo deciros de él que antes vosotros no hayáis sentido, y que consignado no hayan antes con crítico elogio la prensa periódica, con panegírico recuerdo la opinión pública, con solemne manifestación las letras patrias?

Fué escritor correcto, hablista puro, poeta gallardo, prosista superior, selecto literato, de agudo ingenio y de

ática forma. Nació para vivir siempre. Su nombre quedará consignado en el libro de honor de nuestra literatura, que no es fácil, ni posible, escribir la historia de nuestras letras, sin recordar al que en poesía contendió con los primeros, al que sobresalía como prosista entre los de más talla, y al que inició en España un género que alcanzó propaganda y tiene escuela. Pertenecía *Selgas* al reducido número de los que piensan y escriben, no con el ajeno, mas con el propio discurso, y era de aquella singular progenie de literatos á quienes el voto público otorga derecho de ser alzados sobre el pavés.

Indiqué antes, Señores Académicos, cuál debió ser el secreto que en vuestra bondad pudo influir para señalarme asiento á vuestro lado, ya que por propios méritos no lo tuviera, y esto me induce á escoger, para proposición de este acto, un tema que nos obligue á discurrir sobre el significado é importancia de las literaturas regionales, y á examinar un grave problema, á cuya resolución hay que ir con inflexible, pero prudente firmeza.

Aquellos yerran que al escribir la historia de las letras españolas reducen todas sus glorias á la literatura castellana. Eximia es ésta y superior, como puede serlo la primera y más principal del mundo, en el que acaso no reconoce rival; basta ella sola para gloria de una nación, siquiera sea ésta la poderosa España; pero mayor ha de ser el timbre y más de envidiar el lauro, si ya con cinco literaturas, que no con una sola, puede nuestra nación presentarse á contender en el palenque ó concurso de las naciones literarias.

Las provincias catalanas, con Valencia y las Baleares, tienen una literatura. La tienen los euskaros, los gallegos y los astures.

De estas literaturas, llamémoslas regionales, no se dice tal vez todo lo que se debiera por lo mucho que ellas va-

len y merecen. Es, quizá, que son poco conocidas, y, por lo mismo, poco estudiadas.

Prescindiendo aún de la lusitana, que en el haz se encuentra de las glorias y de las literaturas ibéricas, no se pueden pasar en silencio esas otras que escritas están en lenguas que no dejaron de contribuir, y poderosamente alguna de ellas, á formar la hoy magistral y solemne lengua castellana.

Esto sucede al bable, al gallego, al mismo catalán, este último en su calidad hereditaria del provenzal; áun cuando no así suceda con el euskaro, que, por una especie de milagro, cuando no sea por una gran fortaleza y conciencia de superioridad, vive independiente, primitivo y libre, sin trato, ni roce, ni confianza con sus vecinos, en medio de todos esos dialectos romances que se formaron al descomponerse la lengua del Lacio.

De cualquier manera, glorias españolas son, y legítimas, y puras, como de patriarcal y honrado abolengo todas.

¿Qué nación, por opulenta y poderosa, dejaría de aceptar como joyas de su literatura nacional esas bellas poesías en todos géneros, y en los diversos dialectos de la lengua euskara escritas, que anuncian una robusta vitalidad poética en la raza varonil de esos hijos de Aitor, que se llaman, y lo serán sin duda, los últimos iberos, y que pretenden tener, y acaso la tengan, una lengua prehistórica, no por menos conocida más desdeñada, ni por más desdeñada menos maravillosa?

El movimiento literario de la moderna Euskaria, pueblo de aborrascada historia, se revela con todo el vigor de la juventud y de la lozanía.

Cataluña llevó á aquel país la institución de los Juegos Florales, y esos certámenes literarios dieron vida y actividad á toda una raza de poetas que indolente permane-

cía, ó dormida, en aquellos rientes y pintorescos valles, tan á menudo cruzados por arroyos de sangre fraternal, que el mar Cantábrico besa con sus espumas oceánicas, y cierra el abrupto Pyrene con sus riscosas soledades.

No blasona de remota antigüedad la poesía euskara: moderna es, de nuestros días; pero sus poetas están cortados á la antigua, nacen formados y adultos, con los bríos mismos y desfogues que pudieron tener los autores de aquel famoso *Canto de Altabiscar*, que podrá ser más ó menos antiguo, lo cual no es para debatir en este instante, pero que, más antiguo ó más moderno, es un monumento de gloria con sobra de ésta para enriquecer á toda una serie de generaciones literarias [1].

Más justas pretensiones tiene á la antigüedad la literatura gallega. Sus títulos son legítimos, sus blasones honrosos, heredada su historia, puras sus tradiciones; y su idioma, el más dulce acaso que se conozca para cantar las tristezas y dolores de un alma herida, podrá ser efectivamente un dialecto, como se empeñan muchos en llamarle, pero es el dialecto al que cabe la honra de haber engendrado la lengua portuguesa. En habla gallega cantó sus loores á la Virgen Soberana el rey D. Alfonso X con sus inmortales *Cántigas*, en habla gallega moduló sus dulces endechas de amores el triste Macías, y en habla gallega probó á escribir la primera y, por consiguiente, más antigua poesía que puede presentar la historia literaria de estos reinos, el trovador provenzal Rimbaldo de Vaqueiras [2]. La moderna literatura gallega, por lo que toca á su lírica especialmente, tiene ya derecho á ser reconocida y honrada. Al escribir los fastos de nuestras modernas letras españolas, no se puede prescindir de dar ya á esa literatura el puesto de honor que le corresponde, digna y gallardamente conquistado por los hijos del Miño en obras superiores y valiosas, algunas de las cuales están desti-

nadas á alcanzar la vida que el tiempo concede á lo que es merecedor y digno de vivir con él.

También en esa noble región galáica asentaron su real los *Juegos Florales*, que con su histórica divisa de *Patria, Fides, Amor*, allí llevó la propagante Cataluña: también al calor de esas justas poéticas, que facilitan á todo *movimiento* literario los medios de difundir la fé de su realeza y de su vida, nuevos poetas han surgido reclamando con su existencia el derecho á la existencia; pero no debe, sin embargo, Galicia su moderna é inspirada lírica sólo á esos certámenes. Vivía ya la poesía en su seno, germinaba en sus entrañas, estaba en la cripta de su apóstol, que acudían á visitar romeros llegados de todas las partes del mundo, en su propia lengua dulce y armoniosa como el son de la lira que hiere el plectro, en sus iglesias románicas y en sus mares extensos, en sus deliciosas florestas y en sus cielos aborregados, en esa misma nostalgia que, por un arcano inexplicable, es común á los hijos que abandonan la patria gallega y á los que en ella permanecen. Sólo necesitaba su poesía un impulso, sólo necesitaba revelarse, para nacer dulce, rica, briosa, sonora, como es fama, según añejas tradiciones, que existía el oro en las entrañas de un monte sagrado que se alzaba en sus fronteras, oro que ni á costa de los más rudos trabajos conseguía encontrarse, pero que brotaba espontáneo, en abundante y caudaloso criadero, como presente de los dioses, cada vez que el rayo bajaba á herir la tierra (3).

Al otro lado de los montes Herbáseos, existe un pueblo á quien da singular origen una tradición poética. Cuéntase que, cuando la destrucción de Troya, la Aurora, deshecha en lágrimas, envolvió bajo los pliegues de su intonsa cabellera al griego Astur y á sus compañeros, y hurtándolos al desastre, los trasladó á una comarca ibérica, orillas de un río que de su nombre se llamó Astura, y hoy

es el Ezla. Esta raza, de tan literario origen, milagrosamente escapada á la destrucción de Troya, es la que estaba predestinada á salvarlo todo en España, después de la sangrienta rota á orillas del Guadalete: independencia y libertad, leyes y culto, lengua y literatura, historia y honra.

No estoy llamado aquí, ni es esta tampoco la tribuna propia, á cantar las glorias del pueblo astur. Consignadas están en nuestros patrios anales. Favorecidos por esa vertiginosa rapidez con que domina el valor, comparable sólo á la ciega premura con que se impone el miedo, se apoderaron los árabes de nuestra Península. Todo sucumbió ante ellos, todo ante ellos hubo de postrarse, ó decadente ó medroso, excepción hecha de un puñado de montañeses que, recogidos en las asperezas del Auseba, y apellidando patria, alzaron con alentoso empeño el trono que legar debían luego á León y á Castilla, y con él la lengua y el culto, las leyes y las costumbres de los vencidos.

Conforme iba aquella nacionalidad valerosa extendiendo los aledaños de la monarquía, así iba adelantando la lengua y aceptando gran copia de modismos y de frases orientales, al propio tiempo que, como luego he de consignar, admitía también la influencia provenzal que en ella logró ingerirse, merced á la importancia que aquella literatura tomó en la corte de los reyes y en las congregaciones de los pueblos castellanos. Pero mal avenidos andaban con esto los indomados astures, que tenían á honra no confundir su lengua con la de los árabes, como no habían querido aceptar el roce con sus huestes, á las cuales opusieran por muralla sus ásperos y difíciles valladares, y áun otros valladares, todavía más ariscos é inexpugnables, los de sus desnudos pechos y de sus recios propósitos.

Quedan muchas obras, sobre todo poéticas, escritas en habla asturiana, por lo común llamada bable. Aun cuan-

do el movimiento literario de los astures no haya progresado con el patriótico entusiasmo del euskaro, la decidida persistencia del catalán ó la creciente inspiración del gallego, no por esto deja de tener valiosos monumentos literarios que señalan y fijan su existencia (4).

Hay otra lengua y otra región españolas cuya literatura viene hace siglos coexistiendo con la castellana.

Desde los límites del antiguo *Templum Veneris* de los romanos, hasta llegar á las que fueron fronteras del reino de Granada y de las Alpujarras, costeando siempre el Mediterráneo, que es el mar de nuestras tradiciones; desde la primera fortaleza que en un estribo de los Pirineos orientales alzaron aquellos héroes de la Reconquista, coincidentes con los astures, y á quienes se llamó los *Barones de la fama*, hasta el primer presidio que adelantado á sus fronteras sobre el mar latino tenían los árabes; en una palabra, desde el cabo de Creus hasta el de Palos, ocupando el Este de España, y sálvando el mar para espaciarse en las florígeras Baleares, se extiende, con sus varias ramificaciones y dialectos varios, la lengua que tuvo su origen literario en la de aquellos trovadores provenzales, que adelantándose seis siglos á esas mismas ideas de libertad, de civilización y de progreso que informan hoy los códigos de los pueblos más avanzados y liberales, las proclamaron desde su tribuna de Tolosa, la Atenas occitánica, y las mantuvieron con su sangre y con su vida en los campos de Muret y en las hogueras de la Inquisición.

Mantenedor de esta lengua en España es el pueblo que vive á orillas del mar azul, acariciado por sus dulces brisas, fortalecido por sus heróicos y populares recuerdos, con sus tradiciones helénicas y románicas, y á la sombra protectora de las dentelladas crestas del histórico Montserrat, donde tiene la casa solariega de su religión y de su

lengua, de su independencia y de sus leyes, donde está, con el santuario de su Virgen querida, *la morenita de las montañas*, el santuario también de sus glorias: que si en lejanos tiempos el Montserrat pudo ser propugnáculo de los reconquistadores de la tierra, en los nuestros ha sido muro infrangible que por virtud ha detenido el empuje de los batallones imperiales que pretendian arrebatar á España su gloriosa independencia.

Bien hallado con sus tradiciones y su lengua, vive allí un pueblo austero en sus costumbres, firme en sus propósitos, sobrio en sus apetitos, rebelde á la imposición si á la amistad sumiso, como su idioma severo, avaro de frases aunque no de favores, emprendedor y valeroso, porfiado en el trabajo que es para él un culto, y tan amante de su tierra que, áun cuando por ventura se ausente empujado por azares ó solícito de medros, á ella vuelve siempre para hacerla heredera de sus bienes y tumba de sus huesos.

A este pueblo pertenece la literatura levantina que, con su moderno y extraordinario renacimiento, llama hoy poderosamente la atención de los extranjeros que acuden diligentes á estudiarla [5].

Ahora bien, señores Académicos, ¿á qué obedece el despertar de nuestras literaturas regionales?

Hoy se mueven y se agitan, llenas de vida, de actividad, de movimiento, esplendentes de luz, de arte, de brillantez, de irradiación y de colores.

¿A qué ley histórica, á qué principio, á qué sentimiento, ó á qué instinto puede obedecer esto?

Por ley natural del progreso, las sociedades humanas tienden á la unidad. Así se han ido formando las grandes naciones, España, Francia, Alemania, Italia... Así se formará, ó por mejor decir, volverá á formarse un día la península ibérica.

Cuando nuestra nación tiende, pues, á extender sus fronteras y sus horizontes, ya que en justicia debemos abrigar el generoso pensamiento de la nacionalidad ibérica, y el latino propósito de repetir algun día, con respecto al Africa, el inmortal *teneo te* de Scipión el Africano, ¿cómo se explica que las literaturas regionales, y hasta el espíritu regional, se levanten soberbios, en son de independencia, que algunos traducen, ó incautos ó malévolos, por separatismo?

Cuando las naciones, no contentas aún ni bien satisfechas todavía con su unidad política, buscan en sus consanguíneas nuevos medios de enlace y de unión en la raza, é intiman relaciones con la perspectiva de estrechas alianzas para el caso de futuros conflictos, ¿cómo se explica que regiones determinadas, en su habla regional, invoquen su historia y su pasado, levanten el ánimo de sus compatricios, y aspiren á tener una literatura propia, emancipando, digámoslo así, su pensamiento y su lengua del pensamiento y de la lengua oficiales, áun reconociendo todo el peligro de la emancipación del pensamiento en literatura, que es el síntoma más característico de la nacionalidad, áun reconociendo todo el peligro que hay en el uso de la lengua propia regional, ya que la lengua es la patria?

Pues esto tiene fácil explicación. No la busquemos, que bien pudiéramos, en la natural ingénita propensión del individuo á recordar su pasado, la casa de su infancia, el nombre de sus padres; de las familias á memorar sus blasones solariegos y su linaje; de las corporaciones á sostener sus fueros y privilegios; de los pueblos á celebrar sus fastos tradicionales. No la busquemos tampoco, que bien pudiéramos también, en la sospecha de que las antiguas nacionalidades históricas, mal avenidas con una organización exageradamente centralizadora y uniforme, buscan

en las tendencias literarias lo que otras corrientes no pueden ni deben procurarles.

Busquémosla en la ley natural, en la ley eterna, la cual hace que, así como los cuerpos celestes están sometidos á dos fuerzas mayores, ineludibles, la de atracción y la de repulsión, así las sociedades humanas obedecen á dos impulsos contrarios, la unidad por un lado, la independencia por otro, ambos antitéticos y ambos no obstante necesarios, como que son elementos de vida y de progreso.

Tiene, sin embargo, un peligro la unidad, el de la uniformidad; como también un peligro la independencia, el de la licencia.

Si la unidad es uniformidad, fácilmente puede convertirse una nación de hombres libres en una nación de siervos, y el siervo no tiene más lengua que la de su amo ni mas patria que el suelo pisado por las plantas de su señor.

Si la independencia es extrema libertad, ataca al derecho, y al atacar el derecho provoca la lucha, y la lucha es la guerra, la guerra civil, la mayor y más ruinosa de las guerras, el suicidio de la patria.

La misión del legislador, en nuestros pueblos de raza latina sobre todo, está en hallar la forma que ponga de acuerdo la independencia con la unidad, equilibradas entrambas dentro de la armonía. Permitidme una comparación, demasiado vulgar tal vez: cuanto más numerosa y más varia es la diversidad de voces en un coro, más compacto resulta, más poderoso y fuerte, por virtud de la unidad y de la armonía. No hay que olvidar que la ley de variedad es ley de vida, y por lo mismo necesaria, pero en cuanto no atente á la armonía, que es también otra ley de vida. Así todas las pasiones y sentimientos humanos, por varios y contrapuestos que sean,

están dentro de una sola vida; así van á parar los ríos al seno de una sola mar, y al de una sola muerte los mortales.

Los hombres que han tenido el gobierno del Estado en sus manos, los que hoy lo tienen, los que pueden tenerlo mañana, han de ir, francamente y despojados de todo miedo doctrinario, á resolver el problema que se presenta como pavoroso en las modernas agrupaciones de la raza latina. Ellos deben fijarse en que el no satisfacer las exigencias provinciales justas, es despertar la exageración provincial y el recuerdo acaso de una nacionalidad perdida; ellos deben pensar que en paises como el nuestro, la excesiva centralización política es la anestesia, es decir, la resolución de la conciencia y la parálisis de las grandes manifestaciones de vida de los pueblos, ya que el exceso de personalidad del Estado se forma á expensas del tanto de justa personalidad de las provincias; ellos deben discurrir que el habla nativa del país es el lazo que une el pueblo á la tierra, y hay que mantener el lazo para sujetar la tierra; ellos deben, por fin, tener en cuenta que es atentar á la unidad nacional herir en su dignidad el espíritu de provincia.

Lo que debe hacerse en política, hacerse debe en literatura, que tal es la condición de nuestra España, literaria y políticamente considerada, ya que resulta verdad en lingüística, lo que resulta tal en política.

Cuanta más vida, y más vigor, y más entusiasmo, y más amor provincial ó local haya en los municipios, más vida y más fuerza nacional tiene el país. La nación es mayor cuanto mayores y más poderosas sean las provincias.

Así en literatura.

La lengua oficial ó nacional tendrá mayor fuerza, y más virtud ha de tener, cuanto mayor la tengan las regionales; que en éstas, no en las extranjeras, ha de ir á buscar

los vocablos, las frases, los modismos que para su perfección y belleza le falten.

Esto intentó un día el ilustre Jovellanos, quien tuvo la idea de formar un diccionario del dialecto asturiano, llegando á publicar el plan de esta obra, que malaventuradamente no pudo realizarse. Era proyecto de aquel esclarecido patricio contribuir con este propósito á enriquecer la lengua castellana, á fin de que ésta no se hiciera tributaria del extranjero aceptando frases, modismos y vocablos allegadizos y extraños, cuando mejores, y más propios, y nacionales sobre todo, podía proporcionárselos el habla asturiana.

Lo que con respecto al bable quería llevar á cabo Jovellanos, es lo que en más modernos tiempos realizó, con respecto al aragonés, un eminente literato, correspondiente vuestro en Zaragoza, Señores Académicos, cuya muerte ha dejado en la región de las letras aragonesas un vacío que difícilmente podrá llenarse. Me refiero al Sr. D. Jerónimo Borao [6].

El desarrollo de las literaturas regionales, en mi opinión al menos, es la aurora de un día espléndido para España y, sobre todo, para la lengua y la literatura castellanas, que están destinadas á recoger el fruto y la herencia, y que hoy sobresalen, luminosas y atractivas, ensalzadas por extraños, lo cual es algo más que por propios, y tan seguras de las glorias históricas de su pasado como de las esperanzas legítimas de su porvenir.

De esa lengua y de esa literatura castellanas, nada ó poco al menos he de decir por mi parte, cuando todo lo dicen ellas por sí, cuando aquí estáis reunidos en solemne Areópago, todos vosotros los ilustres del país, aquellos que por haber sido sus apóstoles y misioneros, hoy sois sus escogidos y custodios.

Reconociendo por madre la lengua latina, que es la

misma que tenemos todos nosotros, portugueses, castellanos y catalanes; aceptando el mismo origen y teniendo la misma tradición, la lengua castellana arranca un día de la cordillera cantábrica para ir avanzando, compañera fiel de la monarquía, hasta llegar á aposentarse en el corazón de España, desde donde, prolongándose por la reconquista hasta Tarifa y Cádiz de un lado, y por la paz hasta Huesca y Jaca de otro, partiendo la Península en dos mitades, y extendiendo sus brazos para alcanzar con uno el Océano en Santander, y con el otro el Mediterráneo en Málaga, hace á todas aquellas regiones y á entrambos mares tributarios de Castilla. No satisfecha aún, un día parte de Palos con Cristóbal Colón para cruzar los tenebrosos mares y ser así la primera que aprenda el Nuevo Mundo al nacer á la vida de la comunidad y del progreso; otro día acompaña al Gran Capitán en sus jornadas de Italia; sigue luego á los ejércitos conquistadores de Carlos V; y ya, más tarde, con Cervantes, con Lope de Vega y con Calderón de la Barca, se hace admirar y aplaudir en todo el orbe.

No ofrece duda para mí, áun cuando lo contrario afirmen opiniones muy respetables, que si debe la lengua castellana muchas de sus excelencias y primores al influjo de los árabes, no debe menos tampoco á la influencia provenzal, ni es ésta menos eficaz en ella. Con particular empeño y con patriótica insistencia se ha querido negar esto último. En mi sentir, no puede sostenerse lógicamente esta opinión, pues la evidencia demuestra lo contrario.

Pudo dar origen á esta idea un noble sentimiento patriótico, ya que, hasta muy modernos tiempos, y también por autores respetables, se ha confundido el provenzal ó lemosín con el francés, haciéndolos sinónimos, cuando nada tuvo nunca que ver la lengua de *oc* con la de *oil*, y cuando sólo después de medio siglo de heróica resistencia,

pudo el francés dominar la Provenza, no sin tener que concluir antes con la lengua, con la literatura y con la nacionalidad de los provenzales.

De la influencia que éstos pudieron tener en la lengua y literatura castellanas no sabemos aún lo bastante, pues la oscuridad de aquella época y la falta de documentos nos cierra todo horizonte; pero á medida que vayan avanzando las disquisiciones filológicas á que con serena meditación y profundo estudio se entregan hoy algunos sabios de aquende y allende los Pirineos, podremos llegar á fijar nuestra opinión sobre este punto harto difícil.

Por de pronto, y sólo con el deseo de allegar materiales para que puedan ser útiles á los que este trabajo emprenden, he de permitirme, Señores Académicos, consignar algunas observaciones y referir algunas particularidades relativas á este punto concreto, que hice un día objeto de pertinaces y predilectos estudios en tiempos para mí más venturosos. Algo de lo que voy á decir podrá ser de algunos conocido; pero algo he de decir también hasta hoy ignorado, ó que al menos, honradamente lo confieso, no llegó á mi noticia que antes se hubiese dicho.

Si la influencia lemosina en la poesía gallego-portuguesa está reconocida y confesada por vosotros mismos, Señores Académicos (7), día llegará en que sea reconocida también y quede consignada su influencia en la castellana, sin menoscabo de ésta, sino muy al contrario, en honra suya, pues demostrarse puede que, con anterioridad á la misma Cataluña, tendió Castilla sus brazos á la poesía provenzal dándole el calor de su regazo, siendo también debida á Castilla la gloriosa iniciativa de aprovechar el canto del poeta lemosín como medio político de levantar el espíritu público y acomodar el ánimo del país á grandes y patrióticas empresas.

Hay un hecho innegable. El habla provenzal, áun

cuando no fuese más que como lengua literaria, era perfectamente conocida y hablada en las Cortes de Castilla y de León. No existía aún *el libro de los Reys d' Orient*, considerado como el primer monumento de la literatura castellana, y ya, sin embargo, la Corte de Castilla ardía en aires y en cantos lemosines que aquí llegaban de Provenza y de Gascuña, y con ellos poetas, no menos insignes por ser hoy menos conocidos, poetas á quienes acogían con entusiasmo los reyes, las damas y los barones, y á quienes honraban y festejaban con singular predilección, como jamás lo fueron en la misma Cataluña.

Desde el siglo XI, es decir, desde la época de Guillermo de Poitiers, el primer trovador conocido, vienen encontrándose en Castilla huellas, vestigios, noticias de trovadores provenzales. Registrando manuscritos, compulsando datos, leyendo, ó mejor dicho, deletreando, mejor dicho aún, escudriñando las poesías originales de los trovadores, es como he podido encontrar datos inestimables, no consignados todavía en la historia, los cuales me permiten asegurar que los trovadores tuvieron grande influencia, y muchos de ellos gran privanza, en las Cortes de León y de Castilla.

Cuando Alfonso VII proyectaba su empresa de armas contra Almería, acudió, lo primero de todo, á un trovador provenzal, como elemento de propaganda, según ahora, por ejemplo, se acudiría á la prensa para sondear la opinión y levantar el espíritu público á favor de una empresa patriótica. Vivía entonces Marcabrú, uno de los más antiguos poetas provenzales que se conocen, y vivía seguramente en Castilla. A él se acudió, y hubo de dársele el encargo de componer un canto para inducir á los barones del otro lado de los Pirineos, sobre todo á los de Guiena y Poitou, á tomar parte en la empresa concebida por Alfonso VII.

Compuso Marcabrú su canto. Es aquél que empieza:

« Pax in nómine Dómini
Fes Marcabrú los mos e'l so
Auiatz que di. »

"*Paz en nombre del Señor. Es Marcabrú quien hizo este canto, letra y música. Oíd lo que dice.*"

Por una coincidencia digna de notar, este canto es el primero de los *serventesios* políticos que se conocen,—pues sólo más tarde aparecen los flagelantes y virulentos *serventesios* de Beltrán de Born,—debiéndose por lo mismo al espíritu de Castilla el origen de este género de poesía y el origen también de este género de composición política entre los trovadores.

Los juglares, es decir, los cómicos de entonces, partieron en seguida para propagar la poesía, que iban cantando por cortes y castillos, por pueblos y comarcas, tratando de provocar el entusiasmo á favor de la empresa que proyectaba el monarca castellano.

No hubo de obtener el canto de la *Piscina*, como así se le llama, gran resultado entre los barones de allende los Pirineos, áun cuando parece que lo obtuvo completo en Castilla, donde todo induce á creer que Marcabrú era popular. El poeta escribió entonces un nuevo canto *(Emperaire, per mi mezeis)*, dirigido esta vez al rey y á los barones castellanos. En él combate la conducta de los que han sido sordos á su primera invitación, les acusa de cobardes, egoistas y traidores, alienta al emperador (Alfonso VII), "en quien vé crecer cada día más la prez y la valía," y le incita á llevar á cabo su empresa con sólo el auxilio de los catalanes.

Según se ve y se deduce, debía esta poesía cantarse á coro por masas de pueblo y de soldados, en las aldeas y

lugares de Castilla, provocando el entusiasmo público á favor de una empresa que se realizó y obtuvo el éxito más completo, para gloria de sus capitanes, el rey D. Alfonso y el conde Berenguer IV de Barcelona.

Ya después de Marcabrú los trovadores son numerosos en Castilla y en León. Se les encuentra ocupándose de cosas de estos reinos, interviniendo en sus asuntos, influyendo con sus poesías (sus artículos de periódico diriamos hoy) en determinadas soluciones políticas, dando consejos á sus reyes, criticando ó elogiando ciertos hechos públicos, deprimiendo ó apoyando las empresas y proyectos que se realizaban ó atribuían á sus gobernantes, tomando parte en los duelos, en las alegrías, en los desastres, en los triunfos y en las glorias del pueblo castellano.

Así vemos, por ejemplo, que no nacidas aún las musas castellanas, es la lira provenzal de Pedro de Auvernia la que entona un canto de alabanza en honor de Sancho III al subir éste al trono que sólo pocos meses debía ocupar (*Bel m'es quan la rosa floris);* así vemos al famoso Beltrán de Born dirigir á Alfonso VIII *el de las Navas*, uno de sus mejores y más varoniles *serventesios (Miez serventes vullh-far)* para empujarle á intervenir en los asuntos de Provenza; á Folquet de Marsella lamentar en levantadas estrofas la rota funesta de Alarcos, pidiendo á los pueblos y á los reyes que se alzaran en favor y auxilio de Castilla y de su noble monarca *(Hucimais no i conosc razó);* á Giraldo de Calansó confundir su llant con el del pueblo castellano para dedicar una sentida e gía á la muerte del príncipe D. Fernando *(Belh senhor Di..s);* á Gavaudan *el viejo* profetizar la jornada gloriosa de las Navas, en la cual tomó parte como soldado *(Profeta será en Gavaudas)*; á Aymerico de Peguilhá recordar su estancia en Castilla en unos versos que debían ser inmortalizados por el Petrarca (*En Castela, al valen rey N' Anfós*)*;* á Pedro Vidal

predicar la unidad y la integridad de la patria española, reprochando duramente á los monarcas españoles sus odios y rencores mútuos, y pidiéndoles su concurso para combatir el enemigo común hasta que España fuera una y tuviera una sola ley y una sola fé (*Als quatre reis d'Espanha*); á Rimbaldo de Vaqueiras, por fin, escribir en castellano, ó mejor en gallego, los versos más antiguos que se conocen en esta lengua (*Mas tan temo vostre pleito*).

Pero hay más; que si esto sólo fuera, no bastara á demostrar mi tesis: son innumerables las citas que pudieran hacerse, y yo haría, si se tratase de un libro, en vez de un discurso y de un acto como estos, para los cuales tengo que reducir y concretar los argumentos, á fin de cansar vuestra atención lo menos posible y abusar lo menos posible de vuestra benevolencia. Son infinitas, repito, las poesías de los trovadores cuya simple lectura da á conocer la intervención que aquellos poetas tuvieron en Castilla y en las cosas ó intereses de este reino. Los trovadores se agrupan junto á Alfonso VIII, Fernando *el Santo* y Alfonso *el Sabio*, especialmente en torno de este último, que les distingue, les colma de honores, les llama hasta á sus consejos, *tensiona* con ellos en habla provenzal y, cuando la caida de la dinastía tolosana, les ampara con tan hidalga y completa hospitalidad, que hasta ha podido sospecharse, con cierto fundamento, que llegó á ofrecerles una villa libre y franca para su estancia y hospedaje.

Durante el reinado de estos monarcas, Guillermo de Bergadá se refugia un día en Castilla huyendo las venganzas y los ódios provocados por sus punzantes *serventesios*; Hugo de San Cyr manifiesta en sus versos el deseo, por fortuna no logrado, de que el monarca castellano apoye á la Francia y á la Iglesia contra Tolosa; Elías Cairel ensalza al rey de León; Guillermo Ademar habla de sus

amores con una dama castellana; en las obras de Beltrán de Allamanón, de Sordel el mantuano, de Azemar *el negro*, de Galcerán de San Didier, de Beltrán Carbonell, de Bartolomé Giorgi, de Ramón de la Tor, de Paulet de Marsella, de Beltrán de Rovenhac, de Beltrán de Born el hijo, de Aymerico de Belenoy, de Elías Fontsalada, de Arnaldo Plagués, de Ramón de Castelnau, de Pedro Roger, de Sabarico de Mauleón, de Folquet de Lunel y de otros muchos, se hallan frecuentes alusiones á Castilla, repetidas alabanzas á sus reyes, juicios y consideraciones sobre la política castellana, elogios de damas y barones de estos reinos.

Hugo de l'Escure ocupa un empleo en la corte del monarca castellano, al cual dedica y consagra sus poesías; Guillermo de Montagnagout, el trovador que fué ministro y consejero del joven conde de Tolosa, y preparó el levantamiento de Provenza, está en íntimas relaciones con el rey D. Alfonso y de acuerdo con él combina sus planes políticos; Pedro Wilhem traza un cuadro de las cosas que pasan en la corte de Castilla; Savarico de Mauleón llega á estos reinos acompañado de otros poetas de su país, y asombra con el lujo y ostentación que despliega; Ramón Vidal escribe su novela de *El celoso castigado*, para solaz y entretenimiento de la reina de Castilla y de sus damas; Ebles abandona su apellido para tomar el de *Sancha*, único con el cual la posteridad le conoce, por amor á una dama castellana; otro poeta provenzal llamado Pedro, se apellida *el español* por recuerdo á estos paises; y, finalmente, Bonifacio Calvo es el favorito de D. Alfonso *el Sabio*, llega con su apoyo á los más altos honores, sirve con sus poesías los designios del rey, intima con una princesa de sangre real, excede á todos en privanza, influye en la vida política del reino, toma parte acaso en la redacción y compilación de las *Cántigas*, y escribe una de

sus obras para aconsejar al monarca que haga de su corte una corte de Provenza, centro de júbilo, de poesía, de prez y de cultura.

El consejo de su poeta favorito estuvo á punto de ser aceptado por Alfonso *el Sabio*, pues es indudable que acarició la idea de restaurar la poesía provenzal, cuando ésta fué arrojada de Provenza por los franceses invasores, y de aposentarla en Castilla, haciéndola revivir en este reino, como para llamarla á nuevos destinos en nueva patria. Altas razones políticas pudieron impedir á D. Alfonso la realización de este proyecto, que llegó á intentar; pero es de todas maneras sabido, y es hora ya de hacerlo constar, que aquel sabio monarca fué poeta provenzal y trovó en este idioma. Ahí están con sus *Cántigas*, á las que no es ciertamente extraño el gusto provenzal, sus poesías en contestación á las que le dirigieron los trovadores Nat de Mons y Giraldo Riquier, y por cierto que si en la primera de ellas puede alguno encontrar tendencias de libre pensador, en la segunda hallarán todos excelencias de sentido y verdadero poeta [8].

Basta, Señores Académicos, esta sola enumeración, áun hecha atropelladamente y á la carrera, para demostrar que aquellos poetas no pudieron pasar por Castilla, ni intervenir así en sus cosas públicas, ni hacerse tan populares con sus cantos, sin dejar huella de su paso y de su existencia, sin influir en la lengua y en la literatura del país. Efectivamente, los primeros poemas castellanos están llenos de frases y voces lemosinas; infinidad de vocablos castizamente provenzales y catalanes hay en vuestro propio *Diccionario de la lengua castellana*, y sobre tres centenares de ellos, rápidamente cogidos al vuelo, os presento aquí por nota [9].

Y aún hay más. Las huellas que aquellos poetas dejaron en nuestra literatura castellana, son evidentes y están

al alcance de cualquiera que se tome el trabajo de estudiar con crítica este asunto.

No hablo ya del *Libro de trovas* del rey D. Dionis, ni del *Cancionero del Vaticano*, donde los poetas gallegos y portugueses aparecen como legítimos y verdaderos trovadores, con el espíritu de éstos y con todas sus mismas buenas y malas calidades; no hablo tampoco de las *tensiones*, *pastorelas* y *vaqueiras*, género de poesía provenzal que hubo de quedar aclimatado en la literatura gallego-portuguesa. Hablo de tiempos posteriores y de épocas en que negar esta influencia es una temeridad, muy patriótica quizá, no lo pongo en duda, pero muy arriesgada y peligrosa.

Todo induce á creer y á demostrar que los provenzales inventaron la rima y las combinaciones métricas; pero áun cuando no fuera así, como algunos sin bastante fundamento suponen, es indudable que las llevaron á un grado tal de perfección y de primor, que por necesidad debían ser imitados por los poetas castellanos en sus decires y canciones. Pero no sólo en su forma, si que también en el fondo resalta la imitación.

El carácter subjetivo de la poesía provenzal lo tiene marcado en sus comienzos la poesía castellana. La romancesca vida de Macías el enamorado y de Rodríguez de Padrón el triste, sus trovas y canciones refiriendo sus cuitas y lamentando sus amores contrariados, ¿qué otra cosa son sino vidas y obras de aquellos trovadores provenzales que morían, como Guillermo de Cabestany, víctima de los celos de un marido, ó que después de haber aspirado al amor de una reina, como Bernardo de Ventadorn, iban á enterrarse vivos en las soledades sombrías de un vetusto monasterio?

Si en las *Cántigas* del rey D. Alfonso *el sabio;* si en los versos de Rabi don Santo; si en las obras del fecundo

Arcipreste de Hita se ve clara y evidente la imitación lemosina, la imitación y el género, y la esencia y el espíritu, y la forma y el fondo, todo lo tienen los poetas comprendidos en nuestros primeros cancioneros, singularmente en el de Baena.

Prescindiendo aún de que la sociedad castellana de entonces tenía muchos puntos de contacto con la sociedad de Provenza, y que en una como en otra el respeto y homenaje á la dama alcanzaban toda la importancia y solemnidad de un culto, ¿qué son aquellos poetas del *Cancionero de Baena*,—por ejemplo, y por referirme sólo á ellos en este caso,—qué son sino los sucesores legítimos y naturales herederos de los poetas lemosines, que con sus cantos habían dado tanto realce y esplendor á la corte de Castilla? ¿Qué son aquellas *Adevinanças escuras* y aquellas *Couplas de consonantes doblados* de Alfonso Alvarez, sino las *Devinallas* y *Coblas encadenadas* de los provenzales? Los decires de Micer Francisco Imperial, ¿qué son sino *Cançós* y *Descorts*? Las *Fynidas* que se encuentran en casi todas las poesías del *Cancionero de Baena*, ¿qué son más que las *Tornadas* de los trovadores? Las *Requestas* y *Preguntas* y *Respuestas* y *Replicaciones* de Ferrant Manuel, Alfonso Sánchez, Juan de Baena, Alfonso Alvarez y otros, ¿son por ventura distinta cosa que los *Partiments*, los *Jochs partits* y las *Tensiones* provenzales? ¿Qué son sino *serventesios*, el *Deçir que Ruy Paes de Rivera fiso é ordenó al Rey nostro señor quando desbarataron é vençieron á los moros de Granada*, el otro *Deçir de Pero Ferrús al rey D. Enrique*, que tiene todos los visos de estar calcado sobre uno de Bonifacio Calvo á D. Alfonso *el sabio*, el *Deçir que envió Juan de Baena al señor Rey sobre las discordias por qué manera podían ser remediadas*, y otras muchas composiciones de este género en aquellos cancioneros continuadas? La poesía de D. Alvaro de Luna, el condestable, diciendo que

Si Dios nuestro salvador
hobiera tomar amiga
fuera mi competidor,

¿en qué se diferencia de aquella trova provenzal de Bonifacio Calvo á una su amiga, prima ó sobrina de Alfonso *el sabio*, donde dice que "si Dios quisiera escoger una dama en este mundo, su amada sería sólo la elegida?

Y viniendo á tiempos más modernos aún, no sería difícil suponer que el autor de *El desdén con el desdén* hubo de buscar los conceptos de su más bella escena en aquella poesía de Aymerico de Peguilhá, *Car li ueill son dragoman-del cor é l' ueill vaun vezer*, como no sería tampoco muy aventurado pensar que la celebrada fábula de Juan Ruiz de Alarcón en su *Exámen de maridos*:

Un aguacero cayó
en un lugar, que privó
á cuantos mojó, de seso.....

pudo ser inspirada por la *faula* de Pedro Cardinal, que comienza así también:

Una cieutat fo, no sai quals,
on cazet una plueia tals
que tout l'ome de la cieutat
que toquet, foron dessenat.....

Lengua y literatura castellanas, si bien se examina, deben reconocer que en su origen entraron por algo, al menos, la lengua y la literatura provenzales.

No hay que empeñarse en desconocer esa influencia, cuando lejos de ser en menoscabo de este reino, es en gloria suya, ya que aquella lengua culta y literaria no vino á imponerse como conquistadora ó intrusa, sino que llegó atraida y llamada por Castilla, al conceder espléndida y regia hospitalidad á sus escogidos cultivadores. No

debe negarse esa influencia á la literatura provenzal, como no pueden ni deben negársela tampoco la catalana y la portuguesa (y ésta mucho menos aún), las dos lenguas históricas que en torno de la castellana, aparte siempre la singular euskara, han de venir á formar un día, cuando España vuelva á ser una, que lo será, los tres idiomas latinos de la nación peninsular y las tres literaturas españolas, ya que ellas tienen también los tres romanceros, las tres tradiciones y las tres historias, pudiendo presentar Castilla su poema del Cid refrendado por Cervantes, Cataluña su Crónica de D. Jaime *el Conquistador* legalizada por Ausias March, y Portugal-Galicia sus *Cántigas* de D. Alfonso *el Sabio* visadas por el gran Camoëns.

Ya nuestras preclaras Academias españolas, comprendiendo las necesidades que consigo traen el progreso y el siglo, salieron al encuentro de esta idea que flota en la atmósfera. No hace ciertamente mucho tiempo que á raiz casi de haber celebrado esta vuestra noble Academia, ante un monarca portugués, una solemne sesión para hacer constar la fraternidad de los idiomas y de las letras de Portugal y de Castilla, uno de vuestros ilustres individuos, el Sr. D. Manuel Cañete, iba á presidir los Juegos Florales catalanes en Montserrat, al propio tiempo que otro digno individuo de la Academia de la Historia, el señor Romero Ortiz, presidía los de Galicia en Pontevedra.

Ello se realizará, señores Académicos, que las cosas humanas acaban por ser siempre lo que han de ser. Y se realizará, y se hará, para mayor fuerza y mayor consistencia de la unidad española, que en lugar de reducirse, tiende, y ha de tender siempre, á ensancharse y fortalecerse, ya que sobre la haz de la tierra no existe otro país donde el sentimiento de nacionalidad se revele más vigorosamente que en el nuestro, ni hay otro donde el patrio-

tismo nacional brote con más acentuados y varoniles caracteres que en España.

Patente demostración de esta verdad es aquí todo: literatura, costumbres, tradiciones, historia. Vedlo sinó en nuestra poesía, la de la corte y la del pueblo, la antigua y la moderna, la nacional y la regional; vedlo en nuestros cantares y romances, que no morirán nunca porque son el poema de nuestra patria, la epopeya de nuestras glorias. Sea cual fuere la lengua ó el dialecto en que un español exprese sus sentimientos, como deje hablar á su corazón, allí resalta el amor á la patria común: que esto es lo que tiene de singular y característico nuestra poesía, precisamente lo que no tiene poesía ninguna de otro país, al menos en el grado que ella.

En las extranjeras no existe ningún sentimiento que predomine y las imprima sello y carácter, sucediendo, por lo general, que los autores van á buscar sus ideales, sus asuntos, y hasta su inspiración, fuera del centro en que se agitan y viven; pero en los españoles, pero en el canto de *Altabiscar* de los euskaros, pero en el castellano Cervantes, pero en el catalán Jaime I, pero en el lusitano Camoëns, pero en nuestros líricos del siglo de oro, pero en nuestros selectos cantares y en nuestros monumentales romanceros, hay un móvil que supera á todo, un sentimiento que á todos domina, que seduce, que arrastra, que avasalla, que se impone: la patria, la patria española con sus cielos espléndidos, que hacen pensar y creer en Dios; con sus mares inmensos é infinitos, que hacen pensar y creer también en la libertad y en la independencia; con sus ágrias montañas, que escalan el cielo y que son nidos de glorias inmarcesibles; con rios caudalosos como el Duero y el Tajo, que naciendo en las montañas de Castilla y de Aragón, no quieren precipitarse en el Océano sin antes recorrer el Portugal, como para recordarle que es tie-

rra española; con sus cantares de Córdoba y Granada, sus leyendas místicas de nuestros solitarios cenobios, sus recuerdos de capa y espada de Madrid y de Toledo, sus anales caballerescos de León y de Burgos, sus sobrealzadas gestas de la robusta Asturias, sus peregrinas tradiciones de la verde Galicia, sus empresas marítimas y sus fastos consulares de la ingente Barcelona, sus trovas lemosinas de la bella Valencia, sus varoniles enseñanzas de Zaragoza y de Caspe, sus rudas empresas de los valles euskaros, que todo esto es la patria, que todo esto es España, nuestra querida, nuestra idolatrada España, para la cual emprende el astur la reconquista, para la cual canta Camoëns en castellano, para la cual pelea el catalán en los riscos del Bruch y en los inmortales muros de Gerona, para la cual resiste el navarro en Roncesvalles, para la cual el extremeño Hernan Cortés va á conquistar la Nueva España y el vasco Elcano da la vuelta al mundo; España, la tierra que nos sustenta, el cielo que nos cobija, la que es tumba de nuestros padres y lo ha de ser de nuestros hijos, la bandera bajo cuyos pliegues todos cabemos, y la idea que nos une á todos y á todos nos hace hermanos.

# NOTAS.

(1)

## LITERATURA EUSKARA.

Se está operando actualmente un importante renacimiento literario en las provincias vascongadas, renacimiento que es hora ya de que fije la atención de los literatos españoles, como está fijando la de los más eminentes filólogos su lengua maravillosa, verdadero é indescifrable enigma para la ciencia.

Dejando aparte su notabilísimo canto llamado de *Lelo ó de los cántabros* y su monumental é imperecedero *Altabiskarco cantua*, ó sea el *Canto de Altabiscar*, sobre cuya antigüedad más ó menos remota aún no se ha dicho la última palabra, la literatura euskara ha llegado á nuestros tiempos sin tener personalidad,—permítaseme la palabra,—sin carácter propio por consiguiente, y sin fisonomía determinada.

Hoy no es así. Las liras euskaras despertaron ya; son varios los poetas, algunos de primera fuerza, que modernamente y sólo de algunos años á esta parte, brillan en aquel país, conquistando para él y para ellos lauros inmortales: son infinitas las poesías en todos géneros, y algunas de gran mérito, que existen ya, y que indudablemente aparecen como precursores del desarrollo y de la vida que guarda el porvenir para la lengua y la literatura euskaras.

Podrá todavía discutirse sobre la mayor ó menor importancia de este movimiento; podrán todavía formularse juicios, más ó menos críticos y más ó menos apasionados, sobre su misión, influencia y destinos; pero lo que es ya indiscutible es su realidad. Existe, y existe por medio de una manifestación robusta y vigorosa, lozana y bella, característica y especial.

Son muchos los autores que se han ocupado de la lengua y literatura euskaras. Merece ser citado, como uno de los primeros, el famoso sabio Guillermo de Humbold que emprendió, al comenzar el presente siglo, la investigación de nuestros aborígenes, empleando para ello, como medio principal, la lengua euskara «que préviamente estudió, sospechando que fuese la que predominaba en la Península ibérica al adveni-

miento de la dominación romana.» (*Trueba*). Hay que citar también, entre otros, para cuyo nombre y recuerdo me es infiel en estos momentos la memoria, á César Moncault, á Gustavo Hubbard, Aquiles Luchaire y al príncipe Luis Luciano Bonaparte, que ha llegado por sus profundos estudios á ser autoridad indiscutible en este asunto. Entre nuestros escritores nacionales, recuerdo y cito como ejemplo digno de ser imitado al P. Juan de Larramendi, á D. Vicente de Arana, á D. José Manterola, que está prestando con sus últimas obras un gran servicio á la literatura española, al tiernísimo poeta D. Antonio de Trueba, y al P. Fidel Fita, que en su discurso de recepción en la Academia de la Historia, dice que el euskaro es un monumento palpitante, indestructible, de la raza más bella de Occidente, el cual se levantará de su postración actual para iluminar el gran período de las edades hispanas vecinas á la prehistórica.

Los cultivadores de la poesía euskara, comprendidos en el Cancionero de Manterola, casi todos contemporáneos, son: Agustín Iturriaga, el P. Arana, Serafín Baroja, A. Arzac, Ramón Artola, Claudio de Otaegui, Miguel de Suescum, Indalecio Bizcarrondo, conocido por *Vilinch;* Felipe Arrese y Beitia, Eusebio de Azcue, el P. Uriarte, J. Elizamburu, M. P. Mendibil, José María de Iparraguirre, Juan Ignacio de Iztueta, el P. Domingo Meagher, Bernardo de Echepare, José Joaquín de Ormaechea, Francisco Manuel de Egaña, J. A. Moguel, J. U. de Echegaray y Luis de Iza.

Como muestra de esta lengua y de esta poesía, véase su gran monumento el *Canto de Altabiscar.*

ALTABISKARCO CANTUA.

I.

Oyhu bat aditua izan da
Escualdunen mendien artetic,
Eta etcheco jaunac, bere athearen aitzinean chutic
Ideki tu beharriac, eta erran du: «Nor da hor? Cer nahi dautet?»
Eta chacurra, bere nausiaren oinetan lo zagüena,
Alchatu da, eta karrasiz Altabiscarren inguruac bethe ditu.

II.

Ibañetaren lepoan harabotz bat aghertcen da,
Urbiltcen da, arrokac ezker eta ezcuin jotcen dituelaric;
Hori da urrunetic heldu den armada baten burrumba.
Mendien copetetaric guriec errespuesta eman diote;
Bereen tuten soinua adiaraci dute,
Eta etcheco-jaunac bere dardac zorrozten tu.

III.

Heldu dira! heldu dira! cer lantzazco sasia!
¡Nola cer nahi colorezco banderac heien erdian aghertcen diren!
¡Cer simistac atheratcen diren heien armetaric!

Cembat dira? Haurra, condatzic onghi!
Bat, biga, hirur, laur, bortz, sei, zazpi, zortzi, bederatzi, hamar, hameca, hamabi,
Hamahirur, hamalaur, hamabortz, hamasei, hamazazpi, hemezortzi, hemeretzi, hogoi.

IV.

Hogoi eta milaca oraino!
Heien condatcea demboraren galtcea liteque.
Urbilditzagun gure beso zailac, errotic athera ditzagun arroca horiec,
Botha ditzagun mendiaren patarra behera
Hein buruen gaineraino;
Leher ditzagun, herioz jo ditzagun.

V.

¿Cer nahi zuten gure mendietaric Norteco guizon horiec?
¿Certaco jin dira gure bakearen nahastera?
Jaungoicoac mendiac eguin dituenean nahi izan du hec guizonec ez pasatcea.
Bainan arrokac biribilcolica erortcen dira, tropac lehertcen dituzte.
Odola churrutan badoa, haraghi puscac dardaran daude.
Oh! ¡cembat hezur carrascatuac! cer odolezco itsasoa!.

VI.

Escapa! escapa! indar eta zaldi dituzuenac!
Escapa hadi, Carlomano erreghe, hire luma beltzekin eta hire capa gorriarekin;
Hire iloba maitea, Errolan zangarra hantchet hila dago;
Bere zangartasuna beretaco ez tu izan.
Eta orai, Escualdunac, utz ditzagun arroca horiec,
Jau ts ghiten fitc, igor ditzagun gure dadac escapatcen direnen contra.

VII.

Badoazi! badoazi! non da bada lantzazco sasi hura?
Non dira heien erdian agheri ciren cer nahi colorezco bandera hec?
Ez da gheiago simitztarik atheratcen heien arma odolez bethetaric.
¿Cembat dira? Haurra, condatzac onghi.
Hogoi, hemeretzi, hemezortzi, hamazazpi, hamasei, hamabortz, hamalaur, hamairur,
Hamabi, hameca, hamar, bederatzi, zortzi, zazpi, sei, bortz, laur, hirur, biga, bat.

VIII.

Bat! ez da bihiric aghertcen gheiago. Akhabo da!
Etcheco jauna, joaiten ahal zira zure chacurrarekin,
Zure emaztearen eta zure haurren besarcatcera.
Zure darden garbitcera eta alchatcera zure tutekin,
Eta ghero heien gainean etzatera eta lo gitera.
Gabaz, arranoac joanen dira haraghi pusca lehertu horien jatera,
Eta hezur horiec oro churituco dira eternitatean.

## *Traducción literal en prosa castellana.*

I.

Un grito ha sido oido
En medio de las montañas de los Bascos,
Y el *Echeco-jauna*, de pié delante de su puerta, *(de la de su casa)*,
Ha abierto las orejas, *(ha escuchado atento)*, y ha dicho: «¿Quién esta ahí? ¿Qué me quieren?»
Y el perro, que dormía á los piés de su amo,
Háse levantado *y ha llenado con sus gritos* (con sus violentos ladridos), los contornos de Altabiscar.

II.

En el collado de Ibañeta aparece *(resuena)* un fuerte rumor,
Se aproxima, rasando á derecha é izquierda las rocas;
Es el estruendo de un *(algun)* ejército que ha llegado de lejos;
Los nuestros les han respondido desde lo alto de las montañas, haciendo sonar sus cuernos,
Y el *Echeco-jauna* aguza sus flechas.

III.

Ya llegan! ya llegan! ¡Oh qué selva de lanzas!
¡Cómo aparecen en medio de ellos múltiples banderas de varios colores!
¡Qué de rayos salen de sus armas!
¿Cuántos son? Muchacho, cuéntalos bien.
Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce,
Trece, catorce, quince, diez y seis, diez y siete, diez y ocho, diez y nueve, veinte

IV.

Veinte ¡y por miles todavía!
El *(querer)* contarlos sería tiempo perdido.
Unamos nuestros nervudos brazos, arranquemos *de sus raíces* (de cuajo) estas rocas.
Lancémoslas de alto en bajo por la pendiente de la montaña
Sobre sus cabezas;
Aplastémoslos, hirámoslos de muerte.

V.

¿Qué querían de nuestras montañas esos hombres del Norte?
¿Por qué han venido á turbar nuestra paz?
Dios cuando ha hecho (ó *creado*) las montañas, ha querido que no las franqueasen los hombres.
Pero las rocas (*abandona las á su ímpetu*), caen rodando (y) aplastan las tropas (*invasoras*).
La sangre cae á torrentes, los pedazos de carne (*separados del tronco*) palpitan, (*se estremecen*),
¡Oh!, ¡cuánto hueso roto! ¡Qué mar de sangre!

VI.

¡Huid, huid!, los que aún tenéis fuerzas y caballos.
Huye, rey Carlomagno, con tu pluma negra y tu capa encarnada;
Tu amado sobrino, el bravo Roldán, yace muerto allá abajo;
Su bravura de nada le ha servido.
Y ahora, Euskaldunas, dejemos esas rocas,
Bajemos prontos, lancemos nuestros dardos contra los que huyen.

VII.

¡Huyen! ¡Huyen! ¿Dónde está, pues, aquella selva de lanzas?
¿Dónde las banderas de todos colores que en medio de ellos se divisaban?
Ya no lanzan rayos sus armas cubiertas de sangre.
¿Cuántos son? Muchacho, cuéntalos bien.
Veinte, diez y nueve, diez y ocho, diez y siete, diez y seis, quince, catorce, trece,
Doce, once, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno.

VIII

Uno. ¡Ni uno se ve ya!.... Todo acabó.
*Echeco-jauna*, puedes volver á tu casa con tu perro,
A abrazar á tu esposa y á tus hijos,
A limpiar las flechas y á recogerlas con (*ó en*) tus cuernos de búfalo, y á echarte y dormir sobre ellas.
De noche las águilas vendrán á devorar esos pedazos de carne pisoteados,
Y esos huesos blanquearán ahí eternamente.

*Manterola.*

(2)

POESÍA DE RIMBALDO DE VAQUEIRAS.

Pertenece este trovador á la segunda mitad del siglo XII. Los versos de este poeta, á que en el texto me refiero, si no son anteriores al poema del Cid, como parece, son por lo menos coetáneos. Deben estar incompletos y su incorrección es notoria, pero esto puede ser debido á los copistas provenzales. De todas maneras, en las varias copias que he visto están transcritos como sigue:

Mas tan temo voste pleito,
todo 'n soi escarmentado;
per vos ai pena é maltreito
e mei corpo lacerado.
La nueit quan soy a mei leito
soy mochas ves resperado
per vos, cre, e non prefeito;
fallit soi en meu cuidado
mas que falli non cuideio...
Moun corassó m' avetz treio
e mout gen faulan furtado.

(3)

LITERATURA GALLEGA.

Hay tres cosas que están fuera de toda duda, y por consiguiente de toda discusión: que la lengua gallega engendró la portuguesa; que la literatura gallega precedió á la castellana; que en la formación de aquélla influyó principalmente la literatura provenzal ó lemosina.

Las primeras poesías gallegas aparecen confundidas con las portuguesas en el *Cancionero del Vaticano*, que bien puede ser el libro aquél que el marqués de Santillana recordaba haber visto, cuando mozo, en casa de su abuela Doña Mencía de Cisneros, «libro de cántigas, serranas é decires portugueses é gallegos, cuyas obras loaban de invenciones sotiles é de graciosas é dulces palabras.» Los primeros cantos que resuenan en las bellas comarcas de la verde Galicia, pertenecen á los trovadores provenzales, siendo allí llevados por los romeros que acuden á visitar los altares de Compostela, y el primer himno que hiere sus oidos es el himno gallego que se leía ó cantaba á los peregrinos durante sus noches de vela junto al sepulcro del Santo Apóstol. La primera forma también que toma la lírica en Galicia es la de las *pastorelas* y *vaqueiras*, dos géneros de composición comprendidos en la poética provenzal.

Existe memoria de trovadores gallegos, verdaderos trovadores. Tales son, entre otros, Alfonso Gómez, Sancho Sánchez, Fernán de Lugo, Juan Ayras, Fernán Padrón, Juan de Cangas, Romeo de Lugo, Martín de Vigo, Men Rodríguez de Tenorio y Payo Gómez Chavino, comprendidos con otros, gallegos y portugueses, en el *Cancionero del Vaticano*. No hay tampoco que olvidar, cuando se trata de escritores en esta lengua, á D. Alfonso *el Sabio*, á Macías el enamorado, al Arcediano de Toro, á Pero González de Mendoza, al mismo marqués de Santillana y á aquel Rodríguez del Padrón, que por amores contrariados fué á sepultarse vivo en un convento de Jerusalén.

Por causas que no son de este lugar y de este momento, la literatura gallega hubo de eclipsarse por largo tiempo, como si para ella hubiesen tocado á muerte las campanas de la centralización; pero hoy renace á nuevo esplendor y á nueva vida, como llamada á gloriosos é inmortales destinos.

En un libro que acaba de ver la luz pública con el título de *Colección de poesías gallegas* (Pontevedra, imp. Carvajal, 1882), dirigido por D. Francisco Portela Pérez, con un prólogo del Excmo. Sr. D. Luis Rodríguez Seoane, se continúan obras de 32 autores contemporáneos que escriben en gallego. Son de Eduardo Pondal, Marcial Valladares, Valentín Carvajal, José María Posada, Heliodoro Cid, Francisco Fernández Auriles, Francisco Añón, Antonio de la Iglesia González, José García Mosquera, José B. Amado, Juan A. Saco y Arce, Castor Elices, Antonio Camino, Andrés Muritais, Aureliano J. Pereira, Francisco María de la Iglesia, Juan Manuel Pintor, Lino C. González, Pío Lino Cuiñas, Manuel Curros Enriquez, J. García Caballero, Andrés Muruais, Alberto Camino, Luis Pinto Amado, Luis de la Riega, Domingo Camino, José Pérez Ballesteros, Víctor M. Vázquez, Benito Losada, Manuel Martínez González, H. Fer Gas y Vicente Calderón.

No todos los autores que escriben en gallego están aquí continuados. Faltan muchos y algunos de verdadera importancia, como por ejemplo, D. Valentín Lamas Carvajal, autor de las *Espiñas, Follas e Frores*, y la señora Doña Rosalía Castro de Murguía, que es una excelente poetisa, ensalzada por Ventura Ruiz Aguilera, y para una de cuyas obras (*Follas novas*. Madrid, 1880. Imp. *Ilustración*) ha escrito un notable prólogo D. Emilio Castelar.

Como muestra de la moderna lírica de Galicia, he aquí una poesía del difunto Alberto Camino, que pertenece á los primeros restauradores de la literatura gallega:

O DESCONSOLO.

D' esta fontiña á Leira froleada
Sentado á sombra d' un choron estou,
Doido o peito, a alma esconsolada,
Triste morrendo pouco á pouco vou.
Desde qu' a negra morte aquela prenda
Que tanto quixem, m' arrancou sin dòr,
Solas non hacho en nada, e solta a renda
A pena, choro o meu perdido amor.
¡Quen-o dlria! tan garrida é nova,
Dolce cal rula e branca cal xasmin,
Tan cedo habias de baixar à cova!...
Piedade, ceos ¡ai! piedá de min!
¡Solo quedei n-o mundo, solo, solo!
¿Qu' hei de facer?... chorar è mais chorar...
E qu' ainda te vexo n-o meu colo,
Sabeliña querida, maxinar.
Xa non irémos maix po-los roleiros
En compaña amorosa ás moras, non,
Nin baixo d' os follosos ameneiros
As coitas che direi d' o corazon.
¡Cántas veces d' a auga d' esta fonte
Che din, miña vidiña, po-la man!
¡Cantas os dous deixábamos o monte
Por tomar aquí o fresco aló n-o bran!
E n-as tardes de outono... ¿non te acordas?
Mais ¿que digo, acordar? si te perdin!!!
Partenseme ¡ai! d' o corazon as cordas,
Penso qu' ainda aquí estás... louco de min!
N-outono... pois con alegria moita
Nos ibamos ó longo castañar,
E á reboladas eu guindaba froita
Mentras ti regalábasme en cantar.
E tamen cando... ¿pero á qué memoria
Fago d' o tempo aquel ¡ai! calarei...
Mirame, Sabeliña, desde a groria:
Per ti decote triste chorarei.

*Camino.*

(4)

LITERATURA ASTURIANA.

La literatura asturiana ó bable es una manifestación literaria importante, aunque modesta, entre las demás españolas, teniendo la particularidad de su expresión en un estimable y dulcísimo dialecto, áun cuando venga en decadencia desde el siglo XVII. Existe una *Colección de poesías en dialecto asturiano* (Oviedo. González, 1839), en donde están las producciones de los primeros poetas bables, precedidas de un luminoso discurso preliminar, escrito por el ilustre académico D. José

Caveda, áun cuando no lo firme. Así consta en el discurso necrológico recientemente publicado por D. Fermín Canella Secades.

En el tomo I de las obras de Jovellanos (colección Rivadeneyra), hay un curioso apuntamiento sobre el dialecto asturiano, y en el tomo II, entre las cartas dirigidas al canónigo Posada, es muy interesante, por tratarse en ella de este asunto, la que lleva la fecha de 14 Enero de 1801.

Según noticias que debo á la amistad del Sr. Canella Secades, entre los manuscritos que ha dejado D. José Caveda hay no pocos trabajos suyos y de su padre D. Francisco de Paula, sobre el dialecto bable y la literatura asturiana. Un antiguo catedrático del Instituto de Gijón, D. Juan Junquera Huergo, ha dejado inéditos al morir, hace dos años, una *Gramática* y un *Diccionario bable.*

El dialecto asturiano podrá ser pobre en cierto manera para la ciencia, pero es abundante y variado, original y fecundo para pintar la vida campestre, sus usos, costumbres, preocupaciones, juegos y todos los sentimientos y pasiones del alma. Tiene el bable perfecta consonancia y estrecha intimidad con el romance del poema del Cid y poesias de Berceo, Segura y Arcipreste de Hita.

Además de la literatura bable, hubo siempre en Asturias cierto movimiento literario importante. Da perfecta idea de las obras impresas en aquel país y de los manuscritos de autores asturianos el *Ensayo de una biblioteca asturiana*, obra premiada por la Biblioteca Nacional, donde se halla manuscrita, y original de D. Máximo Fuertes Acevedo.

El Sr. Canella Secades ha escrito para el Folh-Lore asturiano, y publicado en la *Revista de Asturias*, una interesante Memoria en que se ocupa extensamente de este punto.

Muchos son los literatos que estudiaron el bable ó escribieron, generalmente poesías, en este dialecto. Recuerdo, entre otros varios que pudieran citarse, los siguientes: D. Antonio González Reguera, Don Francisco Bernaldo de Quirós y Benavides, D. Antonio Balvidases, D. Bruno Fernández, Doña Josefa Jovellanos, comprendidos todos estos en la ya citada *Colección de poesías asturianas*; el ilustre Jovellanos, que tuvo la idea de formar una Academia bable, así como el *Diccionario*; el canónigo de Tarragona D. Carlos González de Posada, que escribió un poema, celebrando los poetas asturianos, á imitación de *El laurel de Apolo* de Lope de Vega, cuyo manuscrito se halla en el archivo de la Real Academia de la Historia, de la cual era correspondiente; D. Juan Fernández Porley, conocido por *Juan de la Candonga*; D. Bernardino de Robledo, cura de Pié de Lora; D. Jerónimo de la Escosura, académico de número de la Española, Historia y San Fernando; D. Ramón García Alas, D. Juan Junquera Huergo, Don Benito Canella Meana, conocido por *El ciego de Sobrescopio*; D. José Arias

de Miranda, Doña Enriqueta González Rubín, D. Juan Acebal, Don Napoleón Acebal, D. Marcelino Flórez, D. Plácido José Hévia, Don Félix de Aramburu, conocido por *Xuan de Suco*; D. Benito Antonio de la Auja, D. Higinio del Campo, D. Juan González Villar, D. Juan Villar, D. Teodoro Cuesta, D. Francisco de Paula Caveda, D. José Caveda Nava, D. Atanasio Palacio Valdés, D. José María Flórez, Don José Joaquín Isla Mones, D. Gumersindo Laverde Ruiz, correspondiente que fué de la Academia; Doña Escolástica Teresa Consul, Don Máximo Fuentes Acevedo, D. Juan Antonio González Berbeo, D. David Sampil, D. Domingo Hévia, D. Benito Pérez Valdés, llamado *El botánico*; D. Francisco Martínez Marina, académico de número que fué de la Española y de la Historia; D. Julián García San Miguel, correspondiente de la Historia, y D. Marcelino Menéndez de Luarca.

Para dar á conocer esta lengua y literatura, copio aquí un romance escrito por el ilustre académico Sr. Caveda, publicado el año 1839, sin nombre de autor:

LA PALIZA.

Co la choqueta terciada
Y el civiellu llevantadu,
Pericon el de Maruxa
Non tien miedu al mas pintadu,
Y piernes llime y costielles,
Como quien llime morgazu.
Con cevera y con tocin
Criólu so pá bien fartu.
Xudes i dió les corades,
Fuerza Bernardo del Carpiu,
Y ansi esfarrapa los llombos
Como s' estiñaza un sardu.
Sueltu, rechonchu, membrudu,
Con el pechu llevantadu,
De pantorrilles carnudes
Y del cuerpu bien trabadu,
Mas reciu q' una muralla,
Mas derechu q' un forcadu,
Una facina de paya
Lleva sobre los costazos,
Y baste d' un emburrion
Como s' enfade un carbayu:
Yé so geniu un puzcalabre,
Son de fierru los sos brazos,
Y sacó d' una gafura
Corazon, fégado y bazu.
Travesau é na campera,
Si llevanta el so verdascu
Y pon el cuerpu derechu
Y patras da un par de pasos,
Y mira un pocu fosqueru
Y echó de sidre dos cuartos,
Mil diablos lleve si naide
Anque se tenga por guapu,
Y saluda los focicos
Y toma el fuelgu á so cuayu.
Quien non diga viva Sieru,
Ha de pagái el portazgu;
Y d' un torollu si non
Vien á besai los zapatos.
Vilu yo na romeria,
Fosqueru, arremolinadu,
Envolvida la mollera
En un pañuelu floriadu,
Con calzones de Segovia
Y aguyetes de á dos cuartos,
Y la montera picona
Entornada par un lladu,
Q' otru Roldan parecia,
O el sobrin de Cárlo Mano.
Puestu el primeru na danza
Patrás y palante andando,
Perezosu y galvaneru
Sollivia el cuerpu llivianu,
Como se mez al Ñordeste
Vara verde d' avellanu.
Ya s' arrevalga de piernes
Y detien diez aldeanos
Ya otros diez d' un emburrion
Dexa nel suelu zampados,
O ya en medio de la rueda
Como na corrada el gallu,
Erguidu se pon y un viva
Que saca de los calcaños,
Llancia de la boca fuera,
Con q' á todos tiembla el cuayu.
Naide gurguta; y él solu
Dueñu de todu el cotarru,
Echa ixuxús y reblinca
Dando vueltes al so palu.
Los mozos de la rivera
Que na esfoyaza cantaron,

Los que lleven é na fiesta
Con relicarios el ramu,
Los que diz que son valientes
Porque non cansen en sallu,
Los que pe la noche ponen
A les moces el carbayu
Y galántien pe l' aldea
De sidre y castañes fartos,
¿Dònde están? ¿qué se fixeron?
Vengan aquí con mil diablos.
¿Ni á ver siquiera s' atreven
Los ñudos del miò verdascu?
Non se escondian y el que quiera
Medir lo que tien de llargu,
Que mire en tientes miò cara
Y eche hácia min un rebalgu;
O si non que á la so moza
Mas non siga los calcaños,
Nin ñunca ablanes y ñueces
Y traiga de los mercados.
Yo i diré que ye un enxencle
E nos focicos metanos,
Buenu pa comer boroña,
Pero non para dar palos.
Ansi dixo el farfanton
Mirando pa todos llados,
Con una risa fisgona
Y una cara de los diablos.
Iba echar un ixuxu
En so coraxe enfotadu,
Cuando Xuan de la Rabera,
Rapaz de puños y cuayos
Caliente y de bon calter
Y probadu nos trabayos,
Fartu de tanta falancia
Y por otros atuzadu,
Sin ser ya dueñu del fuelgu
Y un pocu arremolinadu,
Da dos pasos hácia lante
Con el palancon terciadu,
Y arregañándoi el diente
Lu mira derriba á baxu,
Y falai d' aquisti modu,
Como quien non tien cuidadu.
Non nos véndia tantes ronques,
Nin ande tan llevantadu,
Pericon el de Maruxa
El fiu del madrilanu.
Por mas que llevant' el gritu
Y faga aquí d' espantayu,
Tantos tien comido crudos,
Como cocidos y asados.
Ya vi yo medir el suelu
Otros un pocu mas altos;
B[illegible]e el tonu y non s' atufe
El demoniu del mazcayu;
Q' [illegible] topar en mio concencia
La forma de[illegible] zapat[illegible]
¿N[illegible] t' a[illegible] que t[illegible] di[illegible]ron

Con llombardades el pagu
La noche de la foguera
E na fiesta del Rosariu?
¿Y que allá na mio quintana
Unos mozos te torgaron
Arrimàndote la cesta
Y solmenándote el cuayu?
Pos lo q' entonces pasó
Puede repetise ogaño.
Y ansi como aqui me ves
Delgaducu y pequeñacu,
De les tos faladuríes
Fago yo tan pocu casu,
Que non se me da por elles
Un ochavu segovianu.
Muera Sieru, muera el gochu
Q' aqui llevanta el verdascu.
Iba seguir el rapaz
Vinagrientu y afumadu,
Cuando encima d' illi va
Mas d' improviso q' el rayu
Pericon el de Maruxa
Arroxando espumaraxu.
Al topase los dos mozos
Y cruciar los dos verdascos
Al restallar en el aire
Como cuando quema el tascu,
La xente s' arremolina;
Escuéndense los rapazos,
Apelliden les muyeres
Ablucades per el campu;
Ponen el gritu nes ñuves
Los del un y el otru bandu;
Y empuxones y carreres
Y homes q' anden amoriados,
Y calcañades y cestes
Que van per el campu abaxu
Co los prunos y los figos
Por acá y allá rodando,
Y el polvu que se llevanta
A manera d' un ñubladu,
Todo mete tanta llercia,
Todo fai tal mangaradu,
Q' al que tien mas bonu el fuelgu,
Pon el pelu respigadu.
¡Que estocinase los llombos
Y que solmenase el tascu!
¡Qué zapades, que barullu,
Cuantu mozu escalabradu!
Como quien maya centenu
O como el que dá nun sardu,
Cebellada cai d' esmenu
Y moxicon que ye un plasmu.
Acá vienen unos mozos,
Por otros escorripiados:
Acullá cai de focicos
O queda en suelu sentadu,
El que p[illegible]ando ir por llana
Salio por fin to[illegible]

Ansi ruxen en concencia
É nes molleres los palos,
Como si sobre macones
Foren á rede pegados;
Y ansi la xente se mueve
Pol campu de riba á baxu,
Como espigues solliviades
Por el vientu del veranu.
Y el ruidu sordu que facen
Al mecése los ramascos
En poblades carbayeres,
Si el ñordeste va arreciando,
Menor ye q' el que se siente
En verdá pel escampadu.
No hay allí mollera llibre
Ni á salvamentu costazos,
Nin piernes q' estén segures
Nin sin torollos los brazos.
Boriada que canta el credu,
Tellerones que ye un plasmu,
Se reparten como peres
O perdón en añu santu.
No hai en dar ni en recibir
Conciertu entre los dos bandos:
Quien más puede más apurre
Ya de frente ya de lladu.
Dalgun hay que contra dos
El cibiellu solmenando,
Al llimilos, ye llimidu
Quicías por un renacuayu.
Y el q' acutiò non se enfote
De salir á paz y á salvu;
Que cuando va revolvése
Pa fuxir un descalabru,
D' esmenu dos garrotades
Me lu dexen ablucadu,
Y queda sin saber como
De la so deuda pagadu.
Dáse por dar y non más,
Ya sea á moru ó cristianu:
Quien más apurre, isi ye
Tenidu por meyor gallu;
Porque el coraxe non dexa
Ver al que se fai el dañu.
Llocos, per llocos están,
Los q' anden en el cotarru;
Que pa cegase del todo,
Pónseyos en pelu el diablu,
Y ni al so vecin conocen
Ni á San Pedru nin San Pablu.
Solamente nesta xera
Los dos que la encomenzaron,
Llibre tienen la cabeza
Entre tantu descalabru.
Como dos torres derechos
Con el diente arregañadu,
La camisa esfarrapada,
Sudorientos y enfotalos,
Tienen en tornu de sí
Más de venti escalabrados,
Y un espaciu donde pueden
Llibres buscase y dar palos.
Como un par de xabalinos
Que los de cría aventaron,
Y s' atopen frente á frente
En medio d' un escampadu,
Rabiando por eñizase
Y de la rabia cegados,
Que se enseñen los caniles
Y parten espelurciados
á metélos pe los llombos
Y dexase estocinados,
Ansina los dos jayanes
El verdascu llevantando,
Erguidu el cuerpu derechu,
Los güeyos arremellados,
Cuerren ciegos á encontrarse
Y fundíse el cuerpu á palos.
¡Xesús, Señor, que demonios!...
Llercia me dá contemplálos.
¡Que se esfarrapen.... Xosticia!
¿Naide vien á separalos?
Separarlos? Mala Pascua
Pal que quixera intentalo;
Que ya non ven nin conocen;
Non son homes son dos diablos.
Pericón el de Maruxa,
El fiu del madrilanu,
Ye el primeru que se llanza,
Derechu sobre el contrariu:
Ansi sobre la ribera
Se desfarrapa un argayu,
O de l' alto d' un peñedu
Vien rodando al suelo un cantu.
Piensa quicías q' el so cuerpu
De más bulto q' un carbayu,
Basta col pesu y no más
Pa dexálu estrapalladu.
Y non teme y s' abalanza
Con el palu llevantadu,
Dando revalgu d' á vara,
Com' un xabalin bufando.
Y cuando á tiru se pon
En sos fuerces enfotadu,
Frunce les cexes, apuxa,
Pon los dos papos inchados,
Y esparrancando les piernes
Como el pertegal d' un carru,
Sobre Xuan de la Rabera
Va descargar el verdascu:
El verdascu q' así xibla
Como el vientu nun furacu,
Al cimblir é nes sos manes
Por el aire solmenadu.
Pero ye sueltu el rapaz,
Más que si fora un venadu,
Y al velu sobre la testa,
Pa fuxir el descalabru,

Dobla com' una cibiella
Todu el cuerpu par' un lladu,
Y el palancòn da nel suelu,
Y lu dexa estapinadu.
Quier illi ganar la acción
Antes que s' arme el contrariu,
Y à les piernes de revés
Y allumbra con el verdascu,
Por ver si logra quicias
Dexalu esperniquebradu
Segàndoles al empar
Como quien corta ñervasu.
Non ye tanta so fortuna
Q' apercibidu el mozcayu,
Con un saltate patrás
Dexa so intentu burladu.
Entóncenes enarbolen
Entranvos à dos los palos,
Que como mesories ruxen
En el aire tropezados.
Ya s' eviten, ya se busquen,
Ya se mezclen esforciados;
Ya al costazu s' amenacen,
Ya se retiren dos pasos,
Ya salten unu hàcia l' otru
Los palancones cruciando,
Y non pueden acutise
Por mas q' esmanganiados
Quixeren vese los dos
La mollera fecha castros.
Que si el unu ye forzudu
Y tien de fierru los brazos,
Y en perseguir non tien fuelgu
Y en apurrir barganazos,
Arteru y llivianu l' otru
Abre el güeyo pa evitalos,
Y retuércese y s' encueye
Como vara d' avellanu,
O como anguila del riu
Da, sin saber como, saltos,
Que parez en mió concencia
Tien el cuerpu desquiciadu,
Y que no he de carne y güesu,
Si non de llana y verdascos.
Dalgun desqui lu quicia,
Paguénlu solo los brazos,
Donde ninguna vez la punta
Tropieza de los verdascos;
Pero el cuerpu llibre queda
Y sin chinchones el cascu,
Hasta que por fin y postre
Cuando van los dos cansados,
Un malditu d' un felechu
(Nunca alli naciera en campo)
Unes piernes se i enrieda
Al fin del madrilanu,
Y da una zapalastrada
Que se i estremez el cuayu.
Quier llevantáse; ye tarde;
Que mas llixeru q' el rayu,
Ya Xuanon de la Rabera
Y llimiò d' un barganazu
Los llombos tan d' improvisu
Que lu dexa espatarradu;
Y otra vez tornò à llimilu,
Y cuando à puru mayàlu
Nin tien fuelgu pa quexáse,
Nin puede dar pie nin mano,
Miràndolu de través,
Echa ronques probe diablu,
Y diz el mozu fisgon,
Echales sapu estrapadu.
Mi alma, mi alma que te portes,
Y me tienes ablucadu.
¿Qué te sirve la cevera
Con que gordu te criaron,
Y el coraxe y la falancia
Y esi tonu llevantadu,
Llércia de la romería
Y de todos espantayu?
Si sueltu como la llengua
Tuvieres el to verdascu,
Si como yes falanciosu
Reciu fores dadu el casu,
Y á les plantes q' aqui echaste,
Correspondieren los brazos,
En dances y en romeríes,
Pudieres llevar el ramu;
Y non com' una muyer
Te viera ahí coripiadu,
Mas fartu d' amenazar,
Que d' apurrir barganazos.
Esmuerga los que te dieron;
Esmuergalos sin pagalos;
Y si vuelves á la danza,
Ven con rueca non con palu.
Mas i dixera Xuanon,
Si allà por el campu abaxu
A gàlamos non viniera
La xusticia á escorripialos.
Q' al ruidu de la quimera
Y al restallar de los palos,
Acuden los alguaciles
Con el xuez y el escribanu,
Mas q' acuden à los pitos
Los milanos en verañu.
Y en un instante desfechu
Queda al fin isti ñublau;
Y si hoy se llimieron cuerpos
Y molleres y costazos,
Llime mañana les bolses
Del llugar el escribanu;
Y véndese la reciella
Y los potes y los cazos,
Pa pagar les llozanies
De la danza de Santiago.

*Caveda*

(5)

LITERATURA CATALANA.

Se comprenderá perfectamente que no sea hoy el autor de este discurso el llamado á hacer aquí la historia de la literatura catalana, en cuyo renacimiento ha tomado, si no importante, muy activa parte al menos.

Me limito sólo á consignar que en Francia, en Italia, en Alemania, en Inglaterra, en Rusia y en Suecia, se han escrito por eminentes literatos como el barón de Tourtoulón, Federico Mistral, Sabatini, E. Cardona, Bonaparte-Wyse, Aubanel, Roumanille, Roumieux, Garcín, Semenow, Ronhesal, Lidfors, Levi, Savine, Meyer y otros muchos, eruditos artículos y libros consagrados á hacer notar la importancia del renacimiento literario de Cataluña, así como existen hoy traducciones de obras catalanas en todos aquellos idiomas. Pasan de quinientos los escritores catalanes contemporáneos, á los cuales, en su mayor parte, cité al escribir las notas de mi discurso de recepción en la Real Academia de la Historia.

Las modernas letras catalanas pueden presentar hoy con orgullo á la consideración de los estudiosos y de los críticos su excelente lírica, desde el poema hasta el madrigal, que basta por sí sola á crear la reputación de una literatura; su teatro completo con tragedias, dramas, comedias, óperas, zarzuelas y piezas; su colección escogida de novelas en todos géneros; sus revistas y periódicos; sus obras varias, numerosas y selectas, sobre Historia, Costumbres, Crítica, Viajes, Numismática, Medicina, Teología, Religión y Moral, Filosofía, Toponomástica, Bellas Artes, Filología, Política, Agricultura, Industria y Comercio, etc.

Y he aquí ahora, cumpliendo con mi propósito de presentar en estas notas una muestra de cada una de las manifestaciones literarias regionales de que me ocupo, la bellísima poesía de D. Carlos Buenaventura Aribau que, en cierto modo, dió comienzo en este siglo al renacimiento catalán:

A MA PATRIA.

A Dèu siau, turòns, per sèmpre á Dèu siau,
O serras desiguals, que allí en la patria mia,
Dels núbols e del cel de lluny vos distingía,
Per lo repos etern, per lo colòr mès blau!
A Dèu, tu, vèll Monseny, que, dès tòn alt palau,
Com guarda vig'lant, cubert de boyra e nèu,
Guaytas per un forat la tòmba del Jueù (1)

(1) Monjouich de Barcelona.

E al mitg del mar inmens la mallorquina nau!
Jo ton superbe frònt coneixia llavors,
Com coneixer poguès lo frònt de mòs parènts;
Coneixia també lo só de tos torrènts,
Com la veu de ma mare ó de mon fill los plors.
Mès, arrancat desprès per fats perseguidòrs,
Ja no conech ni sènt com en millòrs vegadas;
Axí d' arbre migrat á terras apartadas,
Son gust perden los fruyts e son perfum las flors.
¿Què val que m' haja trèt una enganyòsa sort
A veurer de mès prop las torres de Castèlla,
Si l' cant dels trobadòrs no sènt la mia orella,
Ni desperta en mon pit un generòs record?
En va á mon dòls pais en alas jo m' trasport,
E veig del Llobregat la platja serpentina,
Que, fora de cantar en llèngua llemosina,
No m' quèda mès plaher; no tinch altre conort.
Plàume encara parlar la llèngua d' aquèlls sabis,
Que omplire l' univers de llurs costums e llèys,
La llèngua d' aquèlls forts que acataren los rèys,
Defenguèren llurs drets, venjaren llurs agravis.
Muyra, muyra l' ingrat que, al sonar en sos llavis
Per estranya regió l' accènt natiu, no plora,
Que, al pensar en sos llars, no s' consum ni s' anyóra,
Ni cull del mur sagrat las liras dels sèus avis.
En llemosí sonà lo mèu primer vagit,
Quant del mugró matern la dòlsa llèt bebia,
En llemosí al Senyòr pregava cada dia,
E cantichs llemosins somiava cada nit.
Si, quant me trobo sol parl' ab mon esperit,
En llemosí li parl', que llèngua altra no sènt,
E ma bòca llavors no sab mentir ni mènt,
Puix surten mas rahòns del cèntre de mon pit.
Ix, donchs, per expressar l' afecte mès sagrat
Que puga d' home en cor gravar la ma del cel,
O llèngua á mos sentits mès dòlsa que la mel,
Que m' tornas las virtuts de ma inocènta edat.
Ix, é cri la pel mòn, que may mon cor ingrat
Cessarà de cantar de mon patrò la gloria;
E passia per ta veu son nom e sa memoria
Als propis, als estranys, á la posteritat!

*Aribau.*

(6)

VOCABLOS REGIONALES SIN TRADUCCIÓN CASTELLANA.

En la notable introducción que precede al *Diccionario de voces aragonesas* de D. Jerónimo Borao (Zaragoza. Ariño, 1859), el eminente literato aragonés acepta como suya la opinión expuesta por el autor del artículo *España lingüística* en la *Enciclopedia Española*, donde se inculpa á los castellanos por el exclusivismo con que proceden en materias de lenguaje, prefiriendo en muchas cosas ostentar su pobreza más bien que aceptar de los dialectos españoles aquello en que éstos les superan.

Hay tanta verdad en esto, que, por no aceptar ciertas palabras de nuestros idiomas regionales, sin equivalencia en castellano, es imposible traducir á ésta determinadas frases y conceptos. Entre muchas palabras eufónicas, propias, concisas, expresivas y áun irreemplazables que pudieran citarse, hijas de fuentes las más puras y en todo conforme con el carácter de la lengua castellana, me permito recordar las siguientes:

CATALANAS.

ANYORAR, ANYORARSE, ANYORAMENT, ANYORANSA. *(Añorar, Añorarse)*: el dolor que se siente por la ausencia del hogar ó de la patria; el sentimiento nacido de la falta de alguna persona ó cosa ya no existentes, á quienes se profesaba cariño; el sentimiento también por la ausencia de alguna persona, el recuerdo ó la falta de alguna cosa; encontrarse triste, disgustado, molesto en un lugar, ya sea por la ausencia de la patria, ya por no avenirse con los objetos que le rodean ó las tareas que le ocupan.

No existe medio, por ejemplo, de traducir al castellano, ni en verso ni en prosa, como no sea por grandes circunloquios, lo cual ya no es traducir, la siguiente poesía:

¡Si 'n era de bonicoya
la pubilla del *Mas vert*!
Mes ¡ay! estaba tan trista
que tots li deyau:—«Qué tens?»
«¿perqué estas trista?»—«M' anyoro.»
—«¿Qué anyoras?»—«Anyoro 'l cel.»

APLEG Ó APLECH: gran reunión de gente, concurrencia extraordinaria, copiosa muchedumbre. Viene á ser, si pudiera decirse en castellano, como *aplegamiento* de gente. No hallo medio de expresarlo más que con la palabra *congregación*, fácil de confundir, y que es la que me he visto obligado á usar en un pasaje de mi discurso (pág. 6), donde digo: «En las congregaciones del pueblo castellano,» por falta de una palabra que signifique gran concurrencia ó golpe de gente en un día dado, congregada para una fiesta, para un acto, etc.

*Aplech* se usa comunmente para expresar una fiesta popular á que concurre la muchedumbre, como: *l' aplech del Remy*, *l' aplech de la Salud*, es decir, la fiesta ó la gran concurrencia de la Virgen del Remedio, de la Virgen de la Salud (santuario cercano á la ciudad de Sabadell).

He aquí una *corranda* ó canto popular relativo á esta última fiesta, que no es posible traducir:

A l' aplech de la Salud
tots hi van, jovs y vells,
y la fira de las noyas
es l' aplech de Sabadell.

Axalar: recortar las plumas de las alas á algún pájaro para que no pueda volar ó sólo pueda hacerlo con vuelo bajo. ¿Cómo se traduce al castellano, por ejemplo, el título de la comedia catalana *Un pollastre axalat*?

Brescar: quitar á las colmenas los panales con miel. En castellano se dice *castrar*, y no hay otra manera de decirlo; pero habiendo aceptado la Academia en la última edición de su Diccionario la palabra provenzal-catalana *Bresca* (el panal de miel), parece lógica y corriente la aceptación del verbo como más propio, más legítimo y más significativo que el de *castrar*, sujeto á equívoco por otra parte.

Celistia: la luz escasa que hay por la noche con el resplandor de las estrellas.

Corranda: es la copla puesta en tono para cantarse, lo que en castellano se llama cantar, sólo que en catalán es voz más adecuada y propia. *Corranda*, es decir, que corra, que se divulgue. El *cantar* castellano es palabra que tiene distintas acepciones.

Enmirallarse: mirarse al espejo, verse en el espejo ó en el agua.

¡Qu' hermosa qu' es Barcelona
enmirallant se en la mar!

Enreverdar: apoderarse de una persona ó de algún animal fugitivo, acorralándolo contra un matorral (*verder*).

Estarrosar: pulverizar las *tarrosas*, ó sea destripar terrones.

Glassera: el montón ó lecho de hielo que se halla en los abismos ó sitios profundos de las montañas, y que proviene de las nieves ó de los lagos que el frío excesivo de aquellas regiones ha helado.

Rái: voz sumamente expresiva, que también tienen los aragoneses (V. Dic. Borao), y para la cual no hay traducción posible. Unas veces significa *á bien*, *gracias que*, *esto poco importa*, etc., y otras tiene más significativa equivalencia.

Véanse estas frases catalanas: *Ara rai que 'l tenim pres* (ya nada importa ahora, pues que está preso). *Aço rai, ja tornará* (á bien que ya volverá).

Véanse también estas aragonesas: «Pedro rai que tiene fincas, quien queda mal es su hermano.»—«Yo rai poco importa, lo que importa es mi madre.»—«La escalera rai, lo que quiero tener hecho es el piso.»

No hallo traducción posible para la bella poesía catalana de Mariano Aguiló, titulada: *Aço rai*.

Rautar: escarvar con las uñas.

Singlera: cadena ó continuación de precipicios.

Traiir: hacer traición. En castellano hay *traición*, *traidor* y *traicionero*, pero no hay *traicionar* (que no es *vender*), única palabra que pudiera expresar lo mismo que la catalana.

Tictactejar: hacer tic-tac. Sólo podría traducirse por *tictactear*, que no existe en castellano.

ARAGONESAS.

Atreudar: dar en enfiteusis.

Ceprenar: mover ó sostener algo por medio de una palanca.

Estema: pena de mutilación ó perdimiento de miembro.

Estemar: imponer la pena anterior, extendiéndola á la de marcar con hierro ardiente. Estas dos palabras se repiten varias veces en los *Privilegios de la Unión.*

Encalzar: perseguir, ponerse en persecución. Es palabra catalana también. No es lo mismo que *acosar*, pues tiene distinta acepción. «Encalçen é geten de la tierra al sobredito Rey,» se lee en el códice de los *Privilegios de la Unión.*

Redolino: bola hueca que contiene la cédula que ha de sortearse. En catalán hay la palabra *rodoli*, que es la tira de papel ó la cédula abarquillada en que se escribe un número ó un nombre para sorteo ó elección. No es, pues, la cédula ó cedulilla castellana. Para llamarse *rodoli* es preciso que el papel esté arrollado.

Ultranza: á todo trance, á hierro y fuego, sin cuartel ni misericordia. Zurita hace frecuente uso de este vocablo en sus Anales.

Zunzir: fruncir, plegar ó recoger el borde de cualquiera tela.

GALLEGAS.

A caron: próximo á, inmediato á, tocando á.

Afeito: estar hecho ó estar acostumbrado.

Alborada: el toque matutino de la gaita.

Aturaxo: grito prolongado con que se termina un canto.

Codelo: pedazo de pan, que no es precisamente lo mismo que *mendrugo.*

Curisco: viento muy frío.

De cote ó de cotío: todos los días. Parece derivarse del *quotidiel.*

Dipinicar: comer las cosas una á una, como las uvas.

Esmechar: reverberar el sol.

Eido: el hogar rústico ó del campesino; pero comprendiendo el terreno propio al rededor de la casa.

En ningures: en ninguna parte.

Foliada: grupo de gentes que tocan, cantan y bailan. Es voz muy parecida á la catalana *Folla.*

Fungar: tomar tabaco en polvo.

Latricar: hablar mucho, pero atropelladamente, con excesiva rapidez.

Meigo, a: encantador, hermoso, amado. Es una palabra parecida á la catalana *M'aymia*.

Moina: disimulo hipócrita, algo como gazmoñería, sin ser lo mismo.

Mixiriqueiro: se dice del que hace dengues ó quiere hacerse el interesante.

Orballar: caer el rocío.

Saudades, saudoso: tiene la misma significación que la *anyoransa* catalana; y es intraducible, porque su equivalencia de *nostalgia*, sobre carecer de adjetivo y de verbo, no expresa bien el vocablo, pues sólo lo traduce en una de sus acepciones.

Xantar: se conserva para expresar el comer á mediodía, ó sea el antiguo yantar castellano.

ASTURIANAS.

Abocanar: cesar la tempestad.

Acompangar: comer pan con otra cosa, comer algo acompañado de pan.

Afrellarse: recibir un golpe en la cara, con herida.

Agueyar: dar mal de ojo. Creencia popular. Véase *el niño enfermo*, del Sr. Caveda, donde se habla de los remedios supersticiosos para esta dolencia que suponen mata á los niños.

Si la agueyará
la vieja Rosenda ..
. . . . . . .

Argayar: desgajarse la tierra.

Al velumen: estar un objeto colocado en alto, de manera que se destaque sobre el fondo de luz. En catalán hay un término muy parecido: *al vesllum*.

Amusgase: quedarse cavizbajo, encogido, medroso.

Arrebalgar: abrirse de piernas para montar ó saltar á caballo, etc.; voz citada por Caveda.

Bable: lengua, dialecto, idioma de los asturianos.

Cedo: temprano, prontamente; voz citada por Jovellanos.

Ven mas *cedo* qu' antiyer,
galan, si vas p' al' esfueyu...
*(Cantar asturiano.)*

Empovinar: obligar á ir á alguna parte.

Enxarfeyar: enredar una cosa, y también encadenar muchas cosas juntas, ó cuentos ó mentiras.

Esjoyaza: reunión de labradores para quitar la hoja al maíz. Es una

verdadera fiesta ó tertulia de vecinos, amigos y parientes que son obsequiados por el dueño de la casa.

EXAMAR: se dice de las abejas, y se explica por esta palabra la acción y tiempo de labrar el enjambre. (Jovellanos.)

Cuando *examen* les abeyes...

FILA: reunión de campesinos, jóvenes de ambos sexos, donde se pasa el tiempo galanteando y divirtiéndose.

GACETA: antiguo pergamino donde hay noticia de fantásticos tesoros. (Canella Secades.)

HUESTIA ó HUESTE: procesión de negros fantasmas, reunión de aparecidos que rondan las iglesias y cementerios.

MISAR: decir misa.

MIRIAR: retirarse del sol al mediodía y dormir la siesta.

NIDIO: lo que es suave al tacto y se desliza al cogerlo. (De *nitidus.*) También se dice *esñidiar*, escurrirse suave y dulcemente.

ÑUBERO: sér misterioso, pequeño, desproporcionado, que descarga las tempestades sobre los sembrados.

PENOSO, PENOSA: el mozo ó moza que es gentil, agraciado y anda en amores. (Jovellanos.)

El galán del martinete
v' á galantiar á Llanera:
la *penosa* de los rizos
quedrá ser martinetera.

*(Cantar asturiano).*

PEÑERAR: pasar la harina por la peñera.

PARAXISMERO: hazañero; el que hace hazañerías, esto es, paroxismos. Viene del latín *paroxismus*, por alusión á los quiebros y meneos que hacen los que tienen este defecto. (Jovellanos.)

En Cangas hay bones moces,
en Avilés la flor d'elles,
en Luanco mielgues curades
y en Xijon *paraxismeres.*

*(Cantar asturiano).*

PESLLAR: cerrar con llave, echar la llave.

ROBEZU: la gacela montés.

SALLAR: se dice sallar el maíz. También significa limpiar la tierra de malas yerbas, ablandar la misma tierra, etc.

SEBE: división ó seto de las fincas rústicas, formado de plantas y arbustos espinosos que impiden el paso al ganado. (De *sæpes*, is.) (Canella Secades.)

TREBEYAR: juguetear, jugar de manos, retozar.

Los mozos *trebeyaben* 'na cocina.

Vrito: rama nueva de la planta; más expresiva que retoño, atendiendo á su etimología latina *veris*.

Xacea: cama de los animales, de *Jacia*, *is*, *acerc*. En catalán se llama *jas*.

Xintar: comer á medio día, *xantar* en gallego.

Xana: ninfa que, según la creencia popular, vive en las fuentes; es muy pequeñita, guarda tesoros, protege á los amantes, etc., etc. De ella dice Caveda en *Los enamorados de la aldea:*

Tuviérate de la fuente
por la misteriosa xana,
para guardar los tesoros
de alguna mora encantada.

(7)

Discursos de los señores Marqués de Valmar y Varela en la sesión de la Real Academia española, á que asistió S. M. el Emperador del Brasil (1872).

(8)

LOS PROVENZALES EN CASTILLA.

Algún día, mediante Dios, he de extender con amplias consideraciones y documentos justificativos la tesis que aquí me propongo demostrar. Por de pronto, y para más cabal idea de este punto, considero oportuno copiar el capítulo que en mi obra *Los Trovadores* (imp. Fortanet. Madrid, 1878), consagré con especialidad á la poesía provenzal en Castilla y en León. Cuando escribí esta obra y este capítulo, no tenía aún formada mi convicción con la seguridad que hoy; carecía de noticias que ahora poseo, y no habían llegado á mis manos documentos que luego adquirí. Hoy puedo ya permitirme afirmar con plena conciencia lo que sólo como fundadísima sospecha me atreví á indicar en el siguiente capítulo de la citada obra:

DE LA POESÍA PROVENZAL EN CASTILLA Y EN LEÓN.

I.

No faltan autores de respetabilidad y de nota que, contra lo generalmente estatuido desde D. Iñigo López de Mendoza en su célebre *Carta al Condestable de Portugal*, hasta D. Ignacio Luzán y D. Leandro Fernández Moratín, niegan rotundamente que la poesía castellana ten-

ga contraidas deudas de ninguna clase, ni relativamente á su origen, ni respecto á su influencia, con la literatura provenzal ó lemosina.

Otros, en cambio, afirman que Castilla, no menos que Portugal y Cataluña, sometida á la ley general de atracción que tenía por centro á Provenza, hubo de aceptar la influencia de la escuela provenzal, que precisamente en tierra castellana es donde se hizo sentir más inmediatamente y por más tiempo, donde sus teorías se establecieron con más autoridad, donde, en fin, su inspiración fué más sensible y más se ha prolongado, hasta llegar á los tiempos mismos de la *Diana* de Gil Polo y de *El Desdén con el desdén* de Moreto.

No he de terciar en esta cuestión. Voy tan sólo, siguiendo la tradición de mi vida, á allegar materiales para que otros construyan.

La poesía castellana podrá no ser hija de la provenzal, no lo discuto, pero es preciso reconocer en ella su influencia, por lo menos de lo menos.

El provenzal ó lemosín, ó quizá mejor catalán —para mayor inteligencia en este punto concreto,—era una lengua literaria perfectamente conocida y hablada en las cortes de Castilla y de León por todos los doctos y por todos aquellos que en dichas cortes gustaban de los cantos de trovadores y juglares. Allí pasaban éstos desde Cataluña, Gascuña y Provenza, y allí iban con ellos los aires y cantos provenzales, que nunca en ninguna parte, ni siquiera en Cataluña, fueron tan aplaudidos y celebrados como en Castilla, lo mismo que nunca tampoco en ninguna, ni en Cataluña siquiera, fueron más honrados los trovadores provenzales ni con más empeño protegidos.

Yo sé bien que esto que digo, principalmente lo último, será extraño y nuevo para muchos, pues creo que por nadie, antes de ahora, se dijo; pero sé también que nada adelanto que no sea fruto de largos y detenidos estudios y de convicciones profundamente arraigadas, nacidas de algún conocimiento de la historia, de los manuscritos, de las poesías y de las biografías de los trovadores. En este mismo capítulo más concretamente, y en las páginas de esta obra con más extensión, se hallarán las pruebas y documentos de cuanto avanzo.

La noticia más antigua que existe en Castilla de músicos y juglares se remonta á las bodas de las hijas del Cid; pero no debe olvidarse que el Cid había estado ya en Cataluña, cuyos usos y costumbres conocía, y en la corte de los condes de Barcelona, con uno de cuyos príncipes, el joven Ramón Berenguer III, casó á su hija María Roderic ó Rodrigo; como no debe olvidarse tampoco, antes por el contrario, tenerse en cuenta, que ya entonces se habían propagado por todas partes, en alas de su fama, los cantos provenzales del duque Guillermo de Poitiers, si el primero de los trovadores de quien quedan obras escritas, no seguramente el primero en cultivar aquella poesía destinada á esparcirse por todas las cortes del mundo.

La música y poesía vulgar se cultivaban en Galicia, Portugal y Castilla en el siglo XI, siglo del Cid y de Guillermo de Poitiers, y á aquellas cortes, como había sucedido con la misma de los árabes, debieron llevar los juglares de vida errante y vagabunda el gusto de los cantos provenzales, extendidos ya por todo el que hoy es Mediodía de la Francia y por Cataluña. Y esos trovadores que iban y venían por todas partes, y esos juglares, sobre todo, que prolongaban sus arriesgadas correrías hasta penetrar en la corte de los árabes, sembraban con sus aires y cantos de Provenza, semillas que no debían perderse

todas ciertamente y que no es aventurado creer que en algunas partes arraigaran, produciendo su fruto. En el que cita el Sr. Amador de los Ríos como primer monumento de la literatura castellana, en el *Libro de los Reys d'Orient*, algo, si bien se examina, algo, así en el título como en el texto, en la construcción, en la frase, en las palabras mismas, algo puede encontrarse que recuerde el provenzal ó el catalán de aquellos tiempos.

De todas maneras, lo que no puede negarse es que la influencia provenzal ó catalana se percibe ya en Castilla entre mediados y últimos del siglo XI, la época de Guillermo de Poitiers; y que de entonces en adelante se encuentran constantemente en aquella corte huellas, vestigios y noticias de trovadores provenzales, honrados allí y protegidos como no lo fueron de seguro en otra parte. Quizás más que en Aragón y Cataluña, se ve á los trovadores provenzales en Castilla privar con el monarca, ser llamados á sus consejos, brillar en su corte, influir con sus *serventesios* en la política del reino, alcanzar popularidad y prestigio, recibir hospitalidad espléndida y protección decidida, intervenir en los asuntos privados del monarca, pasar algunos gran parte de su vida y quedarse otros á terminar allí sus días, colmados todos de honores, de mercedes y de títulos. Quizá también más que en Aragón y en Cataluña, encontramos en los dominios castellanos cultivadores de la poesía reconocidos por tales en instrumentos públicos, lo cual demuestra que ya en aquellos siglos, en la noble y hospitalaria Castilla, eran consideradas las letras y no causaba extrañeza alguna la denominación de *juglar*, *trovador* ó *poeta* que usaban, no sin vanagloria y como especie de título profesional, los que al arte de la poesía vivían consagrados.

Efectivamente, en el privilegio de confirmación del *Fuero de los francos*, dado por D. Alfonso VII en Burgos á 8 de las Kalendas de Mayo de 1136, entre las firmas de varios señores del reino se halla la de un juglar llamado Palea, en estos términos: *Pallea, juglar, confirmant*. En una escritura de Aguilar de Campo, fechada en 1161, cuyo documento posee hoy la Real Academia de la Historia, y que es una carta de venta otorgada por *don Armigoth filius dona Maria de Almenar* al abad Andrés, figura entre los firmantes el nombre de *Gomez*, TROVADOR. Finalmente, en otra escritura fechada en Uclés á 3 de Marzo de 1203, por la cual el conde de Lara cede á los caballeros de Santiago el castillo de Carabanchel, se halla entre los firmantes el nombre de *Giliberto, poeta*, al que sigue la palabra *scripsit*, como para demostrar que fué también el redactor del documento.

## II.

Frecuentes eran ya las relaciones de Cataluña con Castilla en el siglo XI, y frecuentes los enlaces de familia. Casi al mismo tiempo que se celebraban las bodas del joven conde de Barcelona, Ramón Berenguer III, con una hija del Cid, tenían lugar las de María de Valladolid, hija de Pedro Anzures, con el conde Armengol de Urgel, llamado el de *Moyeruca*, ó mejor *el de las aldabas*, por la nombradía que hubo de darle la hazaña de haber arrancado las que había en las puertas de Córdoba, trasladándolas á Valladolid, cuyo señor era en aquel entonces su suegro Peranzures ó Pedro Anzures.

A estos enlaces siguió uno, ya entrado el siglo XII, que debía tener más importancia y ejercer mayor influencia. Sobre los años de 1128, D. Alfonso VII, llamado *el Emperador*, casó con Berenguela, hermana del conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV. Dícese que fué esta reina ó emperatriz señora de extraordinaria hermosura y de singulares virtudes, tanto, que los montañeses de León han conservado como manera de ponderar el mérito de una mujer, la frase de *es una Berenguela*, en memoria de las dotes altísimas que adornaban á aquella princesa.

Si puede darse crédito, que sí puede y debe darse, á unas *efemérides* que hace más de quince años publicó en un periódico catalán D. Mariano Flotats, entendido y celoso oficial del archivo de la Corona de Aragón, entre cuyos libros y papeles vió trascurrir su laboriosa vida, aquella hija de los condes de Barcelona pasó á Castilla á celebrar sus bodas con grande y lujoso acompañamiento *del que formaban parte trovadores y juglares*. No parece que Berenguela olvidara las usanzas de su patria, «más culta entonces que los paises centrales de España,» según el sabio Milá; y si es cierto, como cuentan los cronistas castellanos, que era aquella princesa mujer de singular ingenio, muy perfeccionada en las letras y en la música; y si lo es también lo que en las citadas *efemérides* se dice relativamente á las damas barcelonesas, caballeros catalanes, pajes, trovadores y juglares (provenzales ó catalanes), que la acompañaron á Castilla y allí con ella quedaron, no es aventurado pensar, ciertamente, que influir pudiera aquel suceso en las costumbres de Castilla y en el cultivo en ella de la poesía provenzal.

Acredita de todos modos que la emperatriz Berenguela era aficionadísima á la música y á la poesía la siguiente anécdota, por más de un concepto memorable, que reputados y antiquísimos cronistas refieren y que ha sido aceptada, y repetida, entre los modernos, por Lafuente y por Amador de los Ríos.

Corría el año de 1139, y Alfonso VII estaba empeñado en el cerco del famoso castillo de Aurelia (Oreja), fortaleza que tenían los africanos á ocho leguas de Toledo. Una hueste numerosa de almoravides, que contaba más de treinta mil hombres, cayó en aquella ocasión sobre Toledo, y comenzó á expugnar sus torres y muros. Hallábase la emperatriz en la ciudad y ocurriósele enviar á los caudillos musulmanes un embajador que en su nombre les dijera:

—«¿No veis que es mengua de caballeros y capitanes generosos guerrear contra una mujer, cuando tan cerca os espera el emperador? Si queréis pelear, id á Aurelia, y allí es donde debéis acreditar que sois valientes y hombres de honor.»

Oyéronlo los jefes sarracenos, y como al propio tiempo dirigiesen la vista al alcázar, y distinguiesen á Berenguela adornada con las vestiduras imperiales, circundada de damas que cantaban al són de tímpanos, cítaras y salterios, maravilláronse de aquel espectáculo, avergonzáronse, y movidos de un respeto galante y caballeresco, levantaron el cerco y se retiraron «sin honor y sin victoria.»

En el año 1154 hallamos también al conde de Barcelona en Toledo. Ramón Berenguer IV fué á visitar á su cuñado el emperador Alfonso en ocasión de la llegada también á Toledo del rey de Francia Luis *el Joven*, que después de repudiar á su primera esposa Leonor de Aquitania, había casado con Constanza de Castilla, hija de Alfonso y Berenguela. El conde de Barcelona, siempre con referencia á las *efeméri-*

*des* de Flotats, había pasado á Toledo con tanto lujo y esplendidez, con tan gran corte y acompañamiento de caballeros, trovadores y juglares, que el rey de Francia quedó maravillado de ello.

Pero la intervención patente y la influencia manifiesta de la poesía provenzal en Castilla y en el reinado de Alfonso *el Emperador*, está en Marcabrú, trovador oriundo de la Gascuña, á lo que parece, y cuya vida ha quedado envuelta en la oscuridad y en el misterio, pero no tanto que no se pueda rastrear por sus propias composiciones su larga permanencia en Castilla y sus relaciones con Alfonso VII.

A mucho antes de 1147, época de la conquista de Almería, deben atribuirse unos versos de Marcabrú en que se dirige á Castilla, Portugal y Barcelona, lo cual, cuando no otra cosa, demuestra de una manera clara y evidente que la lengua y la poesía de los provenzales eran conocidas y de uso común en Castilla á principios del siglo XII, y por consiguiente, en la época á que, todo lo más, puede remontarse el *Libro de los reys d'Orient*, primer monumento de la literatura castellana.

«A Castilla y á Portugal no enviaré estos saludos, dice el trovador, pero Dios los salve y también á Barcelona, con lo cual no quedará perdido el valor.»

En Castella et en Portugal
non trametré aquestas salutz
mas Deus los sal
et en Barsalona altretal
e neis las valors son perduts.

El *saludo* en los primitivos tiempos de la poesía provenzal, era un género de composición como el *serventesio*, la *albada*, etc.

Parece desprenderse de estas líneas que no era aquella la vez primera que el poeta enviaba su *saludo* á Castilla, á Portugal y á Barcelona, en cuyos puntos el nombre del trovador debía ser conocido, si no popular; pero de todas maneras, estas líneas son la prueba irrecusable de que el provenzal tenía ya carta de vecindad en la corte castellana.

Alfonso VII, de acuerdo con su cuñado el conde de Barcelona, proyectaba por aquellos tiempos la expedición de Almería, y buscaba alianzas con los franceses y los barones provenzales á fin de realizar aquella gran empresa, que tanta gloria debía reportar á las armas unidas de Castilla y Cataluña.

Comenzaba á ser entonces el canto del trovador, ó comenzó á ser en aquella ocasión (en cuyo caso la gloria pertenecería por completo á Castilla), el medio y el conducto de que se valían los políticos para propagar una idea, para formar la opinión, para levantar el espíritu público, para hacer atmósfera, como hoy se diría, en favor de un plan, de un proyecto, de una empresa cualquiera. Con el canto del trovador sucedía entonces lo que hoy con la prensa. Aprendían los juglares el *serventesio* político que acababa de escribir el trovador, obedeciendo á propia ó ajena inspiración, y esparciéndose por las cortes y castillos, al cantar el *serventesio* recientemente compuesto, llevaban á todos los centros de acción y de vida la idea germinadora, la simiente fecunda de un proyecto político, que se realizaba ó no, según las circunstancias y según lo acogían mejor ó peor aquellos de cuyo apoyo se necesitaba para llevarle á cabo. Era esto hacer imperfecta, pero

más artísticamente, lo que hoy se hace con el periódico diario, con el folleto, con el libro, al introducirlo en todas las casas.

A este recurso apeló Castilla á mediados del siglo XII, y esta fué la misión encargada al trovador Marcabrú para levantar el espíritu de los barones franceses y provenzales en favor de la conquista de Almería.

Aun cuando bien pudo ser en Castilla mismo, no es posible averiguar cómo ni dónde compuso Marcabrú su canto de la *Piscina* (del *Lavador*), nombre emblemático de la cruzada que se proyectaba contra Almería y que se suponía deber lavar de culpas y pecados á cuantos en ella tomaran parte; pero es evidente, no puede quedar duda alguna por el texto mismo de la poesía, que se compuso para inducir á los barones del otro lado de los Pirineos, sobre todo á los de Guiena y Poitou, á tomar parte en la empresa concebida por Alfonso de León y de Castilla.

Este canto, verdaderamente raro y original, pero enérgico, vigoroso, levantado, es uno de los primeros en su clase que se conocen, pues sólo algunos años más tarde aparecieron los rudos y salvajes *serventesios* de Beltrán de Born. Si el canto de Marcabrú, escrito bajo la inspiración de Castilla y para ayudar sus corrientes políticas, es, como se sospecha, la primera muestra y sin duda el modelo de los de su género, á Castilla y á su proyectada empresa de Almería pertenece la iniciativa de aprovechar la poesía provenzal y el canto del trovador como medio político de levantar el espíritu público en aquellos apartados tiempos.

Pax in nomini Domini.
Fes Marcabrùs los mos e'l só;
auiatz que di...

«Paz en nombre del Señor. Marcabrú ha compuesto las palabras y el canto; oid lo que dice...»

Así comienza este canto singular.

El poeta se dirige en seguida á los paises de la lengua de *oc* y les anuncia la cruzada de Almería, diciéndoles emblemáticamente que no hay ya que ir á Ultramar, allá hacia el valle de Josafat, para lavarse de culpas y pecados, puesto que el Señor ha dispuesto una *piscina* más cerca donde regenerarse puedan todos, donde acudir puedan cuantos amen la gloria, el honor, el júbilo y el deporte, ayudando en su empresa al *Emperador* (Alfonso VII) y al *Marqués* (Ramón Berenguer IV). Los que vengan á lavarse en la *piscina* serán honrados, glorificados y bendecidos por el Señor, dice el poeta; pero quedarán llenos de oprobio y de infamia aquellos que se nieguen á tomar parte en la causa de Dios. En la última estrofa se dirige principalmente á los señores de Poitou y de Guiena.

Estos hubieron de permanecer sordos al canto del trovador, pero no así algunos señores de Occitania, pues á la *piscina*, como decía Marcabrú, acudieron, entre otros, al frente de aguerridas huestes, Guillermo de Baucio, señor de Marsella, Guillermo de Montpeller, aquel barón tan aficionado á la poesía provenzal que usaba un sello en el que se veía un trovador pulsando el laud, y Ermengarda de Narbona, aquella varonil y galante princesa que así presidía las cortes de amor, como acaudillaba sus gentes en la más sangrienta batalla.

Disgustado, empero, de ver que su canto no había tenido todo el

éxito que esperaba, Marcabrú regresó á Castilla, según aparece por otra de sus poesías escrita después de la anterior. Todo induce á creer que si el canto de la *Piscina* no obtuvo gran resultado entre los barones del otro lado de los Pirineos, lo consiguió, sin embargo, completo en Castilla, donde Marcabrú debía tener popularidad y nombradía. Tan entusiasta por el emperador y por la empresa como descontento de los barones de allende el Pirineo, el poeta escribió un nuevo canto, que dirigió esta vez al rey y á los barones castellanos.

Es el que se hallará en el artículo relativo á Marcabrú, y que comienza:

Emperaire, per mi mezeis
sai quau vostra proeza creis.
No'm sui jes tardatz del venir,
que jois vos pais e pretz vos creis
e jovens vos ten boud e freis
que fai vostra valor doucir.

El poeta alienta al emperador, en quien cada día crecen más la prez y la valía. Le incita á continuar la empresa de Almería, y le dice que es el escogido por el Hijo de Dios para vengarle del linaje de Faraón. «Aun cuando, dice, allende los puertos se nieguen los barones más ricos (¡así Dios no les deje gozar de sus riquezas!), con los de acá tenéis lo bastante para la España y el sepulcro, y para rechazar á los sarracenos.» Sigue el trovador condenando la conducta de los que han sido sordos á su canto, les acusa de codicia, envidia y molicie; insinúa la idea de que Alfonso podría vengarse de los barones de Poitou y de Berry, haciéndoles tributarios suyos, y concreta todo su pensamiento en esta estrofa al monarca:

«Con la ayuda de Portugal (que, sin embargo, faltó á la empresa), y también del rey Navarro, con solo que Barcelona se vuelva hacia Toledo la imperial, seguros podremos gritar ¡Real! y derrotar la gente pagana.»

Ab la valor de Portugal
e del rei navar altretal;
ab sol que Barsalona's vir
ves Toleta l'emperial,
segur poirem cridar: Reial!
é paiana gens desconfir.

¿Podía, pues, no tener influencia el provenzal, cuando en este idioma se cantaban las empresas y glorias castellanas, y cuando con tan enérgicos cantos y tan patrióticos consejos se dirigían los poetas al monarca de Castilla?

La expedición proyectada por Alfonso se llevó á cabo. Almería se rindió en 1147 al emperador y á las armas unidas de castellanos y catalanes, pudiéndose creer que no dejaría de asistir el entusiasta trovador de la empresa.

Nada más he podido averiguar por lo tocante á Marcabrú, nada más dicen de aquellos sucesos las poesías que de él nos quedan, pero es fácil creer que debió seguir en Castilla muy afecto á las cosas y á los monarcas de este reino, y protegido de ellos, pues años más adelante, en el reinado de D. Alfonso VIII, se le ve comparar al rey castellano con el aragonés Alfonso II, hallando en aquél cualidades que no encuentra en el segundo.

«Si este Alfonso, dice (el de Aragón), se mantiene retraido y nada hidalgo y franco, yo conozco en León uno bien gentil, franco con oportunidad, cortés y dadivoso.»

S' aquest N'Anfós fai contenensa pura,
ni euvas mi fai semblan de frachura,
lai ves Leo en sai un de bon aire
franc de sazò, cortés e larc donaire.

## III.

Un año apenas duró el reinado de Sancho III de Castilla, sucesor de su padre Alfonso VII, y sin embargo, basta este corto espacio de tiempo para encontrar en Castilla la huella de otro trovador provenzal. Al subir Sancho al trono, la lira provenzal es la única que entona un canto de alabanza en honor del nuevo monarca, cuando aún no habían nacido las musas castellanas.

Hallábase á la sazón en Castilla el famoso trovador Pedro de Auvernia, y se le ve dirigir un canto entusiasta al suevo rey, haciéndose intérprete de las esperanzas que infundían las nobles prendas de Don Sancho, lamentando la muerte del Emperador su padre, pero viendo en el hijo un íris de esperanza, incitándole á empuñar espada y lanza y á no descansar hasta haber arrojado del país á los sarracenos y conquistado á Marruecos, y finalmente dándole consejos para ser un rey valeroso y caballero, digno de honra y de prez. Es esta poesía de Pedro de Auvernia la que comienza:

Bel m'es, quan la rosa floris
e'l gens terminis s'avanza...

Los consejos del trovador provenzal no pudieron aprovecharse, y sus esperanzas no se realizaron. La muerte, arrebatando rápidamente á Sancho, dió el trono á su hijo Alfonso VIII, que había de ser gloriosamente llamado *el de las Navas*,

Después de una borrascosa minoría, Alfonso VIII llegó á su mayor edad en 1170, y poco se tarda en verle objeto de una de las mejores y más viriles poesías provenzales, escrita por aquel famoso Beltrán de Born, á quien Dante coloca merecidamente en su *Infierno*, y á quien, merecidamente también, debe recordar la historia como uno de los primeros trovadores.

Llegado á su mayor edad, había casado el rey de Castilla con Leonor de Inglaterra, hermana de Ricardo *Corazón de León*, é hija por consiguiente de aquella Leonor de Aquitania, tan célebre entre los poetas provenzales y poetisa ella misma, y esta alianza que pudo ser extraña al favor que comenzó á gozar en Castilla la poesía provenzal, hizo que D. Alfonso se viese precisado á intervenir en los asuntos de Mediodía de Francia. Hubo un momento en que se le creyó dispuesto á terciar en las luchas empeñadas entonces por los hijos del rey de Inglaterra, y por la Francia, y á esta época y á este momento, se refiere la citada poesía de Beltrán de Born.

Aludiendo á Ricardo, *Corazón de León*, y á Alfonso del Castilla, he aquí con qué virilidad de forma, con que lozanía de pensamiento y con qué briosa inspiración se expresa el célebre trovador:

Miez sirventes vuellh far dels reis amodós,
qu' en brieu veirem qu' aurá mais cavailhiers;
del valen rei de Castella 'N-Anfós
c' angadir que ven, e volrá sodadiera;
Richartz metrá a mueis e a sestiers
aur et argent, é ten sa benanansa
metr' e donar, e non vol sa gansa,
ans vol guerra mais que cailla esparviers.
S' amdui li rei son pros ni corajòs,
en brieu veirem camps joncatz fle de qartiers,
d' elms e d' escutz e de branz e d'arsós
e de feudutz per bustz tro ails braiers,
et a rage veirem anar destriers,
e per costatz e per piechz manta lansa,
e gaug e plor e dol et alegransa;
lo perdr' er granz, e 'l gassainhz er sobriers.
Trompas, tabors, seinheras e penós
et entreseinhs e cabals blancs e niers
verrem en brieu, qu' el segles será bos,
que hom tolrá l'aver als usuriers,
e per camís non anará saumiers
jor afisatz, ni borjés ses duptansa,
ni mercadiers qui enga dever Fransa.
ans será rics qui tolrá volontiers.
Mas s' el reis ven, ieu ai en Dieu fiansa
qu' ieu serai vius ó serai per qartiers;
e si sui vius, er mi gran benanansa
e se ieu mueir, er mi grans deliuriers.

«Quiero hacer un medio serventesio (1) de los dos reyes, y en breve veremos cuál tiene más caballeros. Oigo decir que viene el rey de Castilla, Alfonso, y necesitará soldados, al paso que Ricardo gastará oro y plata á celemines y á sextarios, pues es hombre que distribuye y derrocha sin reparar en cuentas, más ganoso de guerra que gavilán de perdiz.

»Si ambos reyes son valientes y animosos, no hemos de tardar en ver los campos sembrados de divisas, de yelmos, escudos, espadas y arzones, y cuerpos hendidos desde la cabeza al cinto. Y será de ver precipitarse desbocados los caballos, y muchas lanzas clavadas en los costados y en los pechos, y gozo y llanto y duelo y alegría. La pérdida podrá ser grande, pero mayor ha de ser la ganancia.

»Trompas, tambores, señeras y pendones, y estandartes y caballos blancos y negros, veremos muy en breve, y ha de ser este un gran tiempo, pues se quitará su haber á los usureros, y no tendrán día fijado los animales de carga para ir por los caminos, y no habrá burgueses desconfiados ni mercaderes que vengan de Francia. Será rico entonces el que esté dispuesto á tomar.

»Como el rey venga, confío en Dios que he de quedar vivo ó hecho trozos. Si vivo, será para mí gran dicha; si muerto, será para mí gran libertad.»

Tal es el género de Beltrán de Born. Ya veremos por lo demás, al hablar de él con más detenimiento, que este trovador escribía de in-

(1) El *medio serventesio*, como la *media canción*, era otro de los géneros en que dividían los provenzales su poética

cendios y matanzas, de guerra y de catástrofes, como los otros de amor, de fiesta y de placeres.

Cuando la rota funesta de Alarcos, en que Alfonso VIII, engañado por su valor y gran corazón, vió derrotadas sus huestes castellanas y triunfante la morisma, la lira provenzal fué también entonces la única que elevó su doliente canto, la única que con briosos acentos llamó á los potentados de la tierra en auxilio del rey Alfonso y de Castilla.

Vivía por aquel tiempo Folquet de Marsella. No era aún el consejero del encruelecido Simón de Montfort; no era aún el traidor que debía abandonar la causa de sus hermanos los trovadores provenzales; no era aún el obispo que debía predicar una guerra de matanza y de exterminio; no era aún el jefe de la cruzada contra los albigenses y el amigo del Papa que debía levantar en los Concilios su voz contra sus antiguos protectores los infortunados condes de Tolosa; aún no había soltado la lira de poeta ni vestido aún los pobres hábitos de monje que debía trocar por la mitra y por la púrpura; aún no era el hombre de sangre y de crimen; era todavía el trovador galante y enamorado que, á los piés de la hermosa vizcondesa Adelaida, aquella por quien Pedro Vidal se volvió loco, cantaba sentidas canciones de amores que debían llevarle á la inmortalidad y á la gloria ensalzado por el Dante y por el Petrarca.

Este fué el trovador que, como un grito supremo de angustia, como una honda manifestación de dolor, envió á todas partes, de corte en corte y de castillo en castillo por el vehículo de sus juglares, un sentido canto de cruzada ó *precicanza* para levantar el espíritu público, para despertar el sentimiento religioso, para mover á todos, varones y caballeros, reyes y súbditos, en favor y auxilio de Castilla y de su noble monarca.

Era Folquet entonces muy amigo de D. Alfonso, es de creer que había estado en Castilla, parece ser protegido del rey y muy adicto á su política y á las cosas de esta tierra, y el canto escrito por él para lamentar la jornada fatal de Alarcos, es el que comienza y se hallará en su lugar respectivo:

Huei mais no id conosc razò
ab que nos pozcam cobrir...

Este canto pudo muy bien contribuir á levantar los ánimos para la empresa que se efectuó algunos años más tarde y que tan esplendorosa gloria dió á los reyes españoles. De todos modos, el canto de Folquet, por lo que se deduce de los manuscritos que nos sirven de guía, era repetido en todas partes por los juglares, lo aprendían de memoria damas y caballeros, era cantado con entusiasmo en las fiestas públicas, y llegó á ser muy popular, principalmente en Cataluña y en Castilla, en favor de cuyos altos intereses se compuso.

No es en esta sola composición de Folquet de Marsella donde se ve al poeta hacer constar su amor al rey y á las cosas de Castilla. En varias se encuentra este tributo prestado por el trovador á un país dondo no es ya posible dudar que sus cantos y los de los demás poetas provenzales debían hallar público, admiración, simpatías, entusiasmo, popularidad y tal vez escuela. En una de sus canciones de amores á la vizcondesa Adelaida, Folquet dice que, después de su dama, su corazón pertenece al rey de Castilla:

Al bon rei de Castela N'Anfos
coman mon cors, dona, aprés vos.

En torno de Alfonso VIII hallamos una verdadera corte de trovadores provenzales, y esto prueba la decidida protección que en Castilla debían hallar aquéllos y su poesía. De sus propias composiciones se desprende: basta hacerlas para comprender cuánto les interesaban, como si fueran propios, los asuntos de Castilla: á sus reyes, á sus magnates, á sus damas, dedican sus poesías muchos trovadores de aquella época; de sus intereses se ocupan, en su política intervienen, cantan sus guerras; y cuando ocurre algún suceso que excita en Castilla el sentimiento patrio y mueve al pueblo castellano á lástima ó á júbilo, por la voz de los trovadores provenzales y de la lengua provenzal lo sabe el mundo. Muda aún á mediados del siglo XII la musa castellana, sólo los ecos de la provenzal, y todo lo más de la gallega, resuenan en Castilla.

Así es como entonces, durante el largo reinado de Alfonso VIII, vemos sucesivamente aparecer y brillar en Castilla (todo lo cual de las propias composiciones se desprende):

Al viejo Marcabrú, que ya en el reinado de Alfonso VII había cantado la empresa de Almería, y en éste ensalza al rey de Castilla como más hidalgo que el de Aragón (en su poesía *Auiatz*);

A Pedro Vidal, el visionario, el que por amores de una dama se volvió loco, que da más valor á «una tierna doncella de Castilla, que á mil camellos cargados de oro junto con los dominios del emperador Manuel (*B'm pac*);» que al dirigirse á una dama castellana dice que por ella ama á Castilla y es por ella servidor y caballero de D. Alfonso (*Quant hom*); que encomia á este rey como el más valioso de la cristiandad en aquella su poesía, donde dice que España es una gran tierra y sus reyes dotados de las mejores prendas:

Mout es bona terra Espanha,
e'ls reis que senhor en só
dous e car e franc e bo
e de corteza companha;

A Giraldo de Calansó, que en una sentida elegía dedicada á la muerte del infante D. Fernando, hijo de Alfonso VIII, confunde su llanto con el del pueblo castellano y su duelo con el de la patria española para lamentar la pérdida de aquel noble príncipe en quien se fundaban tan halagüeñas esperanzas:

Bel senhor Dieus quo pot esser sufritz
tan e[illegible]tranh dols cum es del jove enfán,
del filh del rey de Castela prezan . ;

Á Gabaudán, llamado el Viejo, que asistió á la famosísima cruzada de las Navas de Tolosa, y que, dirigiéndose en levantados versos á los reyes y barones de la cristiandad y á los castellanos, gallegos, portugueses, navarros y aragoneses, les incita á secundar los esfuerzos del rey de Castilla, á aliarse contra los *árabes andaluces*, y profetiza la victoria gloriosa de las Navas, diciendo que el hecho seguirá al dicho y que Dios será honrado donde antes Mahoma:

Profeta será N'Gavaudàs,
qu' el dig er faitz, e mort als cas,
e Dieus er honratz e servitz
on Bafomet era grazitz;

A Guillermo de Bergadá, el aventurero trovador catalán, especie de Beltrán de Born, el D. Juan de Cataluña, para quien no había honra segura ni dama digna de respeto; que tan pronto salteador de caminos y capitán de bandoleros, como galán trovador y caballeroso descendiente de una familia ilustre, hubo de retirarse á Castilla, huyendo las venganzas y los odios provocados por sus cantos y sus aventuras;

A Aimeric de Peguilhá, llamado el Hereje por defender en la causa de los herejes albigenses la que él creía, y era, causa de la nacionalidad y de la independencia de Provenza, que, presentado al monarca castellano, recibe de él hospitalidad, honores, riquezas y mercedes; y recuerda su estancia en Castilla y la gloria de D. Alfonso, en unos versos que fueron entonces á recorrer todas las cortes provenzales, y que, repetidos luego por el Petrarca, han venido á inmortalizarse en todas las cortes literarias del mundo:

En Castela al valen rey N'Anfós
qne' es lo meiller con auia 'l mon ni veia,
ans que aillors ans, vai de part me chansós...;

Á Hugo de San Cyr, el güelfo, que estuvo en Castilla, según es de sospechar, con el intento, por fortuna no logrado, de comprometer á D. Alfonso en favor de la cruzada que predicó la Iglesia y sostuvo la Francia contra la nacionalidad provenzal; á Pedro Roger, el pobre amante de la vizcondesa de Narbona, que fué á Castilla á buscar para su alma, enferma de amores, el reposo y el descanso que sólo debía encontrar más tarde, al enterrarse vivo en el claustro de Granmont; á Savarico de Mauleó, el opulento trovador anjoino que pasó á Castilla sólo para visitar y conocer á D. Alfonso, desplegando en su corte un lujo y un fausto que fueron motivo de asombro para los magnates castellanos; y, finalmente, á Ramón Vidal de Besalú, que en su novela del *Celoso castigado*, nos traza un cuadro completo del acogimiento que recibía en la corte de Alfonso VIII la musa provenzal.

Pero no hay que olvidar, para aclaración del asunto concreto que nos ocupa, las obras de dos poetas provenzales que merecen aquí particularísima mención.

Uno de ellos ha sido ya citado, Pedro Vidal. Era un visionario, era un pobre mentecato, era un loco, al decir de sus primeros biógrafos. De loco era, en efecto, ceñirse el manto imperial y recibir en corte, creyendo que le pertenecía el imperio de Oriente por su casamiento con una griega, supuesta ó verdadera sobrina de un emperador; de loco era, en efecto, vestirse con pieles de lobo por amor á la dama Loba de Penautier, y hacerse dar caza por los perros y pastores de la montaña de Cabaret; pero aquel visionario, aquel mentecato, aquel loco, hallándose en Castilla, dirige á Alfonso VIII, y con él á los monarcas de León, Aragón y Navarra, á los cuatro reyes de España, como les llama, la poesía más trascendental, si se me permite la palabra, y el consejo más cuerdo y más sensato que darse y dirigirse pueda en ocasión ninguna á rey alguno.

Adelantándose cuatro siglos al suyo, Pedro Vidal llama á concurso á los monarcas españoles y les reprocha duramente sus odios y sus rencores mútuos, y les pide, en nombre de Dios, que dejen de combatir unos contra otros para juntos combatir al enemigo común, el sarraceno, *hasta que España toda sea una, tenga una sola ley y tenga una sola fé*. He aquí la unidad y la integridad de la patria española predicada por un trovador provenzal loco en el siglo XII.

El otro poeta es Rimbaldo de Vaqueiras. Era contemporáneo de Alfonso VIII, y su biógrafo provenzal nos dice, que fué el amigo y el favorito del marqués Bonifacio de Monferrat. Nos describe su vida, nos le presenta viajando por todas partes, en Francia, en Italia, en Oriente; no se dice que estuviera en Castilla, y sin embargo, ¡cosa singular! á pesar de no ser citado en las historias de nuestra literatura nacional, es el autor de los versos más antiguos que en lengua castellana se conocen.

Si no son anteriores al poema del Cid, como parecen, son por lo menos coetáneos. Podrán ser incorrectos y también incompletos, pero esto puede ser debido á los copistas provenzales.

De todos modos, he aquí los versos castellanos de Rimbaldo de Vaqueiras:

Mas tan temo vostre pleito,
todo 'n soi escarmentado;
per vos ai pena é maltreito
e mei corpo lazerado;
la nueit cuan soi en mei leito
soi mochas ves resperado
per vos, ere, e non profeito:
fallit soi en mei cuidado
mas que fallir non cuydeio...
Mon corassó m' avetz treito
e mout gen faulan furtado.

## IV.

Lo mismo que en el siglo XII, vemos en el XIII á los poetas provenzales cada vez más familiares en las cortes de Castilla y de León, y cada vez más protegidos sus versos y más halagados sus autores.

Pedro Vidal debió residir en la corte de León, pues que dirige á su rey Alfonso entusiastas poesías, alabando su cortesía y su liberalisdad, y hubieron de gozar de los favores de este monarca, Hugo de San Cyr, Guillermo Ademar y Elías Cairel, ya que en sus obras se hallan frecuentes y hasta familiares alusiones al mismo.

Elías Cairel dice en una de sus poesías que ama sin engaño al rey de León, preciado y bueno, y le compara á una fuente clara y cristalina. Guillermo Ademar le exhorta á marchar contra los sarracenos, en lo cual sobre hacer una obra grata á Dios, le prestará al trovador un servicio, «pues así, dice, se llevará al marido celoso que tiene prisionera á mi dama, impidiéndome verla.»

Por lo que toca á la época de Fernando III *el Santo*, que reunió las dos coronas de León y de Castilla, sabido es que este monarca «pagábase de omes de corte que sabían bien de trovar et cantar et de joglares que sopiesen bien tocar estrumentos, ca de esto pagaba él mucho, et entendía quién lo facía bien et quién no.»

No es, pues, de extrañar que aquel príncipe insigne, á quien la historia ha reservado un sitio de honor, protegiese como su padre y abuelo á los poetas provenzales que á su corte acudían ganosos de nombradía, pues no hay ninguna duda, y así se deduce de las poesías y manuscritos de la época, que la corte de Castilla, reconocida como una de las más ilustradas é inteligentes, daba fama y celebridad al trovador que en ella era bien acogido.

Varios fueron los que visitaron la corte de San Fernando y recibieron hospitalidad en ella y honores, dones y mercedes, encontrándose el testimonio de esto en las propias composiciones de Beltrán de Allamanón, de Sordel el mantuano, de Azemar el negro, de Guillermo Ademar y de Giraldo de Borneil, aquel que mereció ser llamado el maestro de los trovadores.

Azemar el negro había ya saludado á D. Fernando, cuando infante y mancebo, augurándole un porvenir de gloria; Giraldo de Borneil habla de la esplendidez de la corte castellana, de la cultura y cortesía de sus barones, de la belleza de sus damas, de la magnanimidad de su rey; Guillermo Ademar, en una poesía de despedida que dirige á Castilla, se lamenta de verse obligado á abandonarla, manifestando que sólo el deber le puede arrancar de una corte donde hay varones tan cumplidos y un rey tan caballero como D. Fernando.

Sordel el mantuano es quien parece que hubo de llevarse mala impresión de este reino. En aquella su notable y original poesía en que distribuye el corazón de Blacás entre los potentados de la tierra para darles el valor que les falta, trata mal á Castilla y á D. Fernando, á quien invita á comer dos pedazos del corazón de Blacás, en lugar de uno que reparte á cada rey. «Conviene, dice, al rey de Castilla que coma por dos, pues tiene dos reinos y ambos gobierna mal. Y áun importa que coma estos pedazos á escondite de su madre, que le ha de apalear si lo ve.»

Pero si hemos de dar crédito á la crónica chismográfica del tiempo —que en él la hubo como en todos,—lo de Sordel obedecía á rencores personales. En efecto, un trovador compañero de Sordel le acusa en una poesía de ser ingrato con Castilla, después de haberse enriquecido en ella; dice que cuando Sordel salió para España iba pobre y desnudo, y que volvió de ella rico y opulento, habiendo merecido regalos y dones del rey D. Fernando y de sus magnates. «Si hoy habla mal de Castilla y de León, añade, es porque no se le dió todo cuanto demandaba.»

En cambio, si esta fué la manera que tuvo Sordel de agradecer los beneficios, otro poeta, que ignoro si estuvo en Castilla, la venga noblemente de los agravios inferidos por el trovador de Mantua.

La poesía de Sordel es verdaderamente singular, y, quizá por esto, tuvo imitadores. El mejor elogio que Sordel creyó tributar á la memoria de su protector el valeroso Blacás, fué distribuir su corazón entre los potentados de la tierra, para que, comiendo de él, adquiriesen valor, dotes y prendas de que carecían. Beltrán de Allamanón, imitando á Sordel, se apoderó también del corazón de Blacás y quiso repartirlo á su vez; pero más galante ó más intencionado aún, lo distribuyó entre algunas damas. Pedro Bremón Ricas Novas, ó Ricardo de Noves, como le llaman otros, se presentó asímismo para distribuir los despojos de Blacás, y hallando ya su corazón hecho trizas, quiso repartir su cuerpo, lo cual hace por medio de una poesía verdaderamente no-

table é intencionada, que tiene todas las trazas de haber sido compuesta para rectificar las opiniones vertidas por Sordel.

Del cuerpo de Blacás, dividido en cuartos que ofrece á la *adoración* de las naciones, Pedro Bremón destina el tercero, dice, «á los bravos castellanos á quienes invito á que vengan para tributarle culto junto con los gascones, catalanes y aragoneses, que son gentes de pró. Si el rey de Navarra viene (Tibaldo, conde de Champagne), no lo *adorará* como no trate de ser más valiente y generoso de lo que es; pero si viene el león que es rey de Castilla (San Fernando), éste podrá tomarlo en sus manos y guardarlo, pues es noble, generoso y digno de las virtudes que ilustraron á su abuelo (Alfonso VIII).»

## V.

Llegamos ya á la época del rey D. Alfonso X de Castilla *el Sabio* ó *el de las Cántigas*.

Cuando D. Alfonso subió al trono en 1252, ya D. Pedro *el noble* de Aragón descansaba hacía mucho tiempo en su sepulcro, habiéndose llevado consigo la idea de una nacionalidad aragonesa-provenzal, caída con él en la jornada tristísima de Muret; ya los condes de Tolosa habían sucumbido; ya el silencio de la muerte reinaba en los castillos y cortes de Provenza, tan animados antes con el rumor de las fiestas, el discreteo de las damas y galanes y los esplendores de los Puys y cortes de amor; ya la Santa Inquisición, sombría y misteriosa, apareciendo á través de las sanguinolentas luces que arrojaban las llamas de sus hogueras, constantemente encendidas, imponía á todos y en todas partes el terror y el silencio; ya Provenza tenía señores que no eran hijos de aquella noble tierra, y estaban fugitivos sus barones, espejo de caballería; dispersos sus donceles, timbre de nobleza; muertas sus damas, flor de gentileza y cortesía; proscritos sus trovadores, heraldos antes de una civilización y de una nacionalidad potentes, y entonces míseros, errantes, vagabundos, sin patria y sin hogar, con ojos sólo para llorar, con corazón sólo para sentir y con una pobre y destrozada lira para acompañarse aquellas dolientes cántigas de Aimeric de Peguilhá y de Sicart de Marjevols:

¡Ay Provenza infortunada,
quién te ha visto y quién te ve!
Mejor te quisiera muerta
que sometida al francés (1).

Las cortes de Aragón y de Castilla se abrieron á los proscritos, y en ellas hallaron éstos toda la hospitalidad y protección que podían y

(1) ¡Ai Toloza e Procusa
e la terra d' Agensa,
Bezers e Carcassey,
que vos vi e quo 'us vey!
*Bernardo Sicart de Marjevols*

¡Ai Proensals [illegible] en greu desconort
[illegible] remanent et en [illegible] de [illegible],
[illegible] venguti en [illegible] de celth de Franza,
mei [illegible] que fossiatz del tot mortz!
*Aimeric de Peguilha*

sabían dar aquellos reyes que se llamaban Jaime *el Conquistador* y Alfonso *el Sabio.*

Durante el reinado de este último, Castilla fué un verdadero asilo, una nueva patria para los trovadores de Provenza. Cuantos hubo entre éstos de más renombre en la segunda mitad del siglo XIII, que fué la postrera del olimpo provenzal, estuvieron en Castilla ó sostuvieron íntimas y familiares relaciones con D. Alfonso. Es más; en algunos trovadores, acaso en el mismo D. Alfonso, parece haber nacido la idea de restaurar la poesía provenzal, escogiendo por centro á Castilla y haciéndola revivir en este reino, como para llamarla á nuevos destinos en nueva patria. Esto se deduce, ó me parece que puede deducirse al menos, de las poesías mismas de Nat de Mons, de Bonifacio Calvo y de la *Suplicatió* de Giraldo Riquier [1].

No todos los poetas que merecieron hospitalidad y protección de Alfonso *el Sabio* nos son conocidos. Las memorias que de aquellos tiempos nos quedan, cuidaban más de registrar los hechos de guerra que los sucesos favorables á la inteligencia humana, y las inquisiciones detenidas y los estudios meditados que en este terreno se han hecho sobre Alfonso *el Sabio*, tienden á presentarle como lo que era realmente; un gran ingenio y una gran inteligencia; pero pocos como protector de la poesía provenzal, y ninguno tal vez como lo que también era en realidad, un trovador provenzal. Esto sólo se halla estudiando las poesías de los trovadores que residieron en Castilla ó que de cosas de estos reinos se ocupan, y en las contestaciones dadas en lengua provenzal por D. Alfonso á Nat de Mons y á Giraldo Riquier, que deben sin vacilación atribuirse al mismo monarca, y que le señalan por consiguiente un puesto entre los trovadores.

Pero dejando este punto concreto para luego, vamos primero á los recuerdos que de Castilla y de D. Alfonso se hallan en las poesías provenzales.

No consta que estuvieren en la corte del rey Sabio Galcerán de San Didier, Beltrán Carbonell ó Beltrán de Marsella, Bartolomé Giorgi, Ramón de Lator, Paulet de Marsella, Beltrán de Rovenhac, Beltrán de Born, el hijo, y otros varios; pero en sus obras se hallan frecuentes alusiones á Castilla y repetidas alabanzas de su rey.

Así vemos, por ejemplo, á Beltrán Carbonell dedicar á D. Alfonso canciones de amores y enviarle *saludos*; á Beltrán de Rovenhac decir que la gentileza reside en Castilla; á Galcerán de San Didier expresar el deseo de que cuantos deseen recobrar el valor se unan á D. Alfonso para combatir á los paganos; á Ramón de Lator consignar que el monarca castellano ha adquirido el derecho de ser alabado de todo el mundo; á Bartolomé Giorgi dirigirse á D. Alfonso para pedirle que vaya á libertar á su hermano el infante D. Enrique, prisionero de Carlos de Anjou, y á Paulet de Marsella, lamentándose de esta misma prisión, manifestar la esperanza que todos tienen en D. Alfonso, «rey de levantadas miras, de noble baronía y de maduro juicio.»

(1) Recuerdo haber leido en un manuscrito provenzal, que después de la ruina de las cortes de Tolosa y de Provenza, Alfonso X de Castilla concedió una ciudad libre á los trovadores proscritos.

(*Nota escrita al componerse este capítulo.*)

Federico Diez, en su obra *La poesía de los trovadores*, capítulo dedicado á hablar de *los protectores de la poesía*, habla también de la ciudad libre concedida por D. Alfonso á los poetas.

(*Nota escrita al imprimirse esta obra.*)

Existe una poesía, cuyo final por malaventura ha desaparecido, que debía ocuparse larga y extensamente de la corte del rey Sabio. Si, como ha venido creyéndose hasta hace poco, esta poesía, cuyo autor se nombra á sí mismo llamándose Pedro W..., fuese de Pedro Vidal, la corte castellana de que se ocupa sería la de Alfonso VIII; pero si, como pretenden Bartsch, Meyer y Milá, es de un Pedro Wilhem ó Guillem, de Tolosa, puede referirse á la corte de Alfonso X.

Es una composición de gusto oriental. Un caballero que se llama *Amor*, una dama que se llama *Merced*, una doncella y un escudero cuyos nombres son *Pudor* y *Lealtad*, pertenecientes á la corte de un Alfonso de Castilla, van por un camino, espléndida y caprichosamente vestidos, cabalgando en gallardos palafrenes y tropiezan con el poeta, que se dirige á ellos haciéndoles varias preguntas y entablando un cortés coloquio. En el diálogo se deja sentado que Alfonso de Castilla es, entre los príncipes del mundo, el más valiente, el más cortés, el más virtuoso, el más magnánimo y espléndido, y cuando *Amor*, *Pudor* y *Merced* van á relatar lo que pasa en su corte, se interrumpe desgraciadamente la relación, cuyo final, para nuestro objeto el más interesante, no llegará quizá nunca á conocerse por haberse perdido las últimas fojas del manuscrito.

El trovador Aimeric de Belenoi residió largo tiempo en Castilla. En una de sus poesías refiere el dolor con que hubo de abandonar aquel país, donde dice sin cuidarse de la modestia: «Hice muy buenas canciones, que complacieron mucho al rey, amador de los buenos dichos y de los buenos hechos.» Castilla es también para Aimeric de Belenoi un país encantador, donde no sucede lo que en aquellos otros en que han dejado de honrarse el júbilo, las canciones, la liberalidad, los leales servicios, el mérito, la magnificencia y la cortesía.

Hugo de la Escura y Elías Fonsalada, tienen composiciones dedicadas al monarca castellano.

De Arnaldo Plagués quedan dos en que habla ventajosamente de Castilla. En una de ellas la endereza ó dedicatoria dice así: «Canción, ve camino de Castilla y preséntate al rey que remedia los daños ocasionados por la compañía de los malos ricos.»

Ramón de Castelnau habla de la tierra castellana y de su rey como si lo conociera todo á fondo, y al enumerar los hombres más ilustres de su época, dice: que así como el mejor de los condes es el de Rhodez, el mejor de los prelados el de Menda, y el mejor de los barones su hermano el de Castelnau, así el mejor y más preclaro de los reyes es D. Alfonso X de Castilla.

De Guillermo de Montagnagout, el trovador que fué ministro y consejero del joven conde de Tolosa, que le sirvió lealmente en su desgracia, y que llegó á concebir el plan de una liga de monarcas para arrojar de Provenza á los franceses, hay varias alusiones á D. Alfonso, y existen poesías en que se ocupa de Castilla, á cuya corte debió venir como embajador del conde de Tolosa cuando se preparaba un levantamiento en el Mediodía. Para Guillermo de Montagnagout, «la prez decaería si mantenida no estuviese por el honrado rey castellano, cuyos hechos son tan cumplidos que no cabe mejorarlos,» al propio tiempo que en otra composición desea que «Dios honre y galardone al monarca castellano que mejora la prez, que es joven en edad y viejo en juicio, y que siente más placer en conceder mercedes que en recibirlas.»

En otra ocasión se dirige también al rey Sabio, cuando aspiraba al imperio, para el cual obtuvo casi todos los votos, pero cuya confirmación no fué confirmada por el Papa, y le exhorta á que haga valer sus derechos, apoyándolos si es necesario con las armas, «porque, dice, cuando un gran rey se propone una gran empresa, su honor está comprometido á realizarla.»

Sobre este mismo punto escribieron también los trovadores Ramón de Lator y Folquet de Lunel. Ambos, con gran entusiasmo, y en dos notables serventesios, sostienen los derechos de Alfonso y le incitan á hacerlos valer; ambos anatematizan á los que se oponen á sus deseos, y ambos, en fin, colman de elogios á D. Alfonso, á cuyo lado tiene que ir, dice Folquet de Lunel, «quien aprender quiera en buenos hechos y nobles acciones, pues sólo se aprende esto junto al monarca castellano,» que es, añade Ramón de Lator, «emperador de mérito, cabeza y padre de valor, padrino de gentileza é hijo de fino amor.»

En la poesía de Folquet de Lunel, que hubo de vivir en Castilla, se encuentra un notable testimonio de lo que era la corte de D. Alfonso.

«En esta corte, dice, no quedan frustradas las esperanzas de ningún hombre que valga: aquí son atendidas la razón y el mérito, y á nadie se oprime ni se fuerza: corte es esta sin orgullo y sin villanía, donde hay centenares de hidalgos que, sin necesidad de pedirles, otorgan tan buenas mercedes como no son capaces de hacerlas, áun pidiéndoselas, muchos reyes que yo conozco. El gran rey D. Alfonso, que es de superior valía, mantiene su corte con una ostentación como no hay otro que la tenga.»

Pero el trovador que pasó gran parte de su vida en Castilla, y que, favorito de D. Alfonso, llegó con el apoyo de este rey á los más altos honores, fué Bonifacio Calvo. Era Bonifacio genovés, escribía en provenzal, la lengua única que entonces existía para que alcanzaran fama los poetas, y hubo de salir emigrado de su patria por causas políticas, refugiándose en Castilla al comenzar Alfonso su reinado. Bonifacio Calvo fué considerado como uno de los hombres más eminentes de su siglo, se le concedió un puesto entre los primeros y más altos trovadores, tenía universal reputación de sabio profundo, y Nostradamus, al hablar de él, evoca á la filosofía misma, á la cual personifica y da voz y vida sólo para hacer el elogio más cumplido que pueda hacerse de pensador alguno.

Bonifacio Calvo halló un asilo y un alto empleo junto á D. Alfonso *el Sabio*, que le asoció á sus trabajos primero, y luego le dió un puesto en sus consejos. Desde entonces el trovador provenzal interviene en todos los actos públicos del monarca castellano. No hablan de él las historias, no le citan los que de D. Alfonso y de su vida escribieron, no le mencionan los que más han profundizado en la literatura de aquel tiempo, y sin embargo, ahí están vivas y parlantes las poesías de Bonifacio Calvo. Ellas nos dicen hasta qué punto el trovador influyó en los actos de D. Alfonso, públicos y privados, y en la vida política del reino.

Cuando D. Alfonso tuvo la idea, fundada en antiguos derechos, de sostener sus pretensiones en la Aquitania, el trovador provenzal, que acaso también se la había inspirado, le incita á la empresa por medio de aquel su *serventesio:*

En loc de verjans floritz
e folhaaz...

Y no pareciéndole bastante, refuerza sus argumentos, y le insta de nuevo por medio de un segundo *serventesio:*

Mout a que sovinenza
non agui de chantar...

Le encarga que arroje de sí el letargo que se ha apoderado de él y que los suyos le reprueban; le pide que no crea á los menguados cobardes ni á los muelles ociosos que prefieren las dulzuras de su hogar á las fatigas de la guerra; le exhorta á ser digno de su padre «que más se hizo honrar que rey alguno,» y dice que, para parecérsele, es preciso que haga valer sus derechos, acrecer su fama y resonar las armas.

Hay un momento en la historia en que se cree al rey de Castilla dispuesto á romper las hostilidades contra su suegro el monarca aragonés D. Jaime *el Conquistador*. Fué cuando, á la muerte de Teobaldo, Castilla presentó sus pretensiones á Navarra, acudiendo Don Jaime á defender este reino. La lucha parecía inminente entre el aragonés y el castellano, y este es el momento escogido por Bonifacio Calvo para un nuevo *serventesio* en que trata de decidir al rey á la lucha, y en que, con aquella libertad que se tomaban los trovadores y que los reyes de entonces respetaban, se expresa así:

«Si ahora el rey de Castilla no lleva sus pendones á aquellas tierras contra Aragón y Navarra, habrá motivo para que se cante lo que ya dicen algunos, que el rey de León más prefiere cazar con halcón y gavilán, que vestir cota de malla y empuñar espada.»

En otra poesía habla también de los derechos de D. Alfonso al imperio, y los sostiene; en otra le dirige sabios y profundos consejos para gobernar su reino, reparar injusticias y guiar á todos por el camino de la virtud; en otra le explica y enseña la ciencia de conceder mercedes y hacer regalos, y á quién y cómo se han de ofrecer; en otra le demuestra que alguno de sus privados le vende y le aconseja mal; en otra se sincera de ciertos cargos que le hacen los envidiosos que quieren hacerle perder su puesto y la amistad del rey; en otra, finalmente, invita á D. Alfonso á hacer de su corte una corte de Provenza; centro de amor, de galantería, de júbilo y de prez.

Bonifacio Calvo, según parece, acabó su vida en Castilla, y hay motivos para creer que sucumbió al dolor que hubo de causarle la muerte de su dama, que era una prima ó sobrina de D. Alfonso, y cuya belleza pondera el trovador en una poesía, diciendo que «si Dios quisiera escoger una dama en este mundo, ella sería sólo la elegida.»

## VI.

Y ahora, llegada es ya la ocasión de decir algo acerca de dos poetas que influyeron acaso más que otros en D. Alfonso, pues que á ellos se debió el que el rey de Castilla se decidiera á escribir en la lengua de los trovadores, como escribía en la de las Cántigas.

Nat de Mons, oriundo de Tolosa, era poeta, filósofo y astrónomo, y dirige al rey una poesía en que habla de la influencia de los astros sobre los hombres, pidiéndole su parecer y consejo. El monarca contesta con otra poesía, en forma de sentencia: «Nos Alfonso, rey de Romanos, de Castilla, Toledo, Compostela, Sevilla, León, Córdoba,

Murcia, Algarve, Granada, Andalucía, etc.» Y dice que el hombre es gobernado en parte por los astros, en parte por el destino; y completamente por la casualidad, procediendo el bien ó el mal de lo uno, de lo otro, ó de las tres cosas á la vez. Empero, añade, «por lo tocante á decir cuál de esos tres principios inculca el bien y el mal, nadie en el mundo puede decirlo, pues que nadie conoce los juicios y los designios de Dios.»

La contestación de D. Alfonso es algo oscura, pero este parece ser el sentido. No hay que entrar á hacer comentarios sobre esta poesía, pues ello nos llevaría tal vez á mirar al Rey Sabio como algo más libre pensador de lo que generalmente se cree. Lo importante aquí está en consignar que aquel príncipe no se limitó á ser un protector de la literatura provenzal, sino que fué también uno de sus cultivadores.

En cuanto al otro de los dos poetas citados, Giraldo Riquier, de Narbona, no hubo de estar una sola vez en Castilla, sino varias, y áun parece que por los años de 1270 debió fijar su residencia en este país, donde hubo de permanecer por lo menos hasta 1284, época de la muerte del rey, á la que consagra una composición.

En muchas de sus poesías se encuentran referencias, citas, alabanzas del pueblo castellano y de su príncipe; por muchas se ve que era íntimo de D. Alfonso y que se interesó por las cosas de su reino.

«No conozco en ninguna ley, dice una vez el poeta, monarca que más valga que D. Alfonso, y es deber que así sea, pues con su gran virtud ha sostenido en todo tiempo la prez y fama de Castilla:

Car deguna ley
no say rey que'l puesca valer
et es aitals per son dever;
car Castela ha sostengut
tos temps pretz ab sa gran vertut.»

En otra ocasión dice que el rey es luz de todo lo bello, restaurador de toda prez, espejo de toda virtud, y que hubiera sido de desear que antes hubiese existido, como su propio nombre indica. (Alfonso, en provenzal *Anfós* ó *ans fós*, es decir, antes fuese, antes hubiese sido.)

Verdad es que en las distintas poesías que Giraldo Riquier dirige á D. Alfonso, se halla quizá un exceso de alabanza, ó mejor de adulación, pues agota todas las frases y epítetos laudatorios de la lengua; pero sobre que la costumbre era ésta, y éstos los tiempos, algo hay que permitir al poeta esperanzado ó agradecido. En cambio, cuando le oye censurar por cortesanos descontentos, siente gran tristeza, dice, «y hasta que me entierren no consagraré mi afecto ni dirigiré mis cantos á otro punto.» Desea que sus mayores enemigos le cobren tal amor, que no tenga que guardarse de ellos, y alguna vez se cree autorizado á darle este levantado consejo: «Buen rey castellano D. Alfonso, obrad siempre con razón y derecho, y digno entonces seréis de gloria.»

En una lindísima *pastorela*, que puede servir de modelo, se ocupa con gran sentido político de las guerras con los moros de Granada; en tres *serventesios* da consejos al rey, discurre sobre los sucesos políticos de aquel tiempo, aprecia con alto punto de vista las cosas de Castilla, lamenta aquellas luchas intestinas que llenaron de amargura el corazón de D. Alfonso en los últimos años de su reinado, y prevé y condena la rebelión del hijo contra el padre; pero la composición de Giraldo

Riquier, para el objeto de este estudio más importante, es aquella larga tirada de versos en que, dirigiéndose al soberano de Castilla, le explica la diferencia que hay entre trovadores y juglares y la distancia grande que media entre unos y otros, pidiéndole que atienda á esto, y exhortándole á poner remedio al descrédito que de confundirles con los juglares se sigue á los trovadores.

No es menos larga que la petición la respuesta de D. Alfonso en el mismo metro y forma que la poesía de Riquier. El rey declara que es gran falta de lenguaje llamar á todos juglares, que hay diferencia entre éstos y los trovadores, que unos son los histriones, aquellos que gesticulan, y dan saltos, y danzan, y cantan, y tocan instrumentos, es decir, los *joculatores* ó juglares, y otros los que componen é inventan, aquellos que estudian y piensan, es decir, los trovadores; añadiendo, que entre éstos áun los hay de dos clases: los que hacen versos buenos y sonoros, con perfectas rimas, y los que componen poesías de buena enseñanza, tan bellas por la forma como profundas por la idea. «A estos últimos, dice el rey, á quienes Dios honra, debe honrar el mundo, y llamarse deberían doctores en el trovar.»

Tal es la composición de D. Alfonso, que al darle perfecto y legítimo derecho para que se le continúe entre los trovadores provenzales, termina la época de éstos en Castilla. pues ya apenas se encuentran nuevas noticias y nuevos datos que añadir á lo expuesto. Verdad es que ya entonces concluyen los trovadores, no sólo en España, sino en todas partes. Aquella literatura superior, luz y vida de una civilización y de un progreso adelantados á su siglo, estaba ya en su ocaso, y con las poesías de D. Alfonso *el Sabio*, de D. Pedro III *el Grande* de Aragón, de Giraldo Riquier, de Paulet de Marsella y de otros muchos, arrojaba sus últimos destellos y terminaba su gloriosa existencia, víctima de la ingrata persecución de los franceses y de las bárbaras iras de aquel tribunal de horror y de crimen que se llamaba la Santa Inquisición.

Por lo demás, y volviendo á las poesías escritas por el rey Sabio en contestación á las de Nat de Mons y Giraldo Riquier, sólo me permitiré hacer observar que el acierto y conocimiento con que maneja la lengua, la facilidad y espontaneidad con que emplea el verso y la rima, pueden hacer creer que no era nada extraño al uso del idioma provenzal, y que no debieron ser estas sin duda las únicas composiciones escritas en lengua de trovadores por el autor de las célebres é inmortales *Cántigas*.

¿Significa algo esa continuidad, por espacio de más de dos siglos no interrumpida, de poetas provenzales que acuden á Castilla como en busca de nuevos y más anchos horizontes, como en busca de un público inteligente que comprende su lengua, y estudia, y repite, y populariza sus cantos?

¿Puede deducirse algo de esa protección, siempre y cada vez más hidalgamente prestada a los poetas provenzales por los monarcas castellanos?

¿Hay algo en esa insistencia con que los trovadores se ocupan de las cosas de Castilla, haciéndolas objeto de sus *serventesios* políticos?

¿Son, en buena crítica, valederos y positivos para reconocerles influencia, todos esos testimonios vivos que sobre el asunto de que se trata se encuentran en las poesías de los trovadores?

Al ocuparse tanto esa poesía de la política y de las cosas de Casti-

lla, de su pueblo y de sus reyes, de sus júbilos y duelos, de sus victorias y de sus desastres, de su porvenir y de su pasado, de su situación presente y de sus destinos futuros, ¿puede negársele cierta natural y legítima influencia en la literatura castellana?

¿Demuestra algo lo que dice Giraldo Riquier en su *Suplicatio* á D. Alfonso respecto á que «en todo tiempo juglaría y saber han hallado en Castilla acogida, estímulo, premio, enmienda y cumplido consejo, más que en corte real ó de otra clase?»

¿Es de atender la circunstancia de haber escrito D. Alfonso en provenzal?

¿Pudo este príncipe tener presentes las formas líricas de los provenzales y catalanes, al cantar en copiosa variedad de metros las alabanzas de la Virgen, como ya sospecha, aunque no se atreve á afirmarlo, el Sr. Amador de los Ríos?

Estas son las preguntas que me dirijo á mí mismo, y no contesto, al terminar este estudio, á grandes rasgos trazado, y donde he reunido en síntesis cuanto sé y me ha sido posible consignar respecto á la poesía provenzal en Castilla y en León. Para completar este trabajo serían indispensables: memorias de aquellos tiempos, que yo no sé que existan; poesías de trovadores hasta hoy desaparecidas, y que hablaban de Castilla, de sus reyes y de su corte; datos y noticias que yo no he puesto bastante diligencia ó sobrado acierto en hallar. Con nuevos descubrimientos, más medios, más cuidado y, sobre todo, más inteligencia, alguno podrá completar un día este pobre trabajo mío, escrito para llenar el objeto, ya indicado, de aportar materiales con que otros construyan.

Y ahora, puesto que de trovadores se habla, permitido me sea terminar, á usanza suya, con el *Envío*, *Endereza* ó *Dedicatoria* con que ellos terminaban sus obras, enviando este pobre estudio á D. Pío Gullón, compañero querido, tan discreto y buen amigo como entendedor profundo en materias literarias, de las que se limita á ser amante platónico cuando sus pocos trabajos son garantía del honroso nombre y digno puesto que en las letras castellanas pudiera conquistar.

(9)

## VOCABLOS PROVENZAL-CATALANES ACEPTADOS POR LA ACADEMIA.

En la excelente *Historia crítica de la literatura española* del Sr. Amador de los Ríos, se consideran como los primitivos poemas castellanos anteriores al del Cid, el *Libro de los tres Reys d' Orient*, la *Vida de Madona Santa María Egipçiaqua* y el de *los Reyes Magos*.

El libro de los tres *Reys d' Orient* comienza ya por estas últimas palabras de su título, que son provenzal-catalanas. En su texto son infinitas las del mismo origen. Véanse como muestra:

fiz *semblante quel' plazie*.....
sacaban á las *vegadas* | los brazos con las espaldas.....
que en el cielo fué oido | el *planto* de Raché.....
un fijuelo que auia | que l' *part* el otro día.....

He aquí ahora algunos versos sueltos del *Libro de los Reyes Magos*:

> *Deus* criador qual *marauela* | non se qual es *achesta* strela.....
> non es uertat nin se que digo | todo esto non *val* uno *figo*.....
> . . . . . . . . . . . | uno *home* es nacido de carne.....
> Rey *unich* es nacido | . . . . . . . . . . . . .
> qui mandara el seclo | en *grant* pace *sines* guerra.....
> fu nunquas alguandre falada o en *scriptura trobada*.....

Véase el de *María Egipciaca*.

María huye de la casa paterna, y «*per fer* más su *voluntat*» se dirige á Alejandría albergándose entre meretrices. Allí, los galanes

> d' ella avien *grant sabor* | *ca* tal era commo la flor.

De Alejandría pasa á Jerusalén en una nave «*plena* de romeros de ricos omes et caualleros.»

En muchos otros pasajes del libro se encuentran voces provenzal-catalanas. Júzguese por estos versos, escogidos al acaso:

> *Grant maravella* fué del padre | que su fija fizo madre.....
> Tu ameste siempre castidat | yo luxuria *et malvestat*.....
> Todo el dia estaban en su *mester* | fasta l' ora del comer.....
> Pan d' *ordio* comien.....
> Coniurote por Dios el *grant* | que non vayas *d' aquí adelant*.....

Por lo que toca á las palabras provenzal-catalanas que se encuentran en nuestro *Diccionario de la Academia*, son muchísimas. He aquí trescientas rápidamente recogidas, hojeando sólo el Diccionario:

Acullir.
Afillamiento.
Afillar.
Aguaitar.
Agenollar.
Albarcoque.
Alfábega.
Agra.
Agror.
Aglayarse.
Aprés.
Asmar.
Asperjar.
Atunar.
Avenir.
Avol.

Ba[illegible]a.
Bastir.
Bagasa.
Bandosidad.
Blancor.
Blasmar.
Blasmo.
Blao.
Bochin.
Botiga.
Bresca.
Brisca.

Cadira.
Calina.
Calce.
Calza.
Cambra.
Canonge.
Cantonada.
Capitol.
Car.
Castel.
Castellan.
Cendra.
Colla.
Claror.
Claustra.
Conca.
Concello.
Conquesta.
Conquerir.
Conorte.
Conortar.
Coller.
Cort.
Crida.
Cridar.
Creyer.
Comparanza.
Cuitar.
Cuja.
Cusir.

Deesa.
Derrería.

Desferra.
Desfamar.
Desguarnir.
Despullar.
Desus.
Defoir.
Defensable.
Desconhortar.
Desconhorte.
Devant.
Devantal.
Detall.
Desvezar.
Dir.
Dita.
Dona.
Doncas.
Duc.
Dulzor.
Durada.
Drope.

Embrolla.
Embair.
Embrollar.
Endemás.
Empenta.
Empentar.
Emprentar.
Encara.
Endonarse.
Enfortir.
Ensellar.
Ensembla.
Enronar.
Enrojar.
Erro.
Erranza.
Escalfar.
Escarnir.
Escarnidor.
Escomesa.
Escandir.
Escorchar.
Escandallo.
Esguardar.
Esguarde.
Escombrar.
Escombra.
Esquena.
Esmena.
Escarola.
Esposayas.
Esponsalias.
Esquinzar.
Estol.
Exir.

Fabear.
Fadar.
Falagar.
Falaguero, ra.
Fasoles.
Falla.
Fame.
Fer.
Fandilla.
Fenestra.
Festejar.
Ferraje.
Ferrar.
Festa.
Ferramienta.
Fil.
Filosa.
Floreta.
Forado.
Foradado.
Forza.
Forca.
Forqueta.
Forcejar.
Forja.
Forquilla.
Fosca.
Fosa.
Fosar.
Folía.
Fogaje.
Fogarada.
Foguera.
Folgar.
Fornalla.
Frederich.
Fredor.
Frescor.
Fenestra.
Fumarada.
Fugir.
Furto.
Furtador.
Fusta.
Figo.

Gandul.
Gaya.
Gesta.
Gorja.
Grant.
Gramalla.
Granadi.
Gratar.
Greujé.
Gros (en).
Grua.
Grida.
Guarir.
Guarnir.
Gubernar.

Hi.
Home.
Hostaje.
Hostal.

Inflar.
Interromper.

Jaquir.
Jitar.
Joglar.
Jogleria.
Jofre.

Lar (Llar).
Largaria.
Lazería.
Leijar.
Loguer.
Lusco.

Malfeita.
Maleza (por Maldad).
Malvestad.
Malvezar.
Macular.
Macula.
Mancar.
Manobre.
Manta.
Marmesor.
Márfega.
Masía.
Mege.
Merla.
Mercantivol.
Mingrana.
Mocador.

Montañeta.
Mollina.

Na.
Nadal.
Nano.
Negror.
Nolit.
Nova.
Noxa.
Nudrir.

Pal.
Palpebra.
Parla.
Parlar.
Pardal.
Pedrera.
Per.
Plana.
Pobra.
Poma.
Portar.
Primer.
Primeria.
Proferta.
Punchar.

Rancor.
Realme.
Rebujar.
Remugar.
Rendol.
Rengle.
Renglera.
Repodrir.
Requestar.
Requesta.
Resemblar.
Resurtir.
Resurtida.
Resurgir.
Riba.
Rondalla.

Sabidor.
Sabieza.
Salma.
Saut.
Secor.
Secresto.
Secrestar.
Secrestador.
Seguranza.
Semblar.
Semblanza.
Semble.
Sembra (en).
Sentada.
Seze.
Sota.
Sorra.
Superbia.
Surtida.
Sus.

Tacar.
Tallar.
Timbal.
Torrar.
Tortedad.
Tozar.
Trena.
Tristor.

Usaje.

Vegada.
Ventador.
Ventar.
Ventalle.
Vergoña.
Vergoñoso.
Vidal.
Vidro.
Voltejar.
Volteta.

Todas estas palabras, castizamente catalanas, se hallan en el *Diccionario*, habiéndome asegurado por mí propio que estaban, antes de continuarlas aquí. Unas constan como de uso común, muchas como anticuadas. Por no consignarlas el *Diccionario* de la Academia, dejo de continuar otras que se hallan, sin embargo, en distintos diccionarios, ó en *El conde Lucanor* de J. Manuel, en las poesías del Arcipreste de Hita, de Juan de Mena, y en otras obras clásicas, como por ejemplo: *judjar*, *maltractado*, *brandar*, *candela*, *ezquerra*, *muller*, *consembles*, *lur*, *palla*, *maravella*, *tenguts*, *fruytas*, etc.

# DISCURSO

DEL

## Excmo. Sr. D. EMILIO CASTELAR

75

Señores Académicos:

Días de regocijo los días de recepción para nuestro instituto. Después de habernos herido la muerte con sus golpes de irreparables efectos ¡ah! surge la vida con sus esperanzas de renovación y sus promesas de perpetuidad. Ni las secas hojas que arrastran los primeros cierzos; ni los aereolitos que relampaguean como centellas en las nocturnas horas; ni las generaciones pulverizadas dentro del planeta sobre las cuales viene, parto de la destrucción incesante, nuestro cuerpo, asediado de contínuo por la nada, como el astro por la sombra; ni todas las cruentas batallas de las guerreadoras especies obstan á la primaveral renovación del Universo, uno en sus eternas metamórfosis, perpétuo bajo los estragos del tiempo, y vivo entre las desolaciones de la muerte.

Ayer se partió de nosotros el poeta de la primavera, escogido por las flores para confiar á tan tierno pecho la aspiración escondida en las esencias de sus corolas y por las aves para decir á tan delicado oido la inefable letra guardada en las estancias de sus coros, convirtiéndose así, al pasar por aquella imaginación delicadísima, las cosas en ideas, como se convierten, al caer en la cazoleta del incensario, las gomas y resinas destiladas por los árboles del Asia en celeste nube, la cual asciende por las colum-

nas del altar á las bóvedas del templo y lleva entre sus inciertas espirales el vapor de místicas lágrimas con el acento de aladas y misteriosas plegarias.

Murió, y diríase que con su muerte perdiera naturaleza la conciencia de sí; pues mientras él vivió y cantó, parecía, por virtud misteriosa de aquellos sencillos metamorfóseos suyos, haber suspendido la indiferencia con que ofrece un teatro en sus dilatados espacios á todos los hechos, morales é inmorales, fastos ó nefastos; y haber disminuido la implacable crueldad con que devora en sus colmados sepulcros á todas las criaturas. ¿Quién anotará las escalas del ruiseñor colgado de la rama florida sobre su nido? ¿Quién sabrá los deseos envueltos en el aroma de la violeta? ¿Quién pintará las gotas de rocío en la mañana y los arreboles del ocaso por la tarde? ¿Quién adivinará lo que dicen las flores á las mariposas, las mariposas á las aves, las aves á las nubes, las nubes á las estrellas y las estrellas á la etérea inmensidad?

Perdió nuestro instituto el poeta de la naturaleza, y le sucede y reemplaza el poeta de la sociedad y de la historia. Nuestro nuevo compañero siente, como todos los de su prosapia, el Universo y las inspiraciones del Universo descendidas; mas no está su vocación primera y característica en anotar las ideas exhaladas por las cosas materiales y tangibles, sino en poetizar los recuerdos de la patria de sus padres, consultando los antiguos sagrados anales, y en poetizar las esperanzas del mundo social moderno, siguiendo su maravilloso crecimiento. La fantasía del señor Balaguer tiene algo de las propensiones misteriosas de ciertas aves que anidan en las torres de las iglesias juntamente con algo de las propensiones de esas otras aves que aspiran á bañar sus alas en la naciente alborada. Corneja melancólica ó cigüeña religiosa, matinal alondra ó vespertino ruiseñor, paloma del valle ó águila del

risco, nunca se mancha con el barro de la tierra su noble alma, llena de bondad y de poesía. La patria le sigue y le acompaña como la casta musa de su estro y le hace cantar como el templado plectro hace vibrar á la lira. Catalán sobre todo, y ante todo, su imaginación, sin dejar los altos vuelos que tocan á veces en arrebatos, se distingue por lo sesuda y reflexiva, como corresponde á la natural gravedad de su raza. Diríase que su palabra es como el espíritu y la esencia del natal terruño. Las costas, donde las aguas del Mediterráneo se duermen, tan celestes y tranquilas como si llevaran disuelto el cielo azul; las cumbres del Monserrat con sus cresterías y del Monseñ con sus nieves; los torrentes del Fay, cuyas claras aguas cubren las oscuras cavernas y se precipitan entre los matorrales y las breñas, resonando como los fragores de una octava épica; los olivares oscuros de la región tarraconense apiñados en torno de los despojos romanos bruñidos por la luz del Mediodía y las blancas velas mezcladas con los penachos humeantes en la rada de Barcelona; el cenobio de Ripoll con su aire románico y el cenobio de Poblet con sus góticas tumbas; la cueva donde oró el penitente, que debía sostener en sus brazos la cúpula de San Pedro, resquebrajada por la revolución religiosa, y la Iglesia bendecida por los marinos, que volvían de tantas expediciones gloriosísimas; lugares tan sagrados, recuerdos tan sublimes, edificios tan jigantescos, espectáculos tan bellos, inspiran la obra de su claro ingenio, quien ha engarzado luminoso anillo de ideas hermosísimas en torno del astro luminosísimo de su idolatrada patria.

Mas no le creáis un poeta puramente de su región condal. Dejaría de ser tan grande alma un alma inspirada, si no tendiera de suyo á la síntesis, y entre las ricas variedades propias de la vida no descubriese la suprema unidad reinante en el Universo y sobre el Universo. Balaguer quie-

re á Cataluña, como parte integrante del sublime todo y órgano indispensable del supremo organismo, que se denomina sábiamente nación. Por tal creencia, veréisle mostrando siempre los caudales de ideas que su próvida región desagua en el océano inmenso de nuestra vida nacional. Todos los actos que sellan la unión del suelo patrio, le animan y enardecen, desde la expedición emprendida en apartados siglos á la conquista de Almería, que cantaron los viejos trovadores, hasta la expedición emprendida en nuestro tiempo y á nuestra vista, el desquite de Africa, cuyas alabanzas entonan los trabajadores en coro, al salir del taller, y en su hermosa lengua natal parece aún más bello el grito de ¡viva España!, grito acompañado con tales épicas cadencias y con tan robustos acentos, que, al oirlo, todo corazón español late de entusiasmo, sintiendo cómo tenemos el hierro nunca roto de los indómitos almogavares para defender, lo mismo en los desfiladeros del Bruch y en los muros de Gerona, que en los riscos del Serrallo y en las maniguas del trópico, la indestructible y sagrada unidad de nuestra patria.

Sí, tenéis razón, ilustre poeta, la tenéis al ufanaros de vuestra prosapia y de vuestra tierra. Las costas griegas resplandecen allí todavía con los destellos de la más hermosa entre las civilizaciones antiguas; la vieja metrópoli tarraconense conserva, como Roma la eterna, el triste y majestuoso aire de los grandes destronamientos históricos; la Barcelona sin par une al trabajo y al comercio de Tiro el ingenio y el gusto de Atenas, cual sus hermanas en glorias y en grandezas las libres ciudades de las ligas lombardas; os presta vasallaje de antiguo el mar, que guarda disueltas en sus estelas ideas, y en las ideas inspiraciones, tan luminosas todas como las fajas etéreas de sus noches serenas; ábrense á los conjuros de vuestro genio los senos de Italia la inspirada para recibir y acep-

tar el espíritu español como un complemento de su propio espíritu; óyese al pié del Etna y al pié del Vesubio, en aquellos campos helénicos y en aquellas ciudades catalanas, pasar de los labios del ágil marinero y del fecundo improvisador al aire perfumado las voces de Muntaner mezcladas con las voces de Teócrito; surge á vuestro renombre así el imperio heleno-europeo como el Asia menor, así la triste Grecia de la Edad media como la infeliz Bizancio de los emperadores condenados por el hado á la servidumbre tártara, quizá por haberse preservado de la servidumbre goda; guardan todo el Este de nuestro continente y todo el Oeste del continente asiático remembranzas del valor heróico de vuestros navegantes, cuyo esfuerzo grabó las barras indelebles en las puertas hieráticas del viejo templo histórico, en el Tauro y en el Etha: que la Venecia del español Mediterráneo, con su Senado de conselleres y su parlamento de diputados, con aquellos ciudadanos guerreros, comerciantes y estadistas al mismo tiempo, tanto sabía henchir las velas de sus naves para lograr los empeños del combate, como para cumplir los milagros del trabajo; y tanto peleaba, do quiera la comprometía su honor, en pro de sus propios intereses y particular engrandecimiento, como en pro de los intereses comunes á la cultura universal.

Grande la región catalana; pero ¡cómo se abrillanta y magnifica dentro de nuestra común patria, la nacionalidad española! Su estrecha unión moral unas veces, material y política otras, indispensable siempre, le permitió dilatar el espacio de su actividad, y con el espacio de su actividad la gloria de su nombre. Mucho le importó ayudar á Jaime I en Mallorca, pero no le importó menos ayudar al gran Alonso VIII en las Navas; mucho ir á Betera para rescatar por siempre la ciudad, que siglo y medio antes rescatara el Cid castellano por algún tiempo, y mucho

más ir en la persona de su gran Rey Fernando V á la vega de Granada; mucho recibir á un Roger de Lauria y á un Roger de Flor, victoriosos en Sicilia y Grecia, pero mucho más recibir á Colón, al tornar del fondo de los ignorados mares, con el nimbo divino de los resplandores derramados por el brillo de una creación nueva en torno de sus inspiradas sienes; mucho acompañar á D. Pedro III en Nicotena y en Catania, pero más acompañar á D. Juan de Austria en Lepanto; mucho combatir á los angevinos por su propia independencia, pero mucho más combatir á los napoleonidas por la independencia nacional; mucho poseer la antigua magna Grecia y la histórica Cerdeña, pero mucho más dilatarse por el vasto continente americano, y esclarecerlo y cristianarlo en comunidad con todos los españoles, consiguiendo así que millones y millones de hombres compongan la vasta familia por el cielo requerida para grandes obras, y hablen la maravillosa lengua por un trabajo secular preparada para llevar en la copia incalculable de sus palabras á la conciencia humana miles de luminosas ideas.

Imaginaos que, allá, en el siglo décimosétimo, se lograra el suicida propósito de separarnos y dividirnos. España no sería nación, abierta su frontera natural del Sudeste á todas las invasiones europeas, y destituida del concurso de hijos tan trabajadores como heróicos; y, en cambio, Cataluña no tendría el complemento de la unidad nacional que robustece tanto su vida; la sombra del pabellón español que honra tanto su nombre; la grandeza de un verdadero Estado europeo abierto á sus estadistas, y la resonancia de una tribuna como la que restauraron en Cádiz nuestros padres, ofrecida por la libertad á sus grandes oradores; la comunión de intereses patrios tan útiles á su trabajo y á su industria; la compañía de colonias poderosas en las cuatro partes del mundo, tan favorables á su comer-

cio; el patrimonio de glorias por las cuales brillan los pueblos; y obligada, obedeciendo las leyes de la mecánica social, donde la magnitud entra por tanto como en las leyes de la mecánica celeste, á servir de satélite á la gran potencia traspirenáica; por no confundirse con el resto de su territorio natural, ó hubiera perdido su independencia en el seno de gentes extrañas, ó hubiera tristemente arrastrado la ignominiosa vida de los pueblos sujetos á existir por merced graciosa de los tratados internacionales, y á vegetar bajo la simulada, pero reconocida y vergonzosa tutela de cualquier nación poderosa, empeñada en que maldijérais á vuestros padres y á vuestros hermanos por la naturaleza y por la historia, y á que pusiérais donde no hay fronteras nubes oscuras de rencorosas supersticiones, con menosprecio completo de vuestra prosapia y de vuestra sangre.

Creedlo, amado compañero, creedlo: este instituto, ilustrado en dos consecutivas centurias por tantos nombres inmortales; unido con academias numerosas en las varias repúblicas por donde nuestra lengua se dilata; dotado de una jurisdicción intelectual que proclama el asentimiento expreso de los pueblos y confirman leyes y decretos de los poderes públicos; este instituto, decía, no ha querido, coronándoos con su elección espontánea, honrar tan solo en vos al historiador diligente, al publicista insigne, al parlamentario experto, al poeta lírico inspirado, al poeta dramático aplaudido, al autor de tantas leyendas repetidas en el hogar y cantadas en los campos y en las montañas; sino al catalán, sí, al catalán de nacimiento y de corazón, para que diga en su lengua natal á los suyos cómo aquí no existen diferencias de provincias, ni privilegios, ni gerarquías, antes bien una igualdad fundamental de todos los españoles, en la que se alza fuertemente, así la unidad material de nuestro suelo, en

cuyos surcos mezclaron mil batallas la fecunda sangre de todos sus hijos, como la unidad intelectual y moral de nuestro espíritu, unido, á la manera de alma y cuerpo, á la indestructible totalidad de nuestra patria.

Nosotros, encargados por la sociedad española de conservar su lengua, no pretendemos suprimir las variedades engendradas por el movimiento eterno y el múltiple desarrollo de la vida. Ninguna fundamental asociación científica y literaria puede ir contra las leyes sociales, en cuyo cumplimiento se funda. Suprimir lo vario, porque lo uno existe, sería como suprimir las naciones, porque la humanidad existe; ó como suprimir los individuos, porque á su vez existen las naciones. Señores: imposible hallar ningún elemento por tal manera idéntico á sí, que, moviéndose ó desarrollándose, no llegue á producir algo diferente de sí. Mirad cuán llenos de factores se hallaban los elementos primitivos de Aristóteles, y qué síntesis componen de suyo entre radicales antítesis. La física moderna, que tanto á la unidad tiende, separa y divide la materia única en ponderable é imponderable, en inorgánica y orgánica, cual separa y divide la fuerza única en calor, electricidad, magnetismo, afinidades químicas, cohesión de moléculas, atracción de moles. El éter infinito ¡cómo se cuaja en gotas de luz varias, suspensas á los espacios inmensos por leyes armónicas, en las cuales creían oir los antiguos una inefable sinfonía! La electricidad se bifurca en positiva y negativa, en estática y dinámica. Pues dentro del arte, como dentro del Universo, coexisten los dos principios de la unidad y de la variedad. Y lo mismo sucede en las lenguas. Días verdaderamente gloriosos para el humano linaje aquéllos en que pudo romper á balbucear en Grecia el habla de la ciencia, dividida en más dialectos, á pesar de su espiritualidad, que géneros tuvo la material arquitectura griega. Ningún idioma llegó, como ningún pueblo,

á la unidad de Roma. Y no pudo Roma conseguir que Livio dejara de oler á Padua, y Séneca á Córdoba, y Marcial á Calatayud, y Tertuliano á Africa, cual si las obras literarias tuvieran, á guisa de los productos agrícolas, mucho del terruño donde se siembran y cultivan. ¿Quién será osado á proponer que desaparezcan lenguas tan primitivas como el vasco, tan tiernas como el gallego, tan dulces como el bable, tan músicas como el valenciano, tan vigorosas y onomatopéyicas como el catalán? La poesía no crece á su arbitrio en las academias y en los palacios; necesita el aura popular. Mientras la oda cadenciosa del erudito se olvida y empolva en el cerrado volumen de las bibliotecas consultivas, el romance volandero, cuyo autor es anónimo, porque lo han compuesto cien generaciones, vuela de labio en labio por medio de sus alados asonantes, y llena del espíritu patrio la vital atmósfera. Es indispensable que la gente sencilla pueda componer con la espontaneidad que componen las aves, y oir sus versos y sus poetas con el encanto que oyen al aura y al follaje. Y esto no lo podéis conseguir si ahogáis las variedades riquísimas de la lengua nacional, porque ningún nacido expresa con felicidad sus sentimientos, sino en palabras no aprendidas, en palabras libadas, como la leche nutritiva del espíritu, en los labios de una madre. ¿Creéis que daña esto á la lengua nacional? Campmany hablaría en catalán cuando nos daba en su teatro crítico de la elocuencia española tantas provechosas lecciones; y Aribau acabaría de componer una poesía catalana cuando fundaba la Biblioteca de autores españoles y les ponía en su estilo, por todo extremo elegante, aquellos prólogos, dignos pórticos de nuestras obras clásicas, por su corrección y por su pureza. Nadie ignora en este recinto que Aparisi y Guijarro, vuestro inmortal compañero y caro deudo mío, á quien los venideros consultarán como un oráculo de la

sintaxis y analogía españolas, habló toda su vida en valenciano. Quince años llevaba él de vivir en Madrid, yo más de veinte; y nunca le oí dirigirse á mí sino en el idioma de su infancia. Las lenguas, con más ó menos propiedad llamadas lenguas lemosinas, se acercan al rústico latín provincial antiguo, y, por consiguiente, á la complexión y contestura íntima de la madre que hay en el fondo de la lengua nacional. Todavía recuerdo el movimiento de asombro que me asaltó en el cantón de los grisones, al oir el vulgar latín, hablado por el pueblo helvético, en aquellos helados montes y sentir su gran semejanza con el valenciano. Esto evocaba en mí recuerdos sacrosantos. Surgía desde los níveos Alpes el ancho patio alicantino, con los dondiegos en el suelo, y las pasionarias en la puerta, y la parra por techumbre, y la cantarera llena de alcarrazas que despiden frescas evaporaciones, y las macetas de floridas recién rociadas albacas, y la gallarda columna de la palmera, cuya corona vibra en los azules cielos, y el montón de resinosas almendras aquí ó el montón de panojas allá; y el cañizo para extender los capullos de seda y para secar los higos de mieles; y el lagar, oliendo á mosto, á un lado, y la almazara chorreando luminoso aceite al otro lado; y por todas partes las brisas mediterráneas, y en las brisas mediterráneas aquellas palabras lemosinas, ora graciosas como la ironía de una sátira provenzal, ora músicas como los consonantes de un serventesio tolosano, ora dulces como las perlas sueltas de una canción del Petrarca.

Después de haber oido á nuestro insigne compañero, no seré yo quien se pierda en la investigación de los orígenes del provenzal y del catalán, laberinto de innumerables vueltas y de dificultosas salidas. Valiosas observaciones salen al paso de cada sistema. Lo más acertado es derivar las lenguas neo-latinas de la vieja len-

gua latina. Pero no puede olvidarse que los romances han perdido gran parte de su estructura clásica y han tomado todos á un tiempo estructura diversa y áun opuesta. De declinable que era el antiguo latín, ellos han pasado á indeclinables. Tenía el latín voz pasiva, ellos no la tienen. Prescindía el latín del artículo, ellos lo necesitan. Ninguna lengua derivada se ha separado tanto de su lengua madre. Las semíticas guardan sus raices triliterales, sus consonantes fijas, sus puntos diacríticos movibles. El griego moderno está por desgracia muy distante del griego antiguo; pero conserva las tres voces de sus verbos, los duales de sus nombres, los aoristos de sus tiempos. ¿Cómo los romances han podido adulterarse tanto? Para salvar esta dificultad se ha ideado una hipótesis que deriva los idiomas neo-latinos de la mezcla entre la lengua goda y la lengua romana. Mas de la lengua goda no tenemos otro documento que los trozos del Evangelio, traducido por el Obispo Ulfilas, en tiempo de Valentiniano y de Valente, trozos muy cubiertos por esmaltes bizantinos. Y el godo de Ulfilas tiene declinaciones también como el mismo latín, y mucho más hipérbaton que el mismo latín todavía. En vista de tales inconvenientes, se ha ideado el dar al provenzal una supremacía de mérito y de tiempo tan grande que produzca el italiano, el español y el francés como naturales derivaciones suyas, en virtud de ser un idioma extendido y perfeccionado á medida que iba descendiendo el pueblo-rey, ó viciándose por desgracia en una decadencia irremediable su sonora y soberana lengua. Mas los enemigos de tal teoría, muy acreditada entre grandes historiadores de lengua y literatura provenzal, argúyenles que de tener Provenza tal predominio literario entonces, extrajera de allí Carlo-Magno los maestros para sus escuelas que de Italia extrajo, y aseguran no haberse fijado bien la decantada lengua de

los trovadores hasta la duodécima centuria de nuestra era. Otros creen que las lenguas indígenas superaron á la conquista romana y coexistieron siempre con la dominación derivada de esta conquista. Horacio llama bilingüe á un pueblo de Apulia. Estrabón refiere que tribus enteras de la sabia Etruria hablaban el etrusco en su tiempo. Las farsas atelanas representáronse para divertimiento de la juventud patricia en lenguaje osco hasta los tiempos de Trajano. Mas á esto contestan otros eruditos que la República ideó restricciones á la difusión del idioma romano; pero el imperio, al revés, más universal y menos romano, siguió una política opuesta. Y aunque San Jerónimo dijera que los marselleses eran trilingües, *quod et grecæ loquantur, et latine, et gallice*, tal cita está copiada de los autores del primer siglo. Seis lenguas indígenas contaba en la España romana el geógrafo Estrabón. El parentesco estrechísimo descubierto por la crítica moderna entre la lengua válaca, en el antiguo territorio de Dacia extendida por los colonos de Trajano, y la lengua italiana moderna, induce á sentir que una y otra nacieron de la mezcla entre los dialectos varios usados por los pueblos sometidos al poder de Roma. Yo de mí sé decir que á cada paso he hallado en mis estudios históricos referencias múltiples á esas lenguas populares, ora usuales en las razas indígenas, ora consecuencia y resultado de las naturales alteraciones con que se hablaba el latín mismo por la gente provincial y rústica. Digo de la lengua latina lo que digo de la literatura latina: el eterno é inmenso imperio de Roma no pudo impedir la natural variedad de pronunciación y de sintaxis. No existía sólo una diferencia entre lo que se llamaba *sermo urbanus* y *sermo rusticus*, existía una diferencia entre lo que se llamaba latín literario y latín vulgar. Muchas veces costaba trabajo al pueblo entender el latín literario, si es que lo

entendía. ¡Con qué maravillosa exactitud nos señala Bembo las alteraciones llevadas así á las vocales como á las consonantes latinas por la ruda pronunciación popular de los campesinos y provinciales italianos! Antonio de Lebrija observa que de las veinticuatro letras del alfabeto latino, tan sólo doce conservan su aire original en el alfabeto castellano. De nuestro latín provincial degenerado tenemos noticias exactas, así en las ordenanzas dadas á Coimbra por Alboacem, como en las etimologías de San Isidoro, documentos inapreciables para estudiar la grande acción del latín clásico sobre el latín vulgar y la grande reacción del latín vulgar sobre el latín clásico. *Presbyterus non faciet suas missas, nisi portis cerratis*, dice Alboacem. El manto, palabra desconocida de los romanos, se explica de esta suerte por San Isidoro en sus *Etimologías*: *Mantum Hispani vocant, quod manus tegat tantum*. Y la camisa, palabra también poco romana, la explica de esta suerte: *Camisias vocamus, quod in his dormimus in camis, id est, in stratis nostris*. Pues bien, lo que pasaba en el Centro y Mediodía de España pasaba también á su vez en el Sudeste, y lo que pasaba en el Sudeste de España pasaba en el Mediodía de Francia, es á saber: que iba degenerando poco á poco el latín clásico, é invadiendo sus dominios el viejo latín rústico.

Provenza y Cataluña tenían caracteres históricos muy análogos. En uno y otro punto las antiguas colonias griegas, sobrepuestas á los aborígenes; en uno y otro la dominación romana, dando á Tarragona y Arlés y Narbona el carácter de grandes ciudades cultas; en uno y otro igual administración, pues tarraconense llamábase una de las fundamentales divisiones de nuestra patria, y el nombre de Provenza proviene de que se consideraba tal región provincia por excelencia; en uno y otro el imperio visigodo, ya encabezado por la capitalidad de Tolosa, ó ya en-

cabezado por la capitalidad de Barcelona; en uno y otro influencia de la Iglesia católica, de la gente monacal y de las conquistas carlovingias; entre uno y otro relaciones económicas permanentes de navegación y de comercio, al par de relaciones políticas provinientes del enlace de condes soberanos con princesas provenzales, entre los que merece contarse el de D. Ramón Berenguer el Grande con Doña Dulcia; numerosas afinidades, observadas casi hoy mismo en los marineros de una y otra costa, en los poetas de una y otra lengua, en las ciudades varias de uno y de otro territorio, pues no se divide y separa con facilidad cuanto unen la naturaleza y la historia. Mas esta unidad fundamental de la lengua de *oc* no empece á la diferencia catalana, tan admirablemente definida por Díez en su Gramática comparada de las lenguas neo-latinas; por Milá en su libro de los trovadores en España, y por Balaguer en el erudito discurso que acabáis de oir. La natural separación de los Estados independientes y la rica variedad propia de la Edad media, distinguían de suyo lenguas tan fundamentalmente idénticas como el provenzal y el catalán. En la metamórfosis del latín al romance ya toma la lengua catalana formas opuestas á las formas provenzales. El sistema ortográfico se aparta en las dos regiones, y esta separación descubre dos centros de cultura diversos. La *y* griega se une á la *n* para formar el sonido de la *ñ*, al revés del provenzal, que para formar el mismo sonido une á la *n* la *h*. Las inflexiones de los verbos en *z*, muy usadas entre los escritores de Provenza, no se usan, ó se usan poco, entre los escritores de Cataluña. El artículo masculino *lo* sobreviene con más frecuencia en la lengua catalana que en la lengua provenzal. Ofrece aquélla muchos nombres singulares terminados en *s*, mientras ésta ninguno. Suelen los catalanes también usar el adjetivo femenino sin *á*, como Milá observa, y dicen *dona fort*, *tela*

*bast*, por *dona forta* y *tela basta*. Mas ¿para qué ampliar y extender estas observaciones propias de otros más vastos estudios? Baste decir, que así en el verbo sustantivo, como en las conjugaciones fundamentales; así en las partículas varias como en los diptongos y en el cambio de vocales, vemos esencialísimas diferencias entre las lenguas mal llamadas lemosinas de allende y las lenguas del mismo nombre de aquende el Pirineo. Y por tanto, cual tenemos dos lenguas, unidas y diversas, tenemos también dos literaturas, unidas y diversas: la literatura catalana y la literatura provenzal.

Permitidme, señores, algunas consideraciones. Desde principios del siglo undécimo hasta mediados del siglo décimotercio, la literatura provenzal y la literatura catalana se confunden, como se confunden, á su vez, todas aquellas regiones. El mundo europeo, con especialidad el mundo occidental, en la época que dura de la destrucción del imperio romano al año 1.000, se halla suspenso entre los horribles recuerdos de la irrupción germánica extendida por do quier como las grandes inundaciones y el temor apocalíptico al Juicio final difundido por las doctrinas milenarias. En cuanto corre un día tan sólo allende aquel día, en que iban á presentarse nuestros padres de súbito en el Valle de Josafat, sucede al terror la esperanza. El planeta rasga, pues, los sayales de penitente y cenobita en que se hallaba como envuelto y recoge por sus pulmones dilatados el aire de la vida y absorbe por sus miembres erguidos el calor de la luz. ¡Ah! Las literaturas populares modernas suceden á las literaturas monásticas de los primeros tiempos medios en todo el siglo undécimo, siglo del nacimiento, por ende, también de la literatura provenzal. Este nombre no tiene propiedad alguna, como no tiene propiedad alguna el otro nombre dado á letras tales de letras lemosinas. El pueblo provenzal es una familia, y nada

más que una familia, como el pueblo lemosín es otra familia, y nada más que otra familia, del conjunto de pueblos extendidos desde las riberas del Loira á la desembocadura del Ebro. Y se llaman poetas provenzales: Guillermo de Poitiers, lemosín; y Raimundo de Jordán, gascón; y Pedro Roger, de Alvernia; y Hugo Brunet, de Rodez; y Vidal, de Tolosa; y Riquier, de Narbona; y Gaucelín, de Bezieres; y Folquet, de Romans; y Vaqueiras, de Monferrato; y otros innumerables, quienes, á la verdad, no deben ser llamados así, ni por su nombre ni por su origen, cuando los poetas, hijos ú oriundos de Provenza, ni siquiera componen la décima parte, sumados todos, en la canora tribu de trovadores diversos. Cometiendo una conocida figura se toma la parte por el todo. Y se conoce con el nombre genérico de literatura provenzal aquella literatura de los pueblos meridionales, que tendían á formar más ó menos deliberadamente una grande nacionalidad, ó si queréis, una luminosa confederación de celto-romanos, frente á frente de la otra nacionalidad compuesta por celto-francos allende las corrientes del Loira.

En su fondo, los pueblos extendidos tras la ribera meridional de este río sentían por los pueblos extendidos tras la ribera norte un desprecio tan grande, como el desprecio de los helenos ỳ de los latinos por los bárbaros. En vano un bárbaro los bautizó, Clodoveo; en vano los salvó del yugo árabe otro bárbaro, Carlos Martel; en vano les dió aparente unidad otro bárbaro, Carlo-Magno; en vano los marçaron políticamente, con sello de autoridad más ó menos borroso, bárbaros como los carlovingios Luis el Pío y Carlos el Calvo; los moradores del Mediodía, al ver sus campos floridos, sus cielos azules, sus mares parecidos á cielos, su luz esplendorosa, sus ciudades artísticas, sus puertos llenos con los productos del comercio, sus casti-

llos donde reinaba el saber al par del valor, sus monumentos magníficos en cuyas líneas veían recuerdos vivos y en cuyas moles testimonios maravillosos de la tradicional cultura, sus condados regidos por príncipes soberanos, sus municipios democráticos, envanecíanse con exaltado envanecimiento, y de esta exaltación surgía, no sólo una verdadera nacionalidad política, compuesta de varios encontrados elementos, sino una verdadera confederación literaria, en cuyos concéntricos círculos anidaban músicos enjambres, despidiendo esos zumbidos y destilando esas mieles, de que viven desde el alma hasta el terruño en una civilización verdadera. La tierra, donde la lengua de *oc* se hablaba, indeliberadamente oponía, pues, los restos del mundo romano á las invasiones del mundo germánico. La monarquía gótica, por algún tiempo arraigada en sus territorios, dejó allí tan escasa huella como en nuestro propio suelo, donde la rapidez increible de los triunfos árabes se explica por la tenaz oposición al poder visigodo de los mal domados españoles.

Cuando Carlos Martel aparecía en la leyenda religiosa como el arcángel que desenvainaba su espada de fuego contra los árabes, Eudes, un Duque de las faldas orientales del Pirineo, se unía en contra del caudillo heróico y ortodoxo con los maldecidos sarracenos. Al descender Carlo-Magno de Roncesvalles, encontraba tan rebeldes los desfiladeros de Aquitania como había encontrado los desfiladeros de Navarra. Ni los caudillos francos, ni los reyes merovingios, ni los mayordomos de palacio, ni los descendientes de Carlo-Magno, ni los Capetos mismos, habían hallado en aquel vasto territorio meridional otra cosa que inútiles homenajes. Así llegaron los provenzales al oriente de su literatura. ¡Cuán extraña Babel en la duodécima centuria este Languedoc! Miradlo: el vasco antiguo en la montaña, dispuesto siempre á gue-

rras y correrías, sorprendiendo y ensangrentando el llano; los cruzados, movidos más por espíritu aventurero que por espíritu religioso, agitándolo todo en sus alegres partidas y sus tristísimos regresos; por los Alpes las sectas valdenses, tan desasosegadas de conciencia y de ánimo, fulminando herejías; por las encrucijadas el judío con sus caravanas, trayendo entre los productos á vender ó cambiar muchas y muy extrañas ideas; en Nimes rabínicas escuelas y en Montpellier sabios amaestrados por los colegios cordobeses; en los bazares de las ciudades marítimas los tejidos del Oriente, cuyos colores deslumbraban los ojos, y las especies y esencias del Oriente, cuyos aromas embriagaban el sentido; al Norte los condes de Poitiers, llamados á reinar en Inglaterra, y al Mediodía los condes de Barcelona, llamados á reinar en Aragón; cerca de las gargantas pirenáicas los Armagnacs y los Foix y los Albrets, señores necesitados todos de correr tras la fortuna y pelear para vivir; aquí las condesas de Narbona, con sus cortes de amor; allí los condes de Tolosa, que reinaban en Trípoli por su valor, y que atraían las envidias y las cóleras de sus vecinos condensadas en frecuentísimas guerras; doquier poblaciones republicanas enardecidas por la libertad; torneos mantenidos hasta por el estado llano que tenía timbres en sus escudos y torreones en sus casas; confusión de iberos, vascos, galos, celtas, normandos, romanos, helenos, bizantinos, judíos, árabes, italianos, trayendo por necesidad un movimiento social tan vivo y un cambio de pensamientos tan extenso, que habían de dejar en todas partes innumerables inspiraciones, y habían de tener una desmedida influencia, lo mismo en Francia que en España, lo mismo en España que en Italia, es decir, en las tres grandes regiones próximas á formarse con elementos extraidos de aquel extraordinario foco de luz y vida, cuyos resplandores, convertidos en ideas, esclare-

cían los espíritus, y cuyo calor, convertido en fuerzas, arrastraba en pos de sí las gigantescas moles de los varios estados, gérmenes entonces de pueblos y naciones. La oposición radical entre los francos del Norte y los romanos del Mediodía es la ley de estos tiempos, oposición á la cual unos y otros obedecían indeliberadamente. El estudio profundo de la historia enseña que los pueblos cumplen muchas veces un ministerio histórico sin conciencia interior de cumplirlo. Llena los siglos la incesante lucha entre la raza semítica y la raza indo-europea. Por ella se explica desde la entrada de Alejandro en Tiro hasta la entrada de Tito en Jerusalén; por ella, el suicidio de Sagunto al pié de los trofeos cartagineses y la muerte de Cartago al pié de los trofeos romanos; por ella desde las tres guerras púnicas en que descuellan los patricios romanos en porfía con los patricios cartagineses, hasta la reconquista española, en que descuellan los héroes cristianos en porfía con los héroes musulmanes: y unos y otros guerreros, actores en esta larga tragedia, no saben jamás, entre batallas, asolamientos, sacos, desolación, exterminio, cómo á leyes incontrastables de la sociedad obedecen, tan necesarias cual las leyes mismas de la naturaleza. Inconscientes, como ahora con gran propiedad se dice, del impulso motor de sus actos, los provenzales, en política y en literatura, sustentaban una rivalidad perpétua con los francos, y tendían á formar con las artes propias de sus inspiraciones y la energía propia de su actividad una grande confederación meridional.

La literatura provenzal empieza por el género épico, esencialmente impersonal y objetivo, como empiezan todas las literaturas del mundo, pues la poesía lírica exige mayor desarrollo de la individualidad, propio fruto de una civilización ya madura. La filiación latina de esta litera-

tura neo-latina obsérvase tanto en las danzas y coros, supervivientes á la dominación visigoda, como en los fragmentos de obras romanas antiguas incrustados en el nuevo pueblo. El profundo erudito Milá y Fontanals lo prueba mostrando cómo las formas antiguas de versificación latina con el movimiento yámbico y trocáico pasan á las nuevas formas de versificación neo-latina, aunque, de métricas que las antiguas eran, trastuécanse con lentitud y por grados en rítmicas las nuevas. El sentimiento religioso inspira los primeros cánticos provenzales. Su más viejo monumento es una especie de traducción de Boecio, semi-didáctica y semi-épica, perteneciente, ó bien á fines de la décima centuria, ó bien á principios de la undécima. Cuatro ciclos componen estos cánticos, cuyos rudimentarios versos son todos de once sílabas y todos monorrimos. Hay en ellos un ciclo eclesiástico y monástico, cuyos principales personajes son los bienaventurados á quienes el pueblo adora en los altares; un ciclo carlovingio que llenan con sus nombres y con sus hazañas Roldán, el vencido en Roncesvalles, y Guillermo de Aquitania, el vencedor en Barcelona; un ciclo caballeresco en que se canta al santísimo Graal, trasladado luego á las literaturas del Norte; un ciclo de cuentos más ó menos orientales en cuyos varios enredos descúbrese la influencia del antiguo mundo asiático en las tierras de Provenza. Naturalmente, así que la poesía épica se agota, como la fase de civilización á la cual pertenece, comienzan los poetas que podremos llamar personales ó subjetivos, es decir, los verdaderos trovadores. El castillo con su corte, y el mercado con su riqueza; la competencia entre las aristocracias comerciales y las aristocracias guerreras; los elementos caballerescos, propios del feudalismo, y la galantería cortesana, propia de una raza sensual, feliz con las caricias de un clima dulcísimo; las festividades feudales, conocidas con

el nombre de Puys, en donde alternaban con los torneos los juegos poéticos y las cortes de amor, teatros propios para las nobles agudezas de los ingenios excitados por las sonrisas de las damas y los premios de las flores; todos estos númenes inspiraron aquellas composiciones, más ricas por sus consonantes y por sus metros que por su estro y por su idea, las cuales cantaban el amor no muy platónico, el denuedo no muy tenaz, el pundonor no muy cristiano, la liberalidad sin tasa, las empresas guerreras y políticas, en obras cuyos autores eran ya un príncipe soberano en el vagar de su oficio; ya un obispo semiláico, que prefería la cítara de oro al órgano de iglesia; ya un aventurero dado á ir de Provenza á Sicilia, de Sicilia á Constantinopla, de Constantinopla á Chipre, de Chipre á Jerusalén, pidiendo por ello la corona de Bizancio; ya un audaz navegante que requería de amores á la reina de Trípoli; ya un guerrero que, ansioso de pelear, sembraba discordias entre Felipe Augusto de Francia y Ricardo de Inglaterra, pues entonces, cantada la poesía en calles y plazas por los juglares, iba unida completamente á la acción, y la acción se resolvía en aventuras concluidas al fin y al cabo por grandes rasgos de verdadero heroismo.

A pesar de la nativa diferencia entre los dialectos, la poesía provenzal y la poesía catalana eran una misma y sola poesía en este tiempo. Mas un hecho sobrevino, que aniquilando la independencia del Mediodía de Francia, robusteció la independencia del Sudeste de España y su estrecha unión íntima con Aragón, de todo lo cual naciera una nueva literatura exclusivamente catalana. Los hechos capitales de la historia provenzal ó lemosina, ya lo hemos dicho, se explican por la oposición radicalísima entre la raza romana del lado Sur y la raza franca del lado Norte del río Loira. Y los francos eran los soldados primeros y más tenaces de la Iglesia católica en los

siglos medios. Los francos se bautizaron con fé viva en la Iglesia, y combatieron con denuedo tenaz el arrianismo. Los francos en Poitiers, contrastaron la irrupción sarracena. Los francos, con Pipino, constituyeron la soberanía temporal del Pontificado. Los francos dividieron, con el pacto de Carlo-Magno, la Europa occidental entre la Iglesia y el Imperio. Los francos sostuvieron el principio ultramontano en todas las naciones, y uniformaron la disciplina eclesiástica en medio de la división y fraccionamiento que aquejaba de suyo á la triste y anárquica Edad media. Por consecuencia, en su oposición era natural que los romanos del Mediodía tendiesen á la heterodoxia, ya que tendían tanto á la ortodoxia los francos del Norte.

No hay más que leer las sátiras provenzales para observar cómo maldecían de Roma y cuánto denostaban al clero. Así, la gran corriente de las ideas heréticas, griegas y asiáticas en su mayor parte, desaguó allí donde Asia y Grecia encontraban territorios más propios y espíritus más preparados á la sublevación intelectual. El problema de los orígenes del mal, encierra en sus términos todos los problemas teológicos. Para explicarlo de alguna manera opuesta por completo á la explicación ortodoxa, vinieron los maniqueos en el siglo tercero de la Iglesia, y ocho siglos más tarde los albigenses á Provenza. ¿Dónde había estado tanto tiempo, como depositada, esa idea, que hace del mal y del bien dos fuerzas iguales, y de estas fuerzas dos divinidades poderosas? ¿Cómo vencida en el siglo cuarto, renace por entero en el siglo undécimo? Tres razas principales invadieron la Europa romana en los últimos días del romano imperio. La primera de ellas, la raza germánica, que atravesó el Rhín y el Danubio; la segunda de ellas, la raza mongólica, que acampó en Hungría; la tercera de ellas, la raza eslava, que permaneció en el Oriente de Europa circundando en

la península de los Balkanes al decadente imperio bizantino. Pues bien; esta raza eslava era maniquea de suyo antes de Manés. Guerrera por naturaleza, no creía en la unidad superior del Universo, y se alentaba para los eternos combates en una eterna guerra, esencialmente trascendental y dogmática. En su paso desde el Turkestán á la Propontide, hallaron los eslavos todavía vivo el dualismo persa, y á su entrada natural en la iglesia griega se conformaron con la doctrina de Manés, el gran dualista cristiano, apóstol, desde los principios del cristianismo, de esta idea oriental. Sucedió con los eslavos lo mismo que con los godos y ostrogodos en su cristianización. Al entrar éstos en la Iglesia escogieron la doctrina menos apartada de su complexión y de su historia, escogieron el arrianismo, de igual suerte que los dualistas eslavos, los cuales escogieron el dualismo cristiano, mantenido en Oriente, primero por Manés y luego por sus discípulos y sucesores. Los eslavos eran los más dualistas entre las razas bárbaras, y los búlgaros á su vez los más dualistas entre las razas eslavas. ¿Puede señalarse con más precisión el camino tomado por la idea dualista? Del Turkestán, donde naciera, la raza eslava se dirigió á Persia, donde halló el maniqueismo teológico, en armonía con su maniqueismo natural. De las orillas del río Eufrates pasó á las orillas del mar Caspio; de las orillas del mar Caspio á las orillas del mar Negro; de las orillas del mar Negro á la península de los Balkanes; de la península de los Balkanes á Hungría y á Italia, tomando por un lado la Transylvania y por otro lado la Dalmacia, y de Hungría pasó á Alemania, y de Italia pasó á Francia. Al estudiar el movimiento dualista de Reims á fines del siglo décimo; el de Aquitania en principios del siglo undécimo; el de Chalons á mediados de este mismo siglo; y el de Agén á principios del siglo duodécimo, échase de ver su identi-

dad absoluta en el movimiento que hemos rastreado desde el fondo de Asia hasta el fondo de Bulgaria, y desde el fondo de Bulgaria hasta el Mediodía de Francia, donde tomó su nombre de la ciudad de Albi. Como los maniqueos, los albigenses admiten dos principios: uno absolutamente bueno, y otro absolutamente malo; como los maniqueos, imputan al demonio la redacción del Viejo Testamento; como los maniqueos, consideran á Cristo dotado tan solo de un cuerpo aparente; como los maniqueos, abominan del bautismo, condenan el matrimonio, maldicen la alimentación carnívora, niegan la presencia real en el Sacramento Eucarístico, y rehusan el homenaje de su adoración á la Cruz. Ningún territorio tan preparado para recibir todas estas ideas como el territorio que era la encrucijada del Oriente y del Occidente, donde la riqueza convida con sus satisfacciones al ocio del cuerpo y al empleo del ingenio; el comercio cambia las ideas como la circulación vital cambia los átomos; las escuelas judías esparcen los sistemas de Córdoba y los cantares de Sevilla; los castillos feudales toman el aspecto de aéreos palacios, olvidados de la guerra y apercibidos y aparejados para el amor; las guzlas y las cítaras acompañan los versos variados en multitud de rimas y de consonancias; la galantería oriental y los hábitos contraidos en las campañas de Andalucía y en las campañas de Palestina, piden que cada esposa tenga varios caballeros, y todo caballero varias damas; los vencedores de las Navas emprenden guerras en pos del deleite; las princesas altísimas ocupan tálamos, de los cuales han caido repudiadas vilmente hasta cuatro mujeres honradas; los potentados guisan con fuego de costosos cirios los platos de su mesa; la conciencia se remueve como el fácil jugueteo de las brisas y las sociedades se alteran como los fáciles encrespamientos del oleaje; yendo, por tanto, las ideas heterodoxas, en

guisa de bandadas viajeras, á extender sus alas por aquellos preparados horizontes.

La conciencia humana se agitaba con procelosas agitaciones. Pululan por do quier las sectas. Los fatimitas en Egipto, los almohades en Africa, los discípulos de Maimonides en Córdoba; en la Sorbona y en el Paracleto, Abelardo; en Lyón, Waldo; los caballeros cantores en Thuringia; Pedro de Bruis, descendido de los Alpes y entregado á predicaciones heréticas en Aquitania; los albigenses por todo el Mediodía de Francia demuestran la inquietud universal del humano espíritu, y explican la tendencia de los provenzales á romper el círculo de ideas donde los encerraran la tradición y la Iglesia. A mediados, pues, del duodécimo siglo dominaba la doctrina heterodoxa todo el país comprendido entre el Garona y el Ródano. Tolosa era la metrópoli de tan trascendental revolución. Seis grandes obispados fundara en aquellos territorios, ni más ni menos que si tuviera poder coercitivo y material. Así no debe maravillarnos que, al sentarse Inocencio III en el trono de los Pontífices, abriera contra los albigenses una guerra sin tregua ni descanso, con ánimo de ganar lauros comparables tan solo en las crónicas religiosas á los lauros del inmortal Gregorio VII. Joven para su cargo, lúcido de pensamiento, elocuentísimo de palabra, exaltado de afectos, resuelto en su acción, tan astuto como vehemente, conoció que su autoridad sólo podía prevalecer sobre Provenza con la persecución á muerte de los herejes y el exterminio completo de la herejía. A tal impulso pugnó por detener y contrastar el movimiento. Hallábase á su cabeza el soberano Raimundo VI, duque de Narbona, marqués de Provenza, conde de Tolosa: cincuenta ciudades y muchos populosos burgos prestábanle acatamiento; ciento diez castellanos tomaban de él sus castillos en feudo; las damas, que regían las zambras de

guerra y las cortes de amor, formaban, por sabedoras y expertas, una guirnalda en torno de su trono; los aventureros errantes, que así pulsaban el laud como esgrimían el estoque, y así empuñaban la partesana como la copa, y así perseguían con sus gentes allegadizas al enemigo como con sus perros á las reses y con sus halcones á las avecillas, componíanle una legión de cortesanos; los trovadores cantaban á una señal suya en loor de sus amigos y en vejamen de sus enemigos, mientras él, dominador de tierras que convirtiera en serrallos; rico en oro, que consagrara largamente al placer; de corazón abierto á todas las pasiones; de inteligencia poseida por el dualismo oriental; más escéptico que creyente; amigo de los herejes por sus inclinaciones, y sin atreverse á ir contra el Pontífice por temor á que la excomunión perturbara su vida de jácaras y orgías, agravaba todos los males con el mayor que puede sobrevenir á quien rige sociedades y personifica Estados, con la indecisión y con la incertidumbre. He ahí lo que más en él odiaba Inocencio III. Preferíales aquellos señores de Foix y de Bezieres, los cuales abrazaron la herejía con el ardor de quien abraza una nueva religión y le ofrece desde la libertad hasta la vida. En estas, como el predilecto legado de Inocencio III, Pedro Castelnou, desacatará en público al conde de Tolosa; un doméstico de éste, ciego de ira, le partió de certera y única puñalada el corazón. A tal agravio no podía contestarse por el Pontífice de aquellos tiempos, sino con la guerra, y se predicó, y se organizó la cruzada contra los albigenses y sus protectores. Simón de Monfort fué su general. Precisa con el recuerdo subir hasta los Atridas de Grecia, para encontrar una familia tan feroz como la familia de los verdugos de Provenza. Creíanse descendientes de Carlo-Magno, y por tales con más derecho al trono de Francia que los humildes Capetos. Enlazábanse por su madre

con los reyes á la sazón reinantes en Inglaterra. Su abuela Bertrada huyó por divorcio al tálamo de su legítimo esposo, un conde soberano de Anjou, para irse al tálamo de Felipe I de Francia, con ánimo de asesinar á sus hijastros, y recoger por tan horrendo crimen la corona para sus hijos. Un Monfort combatió por los municipios ingleses, cooperando así en primer término á fundar esa ilustre Cámara de los Comunes, que tantos días de gloria y tantos tesoros de libertad ha dado á su patria. Dueño este Monfort de la monarquía inglesa fué su fortuna, como todas las fortunas relucientes en las tempestades, un relámpago, y perdió la libertad y la vida. Pero no quedó sin venganza, porque su hijo, como hallara un deudo querido del rey de Inglaterra, príncipe joven y hermoso, en una iglesia de Italia, le asesinó al pié del altar y lo arrastró, ya cadáver, por el cabello, hasta las mismas sacras puertas. La juventud del último vástago de esta familia de Monfort corrió en Tierra santa combatiendo con los asesinos. Como desistieran de sus fines religiosos los cruzados en la célebre cuarta cruzada, el Papa los excomulgó, y sólo Simón de Monfort se ofreció en su arrojo á leer la Bula de excomunión á todo un ejército cruzado. Este atrevimiento le valió su fortuna, y esta fortuna se hallaba ligada con el catolicismo. Como despreciaba la propia vida, perseguía é inmolaba la vida de los demás en aras de su altar. La guerra encabezada por él fué una guerra de apocalíptico exterminio. Precisa evocar la imagen de Tiro, desarraigada del planeta como árbol maldito, por la vencedora espada de Alejandro; el sitio de Jerusalén, cuyos habitantes se matan unos á otros para no caer bajo las plantas del enemigo, y los supervivientes van con las manos atadas á las espaldas y las cadenas ceñidas á los piés, como cautivos, á extranjeras tierras donde vagan eternamente, maldecidos y dispersos; la noche última de Nínive ó de

Babilonia, ciudades que parecen por genios invisibles incendiadas y esparcidas en pavesas á los cuatro vientos; se necesita evocar tales recuerdos que funestan los anales del género humano, para comprender esta proterva cruzada contra los albigenses, en que los ejércitos de un Dios de misericordia, suscitados por un Pontífice, precedidos por obispos llenos de indulgencias y de bendiciones, castigan, no ya la herejía, que de ser delito, fuera delito de pensamiento, inaccesible por ende á todas las fuerzas coercitivas; sino la tolerancia misma con la herejía, la compasión y hasta la caridad, virtudes esencialmente humanas, y las castigan con el hierro, con el fuego, con la tala, con la despoblación, con las inmolaciones de pueblos enteros, caidos al bárbaro empuje de Monfort, como á la hoz del segador las mieses sobre los surcos. Luis VIII, rey de Francia, que llegó niño al trono en 1223, revela el secreto de la cruzada, extendiendo sus dominios y agrandando su corona. Los hombres del Norte han vencido por fin á los hombres del Mediodía; los francos han acabado con los latinos; la hija predilecta de Roma cae al pié de los genuinos hijos de Germanía; y la literatura puramente provenzal cambia radicalmente á fines del siglo décimotercio, para trasformarse y dar de sí al Este la literatura italiana que tanto ha de influir en la literatura europea, y al Oeste la literatura catalana que tanto ha de influir en la literatura española.

Indudablemente, al mediar el siglo décimotercio, la lengua catalana se afirma y robustece. El principal timbre suyo hállase entonces en los monumentos propios de toda cultura verdaderamente reflexiva, las obras en prosa. Durante una centuria, desde los libros varios de Don Jaime I, hasta las historias políticas de D. Pedro IV, crece con maravilloso crecimiento la prosa catalana. Don Jaime no es solamente uno de los primeros reyes, tam-

bién es uno de los primeros autores catalanes por el libro de sus sentencias. Además, ninguna de las lenguas modernas, que yo sepa, ninguna puede ufanarse con historiador tal como Ramón Muntaner á principios del siglo décimocuarto. Precisa evocar los tiempos clásicos para ver narrador de tal temple, que refiera los hechos más altos con la sencillez más homérica. Y cuenta que traslada con fidelidad al pergamino todo el poema de nuestra historia aragonesa, desde la conquista de Mallorca y de Valencia hasta la conquista de Sicilia y la conquista de Atenas, con verdadera ingenuidad evangélica. Desclott, su émulo, inspírase más en su ministerio de cronista: Muntaner es la ingenuidad en persona. Diríase de un libro religioso aquel comienzo, en que se le aparece sobrenatural viejo vestido de blanco, cuando en Xiluella dormía, y le mueve y persuade en sueños á escribir cuanto ha visto: *car altre no es huy al mon viu, qui ho pogués axi ab veritat dir*. Y en efecto, ni hubo entonces ni después ha habido quien le igualara en unir al sabor de la verdad el aroma de la poesía. Y cuenta que las nueve musas, á quienes el gran historiador griego consagró sus nueve libros leidos en los juegos de Olimpia, jamás escucharon cosas como la entrada de D. Jaime con el conde de Ampurias por la brecha de Mallorca, para mesar, en observancia de caballeresco juramento, las luengas barbas al rey moro; ni como la ida maravillosa de D. Pedro III á recoger el guante de Coradino el Mártir, lanzado desde las tablas de un cadalso al rostro de Anjou el Pirata; ni como las batallas terrestres y navales en aquel estrecho de Mesina, en aquellas costas de los Abruzos, en aquella bahía de Palermo, donde se inmortaliza Roger de Lauria, quien no permite sacar del agua sus cabezas á los peces mismos, si no llevan las barras de Aragón impresas; ni como el desafío de Burdeos, en que

va nuestro rey, á guisa de caballero andante, requerido y emplazado, á partir el sol de los torneos á muerte y hollar la arena de los combates á cuerpo en pro de la paz pública; ni como las Termópilas de Panizas y el sitio de Gerona, donde un puñado de almogavares contrasta los ejércitos de Roma y de Francia, haciendo correr, como alma que lleva el diablo, al legado del Papa, quien había puesto en santo entredicho el reino católico, y entregándoselo á los hijos de Felipe el Atrevido; ni como la emboscada de Besalú, en que su héroe cae de improviso entre cuatrocientos caballeros franceses, sin llevar más que cien infantes almogavares, cuyas medias lanzas, dirigidas por la espada real, derriban á los ginetes y atraviesan los caballos, renovando en la realidad lo que de Galaor y de Tristán cantaban los romances; ni como la expedición de aragoneses y catalanes á Bizancio, cuyo esfuerzo, por milagro, engarza la inmortal Atenas en la espléndida corona de Sicilia: que lo imposible parecía fácil á tales guerreros, alentados por el amor sublime á su Dios, á su libertad y á su patria en aquellos increibles combates. Cuando queráis comprender las ventajas del cronista catalán sobre todos los cronistas de su tiempo, especialmente de Inglaterra, Francia y Alemania, no tenéis sino leer tras él á sus émulos y competidores de allende. La lengua que puede presentar tamaña obra, ya es una lengua relativamente perfecta. No ha rayado, por aquel tiempo, en ningún pueblo, tan alto la historia.

Y á las ciencias fundamentales sucédeles, á su vez, lo mismo. El saber de Sevilla y Córdoba pasa con evidentes progresos á las regiones catalanas en el siglo décimotercio. La filosofía y la medicina toman aquí alteza desmedida en pensadores milagrosos. Podéis tachar de más ó menos milenario al célebre Arnaldo de Villanueva. Sus pensamientos sobre la venida del Antecristo y la proxi-

midad del Juicio final, propios del siglo décimo é impropios del aire tibio que anuncia la primavera del espíritu, podrán pareceros como los pesados fragmentos de arquitectura bizantina erigidos por una resistencia incontrastable después de haber alzado á lo infinito sus místicas agujas el arte gótico. Difícil en este siglo desligar la teología de la theurgia, la hermenéutica de la cábala, el saber astronómico de la astrología, el saber químico de la alquimia, la metafísica del misticismo, la física de la magia; como difícil impedir que al par en Sicilia y en España el alarife pusiera junto al santuario de Cristo y en torno de los ángeles, sobre cuyas alas suben las vírgenes al cielo, dentro de nuestras ortodoxas catedrales, el alicatado, revestido de aljófares, cuyos encajes y cresterías y alharacas recuerdan la capilla del zancarrón, donde se guardan las sacras suras del Corán; ó la alberca del recato y del retiro, donde caen los surtidores acompañados por el cantar árabe, tan melancólico y triste como los suspiros de la guzla. Entre todas estas sobreposiciones, fácil encontrar los adelantos que ingenio tan soberano, como el ingenio de Arnaldo, trae así á la filosofía como á la química. Y aunque nos lo haya presentado la tradición vestido con el trage litúrgico de los alquimistas, absorto en buscar dentro de las retortas nada menos que la generación artificiosa del hombre, á guisa del Wagner de Goethe bajo las chimeneas del Doctor Fausto, no puede olvidarse cómo la invención del aguardiente, atribuida por su tiempo á él, hizo creer que se había encontrado el elixir de la inmortalidad, ó por lo menos, un licor de tal virtud que pudiera trasformar en el hombre la propia organización y vencer de algún modo á la muerte. La leyenda se mezclará siempre á la historia como á la razón la fantasía. No halló Arnaldo, no, el elixir de larga vida, inútilmente buscado como el oro por innumerables antecesores suyos;

pero halló en sus traducciones de Avicena y en los estudios debidos á la propia observación y experiencia esa higiene del cuerpo y del alma que robustece nuestra complexión y alarga y hermosea nuestra vida. Yo, siempre que, por obligación literaria, he debido consultarle, he juzgado su ciencia como parte integrante de aquel arte y de aquel saber, profesado por el emperador Federico II ó por el rey Fadrique I de Sicilia, en los cuales al misticismo cristiano se unen las cábalas de las escuelas talmúdicas y los pensamientos de las escuelas árabes en maravillosa síntesis, no por frustrada y perdida, menos digna de figurar entre las más bellas constelaciones extendidas durante los siglos medios en el cielo infinito de la humana inteligencia.

Donde rayó más alto el pensamiento catalán de tamaño periodo, fué, á no dudarlo, en las ciencias filosóficas; y donde halló una personificación más sublime, fué, á no dudarlo, en la persona de Raimundo Lulio. Ninguno, en su tiempo, que haya vivido tanta vida, ideado sus ideas, sentido sus sentimientos, fantaseado sus fantasías, así en el empeño de las más vivas acciones, como en el desierto de los más recatados yermos, guerrero y penitente, naturalista y metafísico. Nuestra vida, regularizada por tantas ordenanzas y reglamentos y costumbres, incontrastables como las fatalidades mecánicas, no comprenderá jamás el andar, y ensancharse, y henchirse, y correr, y despeñarse de una vida individual, abandonada completamente á sí misma en los empeños del acaso y entre las sirtes de feudal anarquía en la Edad media. No alcanzaban los ánimos y las conciencias el reposo y solidez que hoy tienen, áun bajo la unidad maravillosa de aquella fé. Cualquier viento, así viniera del cielo como del infierno, removía el espíritu, alterado á la contínua, cual se alteran el oleaje oceánico y el desierto africano. Ved, pues,

la facilidad con que un escolar, como Abelardo, erigía monasterios á lo Paracleto, donde rayaban las alboradas de nuevo espíritu; y un monje, como Arnaldo, resucitaba en las cenizas del foro, entre los intercolumnios cubiertos por el sudario del jaramago y de la cicuta, los esqueletos de los antiguos tribunos más fríos que las piedras; y un ermitaño, como Pedro, lanzaba sobre Asia Europa, dándole por guía los instintos de las muchedumbres, no tan seguros como los vuelos de las aves y como los giros de los vientos; y un poeta, como San Francisco, después de haber conversado con las florecillas en el campo y competido con los ruiseñores en la noche y arrodilládose como la nube sobre las montañas y madrugado para los futuros tiempos de libertad y democracia cual madrugan las yemas de los almendros y los arpegios de las alondras en los valles de Umbría, deja por virtud milagrosa de los efluvios magnéticos de su alma, en lo sobrenatural absorta, deja el cristianismo de los pobres, de los débiles, de los opresos, tal como lo predicara su Divino fundador en Galilea, cristianismo rejuvenecido, al pié de los cuarteados torreones feudales para que la urdimbre misteriosa de la humana vida no se corte, ni se interrumpa el ascenso contínuo á lo ideal de la humana conciencia. Olvidad nuestros pobres tribunos de hoy, cohibidos siempre por la reglamentación y aplastados por el número, muy ufanos si consiguen alguna rebaja del censo y alguna latitud en el municipio, frente á estos iluminados de la Edad media, quienes veían surgir á sus conjuros un Universo intelectual, moral y social, en el que movían con su aliento desde las místicas alas de los ángeles del cielo hasta los creadores pinceles y buriles de los artistas del mundo. Ahora mirad á Lulio. Palma le parió en esa canastilla de flores, denominada Mallorca; vióle crecer el siglo que había visto crecer al Dante y á Santo Tomás; los reales de D. Jaime,

ruidosos de suyo, educáronle para las aventuras, como los placeres de aquella corte, no muy austera, para los devaneos, en su fugaz y tempestuosa mocedad; el amor le poseyó de suerte que, por satisfacerlo, faltó á todos los respetos, y entró, en persecución de su preferida, una tarde, á caballo, en la iglesia de Santa Eulalia; el trabajo le embargó hasta obligarle á esgrimir las armas en toda clase de contiendas cual á un caballero de su temple cumplía; y á componer amorosas canciones á guisa de trovador; y á cantar al son del melancólico laud lo mismo que compusiera como los humildes juglares; y á sorprender los secretos de las ciencias alquímicas; y á estudiar las especies en las ciencias naturales; y á escribir apólogos de invención gallarda; y á subir desde lo desconocido á lo conocido, desde lo relativo á lo absoluto, desde las criaturas al Criador, uniendo en una síntesis espléndida, semejante á los sistemas planetarios y á las constelaciones en lo infinito, las ciencias todas, concluidas por la trilogía cristiana, que se resuelve, al fin y al cabo, en el Supremo Sér, al cual tiende todo este hombre extraordinario, cortesano, y militar, y pendenciero, y matemático, y metafísico, y profeta, y peregrino, y cenobita, y solitario, quien, pasando de los palacios á los yermos, y de los yermos á las escuelas, y de las escuelas á los ejércitos, y de los ejércitos á los concilios, y de los concilios á los parlamentos, y de los parlamentos á los cónclaves, y de los cónclaves á los desiertos cenobíticos, deja por doquier estelas de su idea y surcos de su acción, pues lo mismo intenta la reconquista del sepulcro de Jerusalén y la erección del signo de la Cruz sobre las cúspides de las pirámides egipcias, que la metamórfosis del Universo por el humano espíritu y la demostración matemática y evidente del sér y del existir de Dios; viviendo como si el océano de la vida universal hubiera en su corazón refluido; pensando como si la luz

increada se hubiera en su alma concentrado; y muriendo con la muerte de los mártires; por todo lo cual su ignorado sepulcro es como un altar y su postrer instante como una transfiguración, por cuya virtud llegará quien tanto pugnó como él, en alas de perdurable admiración, al coro de los bienaventurados en el cielo y al coro de los inmortales en la historia.

Mucho le han zaherido sabios más ó menos parciales por haber inventado una máquina de pensar, sin comprender cómo toda ciencia tiende á compenetrar el mundo exterior de la materia y la extensión material con el mundo interior de la idea y de la idealidad, y todo gran teorizador mezcla por necesidad á sus teorías algo de utopia. El filósofo, que confió, quizás por vez primera en el mundo, los secretos de su abstrusa ciencia, tan grande, á los decires del habla vulgar, tan humilde, sintiendo, por tanto, que no deben componer los sabios una casta cerrada y aparte, bien merece aparecer en la memoria humana junto á los innovadores de la respetable antigüedad, que revelaron al pueblo romano las fórmulas de jurisprudencia, guardadas como geroglíficos hieráticos en la reservada liturgia del soberbio patriciado. Quien quiso armonizar el cristianismo revelado y la humana indagación para que no se divorcien facultades tan estrechamente maridadas como el sentimiento y la inteligencia, obras como el dogma y la filosofía, ejercicios como el pensar y el creer, cielos como el infinito entrevisto por la intuición y el infinito comprobado por la matemática, bien merece un altar en siglo tan dolorido como éste por la separación profunda entre los que rezan y no razonan, y los que razonan y no rezan, cual si la religión y la ciencia no fuesen dos grados diversos de la misma esencial idea y dos revelaciones armónicas del mismo Eterno Sér. Una de nuestras mayores glorias nacionales consiste, sin duda,

en haber despertado, por la duodécima centuria, el pensar filosófico, dormido en las últimas compilaciones eclesiásticas de Isidoro y de Beda, pavesas de las extinctas romanas ciencias. Córdoba mereció parangonarse con Alejandría. Su Averroes reveló el más ó menos adulterado Aristóteles, apercibido en el plan providencial, norma del mundo, á prólogo de la filosofía católica, puesto que fuera epílogo de la filosofía pagana. Los sabios hispano-árabes pensaban en sus madrisas y en sus aljamas; y los sabios hispano-judíos difundían el pensamiento árabe por sus caravanas tan cargadas de productos como de ideas. Naturalmente, buscando estas caravanas las ricas riberas del Mediterráneo, iban de Córdoba á Murcia, de Murcia á Valencia, de Valencia á Barcelona, de Barcelona al Mediodía de Francia, y del Mediodía de Francia á todo el resto de Italia, con lo cual dejaban á una en el espíritu estelas sólo comparables á las fosforescentes de aquellas ondas encendidas, en cuyos pliegues parece disuelta una vía láctea, con gotas de luz por soles, y orbes, y nebulosas. Toledo tradujo á Córdoba en su latín arzobispal. Miguel Escoto llevó las traducciones toledanas del pensamiento cordobés á Italia, y áun á Sicilia. En esta isla su craso y mudo buey, como llamaban las gentes al angélico doctor, tomó las ideas aristotélicas para la colosal enciclopedia católica, refutando á su propagador, Averroes, en todo cuanto se oponía de suyo á la ortodoxia. La materia primera indeterminada olía demasiado á eternidad del mundo; la gerarquía de los divinos principos á subordinación de las divinas hipóstasis; el movimiento eterno y las emanaciones á panteismo materialista; la demiúrgica inteligencia, creada y creadora, á disminución del Hijo y del Verbo, para que una razón, por complexión natural tan ortodoxa como su razón, dejara de combatir todas esas teorías; pero Santo Tomás, y sólo Santo Tomás, tras-

formó el peripatismo oriental en el peripatismo escolástico, y consagró el Comentario averroista, después de haber condenado al autor, como canon definitivo y perdurable, sobre cuyas fórmulas se asentara la teología católica.

Estaba, pues, completa la escuela de la deducción y de la experiencia. Pero no estaba fundada la escuela de la inducción y del idealismo indispensable para complemento del espíritu. ¿Qué hubiera sido del mundo sin Lulio? Él presentó la faz del espíritu que mira constantemente al cielo. Él opuso de nuevo al Liceo la Academia. Él nos habló de las armonías entre las leyes del conocimiento y las leyes del sér. Él completó lo contingente con lo necesario, lo relativo con lo absoluto, lo transitorio con lo eterno, recorriendo la luz creada y la luz increada en las dos alas de la intuición filosófica y de la plegaria religiosa. Él volvió á decirnos que los objetos llevan en sí, como lenguas de fuego, las ideas, y las ideas las arquetipos, y que los arquetipos flotan á una en la mente de Dios. Él volvió á bañar las almas en el éter de la gloria platónica, y volvió á recordar al espíritu, abrumado bajo aquella férrea sociedad, su origen y su fin divinos, su albedrío soberano, su aptitud nativa para la cooperación en la fuerza creadora y para cumplimiento del Supremo bien.

Al estudiarlo, y el acto, que celebramos, háme valido este recreo, las cosas materiales se trasparentan como si tuvieran dentro un resplandor celeste; lo infinito se fija en vuestra idea, como la luz del día en los focos de la lente solar; deja el intelecto su tardo paso por el análisis y vuela más allá de los mundos y los soles en pos del ideal arquetípico; el Universo entero se puebla de plegarias, como el campo primaveral de abejas y mariposas; la libertad humana crece tanto á la persuasión del origen divino de su naturaleza, que rompe las cadenas del fa-

talismo inorgánico y orgánico, bajo el cual yace como abrumada, y se persuade por indeliberado impulso al bien; materialízase la inteligencia divina hasta hacerse como tangible, y divinízase la inteligencia humana hasta hacerse como etérea; por las leyes del conocimiento deducís las leyes del sér, y por la infinidad del espacio inducís la infinidad del espíritu; resolviéndose, al cabo, como los colores en sonidos y los sonidos en colores, como las descomposiciones de los matices en notas del pentágrama y como las notas del pentágrama en arcos-iris, el ideal absoluto en visión de formas y de relieves que hasta los más materiales sentidos llega, y el Universo material y todas las cosas creadas en idealidad celeste, como las hipóstasis y las gerarquías y las potestades y las vírgenes y los arcángeles y los querubines y los santos, soñados por los místicos, al son de la campana y del órgano, en sus misteriosos deliquios. No es mucho, pues, que pensador tan extraordinario ejerciera un poderoso influjo sobre los anti-averroistas platónicos y sobre los anti-averroistas literarios. Pero donde más se advierte y admira cómo esta grande alma desagua en la filosofía moderna, es al estudiar á Giordano Bruno, cuyo sistema filosófico es un consiguiente de la doctrina de Raimundo Lulio y un precedente de la doctrina de Schellingh y de Hegel: que tan altos destinos estaban reservados á su idea en la historia universal del humano pensamiento.

Siglos, como el décimotercio y décimocuarto, los cuales produjeran á Ramón de Muntaner en historia, con Arnaldo de Villanueva en física y Raimundo de Lulio en metafísica, bien podían descansar en paz, aguardando el júicio de los sucesivos tiempos. No decayó en el siglo décimoquinto la literatura catalana; por lo contrario, prestó servicios inolvidables al renacimiento universal. Y vamos inmediatamente á verlo. Imposible comprender el siglo

décimoquinto sin alzarse hasta los comienzos del siglo décimotercio, é imposible comprender Cataluña y su carácter sin evocar Italia y su influjo. El movimiento literario, científico, social de la monarquía aragonesa ¡oh! se trueca en una especie de oscuro enigma, si olvidamos los días del siglo décimotercio y la posesión maravillosa del territorio italiano, recibida como un legado de Federico II, el gran emperador gibelino. ¡Qué hombre éste, y qué tierra, señores, aquélla! Encrucijada en el camino de todos los pueblos; campo de batalla en el combate de todas las ideas; depósito de la antigua ciencia griega y de la moderna ciencia árabe; sublime poema cíclico en que resuellan como resonantes fraguas los pulmones de los Titanes y tierno idilio en que cantan como melodiosos enjambres los pastores de Teócrito; puerto necesario á las naves salidas de las regiones más luminosas entonces del planeta; con valles tranquilos é inocentes como paraisos al pié de montañas encendidas y fulgurantes como infiernos; con ruinas llenas de cicuta y ciudades llenas de vida; resucitaba Sicilia el ministerio de aquellas grandes islas del Archipiélago helénico en la antigüedad, Chipre y Creta, por ejemplo, donde los dioses del Oriente, ocultos por las teocracias en las formas de las especies animales, y adheridos á la naturaleza como el feto al viéntre, cámbianse á una en hombres verdaderamente estatuarios y en hermosísimas mujeres, para que los canten las liras de Homero y Hesiodo, los dibujen los buriles de Fidias y Praxiteles, y los evoquen los labios de Demóstenes y de Platón. El hijo natural de Sicilia es el emperador Federico II, místico y racionalista, poeta y político, mahometano y católico, mago y matemático; alma inmensa, cuyo resplandor, suavísimo unas veces y otras siniestro, se asemeja en todo al resplandor de un cometa perdido y errante por los eléctricos hemisferios de la Edad media. El mun-

do eclesiástico veía con horror y extrañeza personificado aquel sacro romano imperio, que rehiciera Carlo-Magno cuatro siglos antes para defender la fé cristiana y sustentar la Iglesia católica, en extraño emperador, semi-oriental y semi-alemán; vestido á la asiática, rodeado de doctores infieles; con su guardia de mamelucos á manera de califa y su serrallo de huríes á guisa de sultán; ducho en componer canciones acompañadas por los instrumentos gratos á los hijos del desierto; henchido de creencias filosóficas, cuyos cánones confundían á Cristo con Moisés y con Mahoma; fundador de escuelas erigidas con el fin así de difundir las artes profanas como de contrastar las ciencias eclesiásticas; tan tolerante que consagraba fraternal amistad al emir Edim por sus ideas heterodoxas dentro de su propia religión; héroe maravilloso en el atrevimiento para proceder como audaz innovador en el atrevimiento para pensar; y que apareciendo ya como fundador de un califato muslímico, ya de un Pontificado láico, ya como nuevo Ptolomeo dado á sincretismos en los cuales cupiesen Roma y Bizancio, Jerusalén y Alejandría, el Vaticano y la Meca, era tenido por la Iglesia, cual tuvo á Nerón el perseguidor en su primer siglo, como un verdadero Antecristo, á quien abortara el infierno, en su pugna eterna y en su empeño incesante de cerrar al género humano el acceso á los cielos. Pues un emperador así emprendió y encabezó nada menos que una cruzada universal á Tierra santa, y reconquistó nada menos que el sepulcro de Cristo, al fin de esta cruzada, haciendo lo que no habían hecho ni Federico Barbaroja, ni Felipe Augusto, ni Ricardo Corazón de León. Mas lo reconquistó por negociaciones y no por armas, á fin de llevar allí la tolerancia de todos los cultos y no la predominante autoridad del culto católico. La lengua de los muezines se unió en el mismo aire á la lengua de las campa-

nas. Los árabes se agolparon á las puertas de las iglesias y los cruzados á las puertas de las mezquitas. Leyeron los unos el Evangelio y los otros el Korán. La gran basílica pasó á poder de los cristianos, y á la sombra de la Cruz, no por una victoria de Cristo sobre Mahoma, sino por una reconciliación de Cristo con Mahoma, como si hubiera entrado en ella la grande aljama de Córdoba ó de Damasco. Así es que, al penetrar Federico dentro del templo rescatado, en vez de las bendiciones eclesiásticas, oyó la excomunión mayor. El Papa le había seguido en sus tratos y anatematizádole por sus impías complacencias. No hubo quien quisiera oficiar en aquellas ceremonias ni bendecir á Dios por aquel triunfo; y Federico, al considerarse vencedor y execrado, rey de Jerusalén y desobedecido, recuperador del Santo Sepulcro y excomulgado, golpeó á los monjes, injurió á los peregrinos, y se volvió irritadísimo después de haber visto la deseada basílica puesta en severo entredicho, y sus espacios desolados, y sus puertas caidas, y sus altares desnudos, y sus paredes enlutadas, como si en vez de presentarse allí el sacro emperador de los católicos, encargado de la restauración del viejo culto, se hubiese presentado un guerrero idólatra como Tito á injuriar y oprimir á la ciudad de los redentores y de los profetas. La Iglesia no le perdonaba que asediase por Sicilia sus dominios terrestres y que opusiese á la dinastía eclesiástica y electiva de los Papas la dinastía láica y hereditaria de los Suabias. El Emperador á su vez quería reivindicar la plenitud del poder civil contra las atribuciones del poder eclesiástico. Así los descendientes de Federico fueron todos exterminados sin piedad. El último de ellos, el pobre Coradino, tuvo su vengador en Pedro III el Grande, quien vinculó en los reyes de la casa de Aragón el ministerio de los reyes de la casa de Suabia. ¡Oh! Todas las demencias de Federico eran demencias de amor. Estaba

enamorado, cual más tarde la creación de Goethe, el doctor Fausto, de la eterna Elena, tan hermosa como nefasta, es á saber, de la tradición clásica. Su sincretismo no era en el fondo más que una especie de resurrección alejandrina del antiguo culto helénico. En la contienda entre la casa de Aragón, sucesora de Federico II el gibelino, y los Pontífices, como Martín IV y Bonifacio VIII, sucesores de Inocencio III el güelfo, late una oposición trascendental de ideas filosóficas lo mismo que una oposición inmanente de predominio político.

Sea lo que quiera, no debe olvidarse, no: al recoger Pedro el guantelete del último Suabia, dejó en lo porvenir á los suyos la competencia con Roma y unió á España con Italia. De sus descendientes unos sucumbieron al cetro abrumador del Pontificado, pero muchos otros le resistieron y áun le debilitaron. Casi todos tuvieron necesidad de mirar tanto á sus posesiones en la Península itálica como á sus posesiones en la Península ibérica. Y no habrá tierra más clásica, ni la increible Atenas, ni el sublime Lacio que la antigua magna Grecia, sí, no la habrá: los escollos de Escila y Caribdis; los peñascos, en sus escalamientos al olimpo amontonados por los Titanes; la gruta de Circe, junto al cabo Minerva, en cuyo pié todavía cantan las sirenas; la isla de Ischia, donde podéis creeros á la entrada del templo de Theseo, viendo las estatuarias doncellas, con su túnica blanca de largas pieles pegadas al cuerpo, y su ánfora inmóvil á la cabeza en guisa de canéforas; los promontorios y cabos, que llevan nombres inscritos en la Eneyda; el oráculo de Cumas que dicta las profecías, no lejos del averno que recoge las sombras, mientras hierve y resuella en la solfatara próxima la levadura de la primera materia; el Pausilipo, lamido por las ondas de la bahía de Partenope, que tantas veces saludaran los helenos, y alumbrado por los destellos del volcán, sobre cuyo

cráter combatió Espartaco y sus compañeros, el Pausilipo, con la tumba de Virgilio coronada de laureles, á cuyo rumor creéis oir las églogas y las geórgicas; todo allí, ruinas y campos, piedras rodadas por los mares y monumentos destruidos por los siglos, ondas y arroyos lucen con el resplandor inmortal de un eterno inextinguible paganismo. Poned en tal tierra un rey como Alonso V de Aragón, prendado de lo antiguo, al caer Bizancio en los abismos y subir al zénit Florencia en los cielos; y decidme si no pasará su vida procurando el renacimiento con la inspiración de un heleno y con la perseverancia de un romano. Así hará callar música deliciosa, porque no le deja oir un autor clásico; empleará el vagar diario, de que puede un rey disponer, traduciendo á Séneca; curará de mortal enfermedad, con sólo escuchar algunas páginas de Quinto Curcio; y suspenderá una batalla, y tratará de paz por haberle mandado su enemigo un códice de Tito Livio. Hijo de D. Fernando de Antequera, tío del desgraciado poeta príncipe de Viana, primo del gran sabedor Juan II de Castilla, enemigo de D. Alvaro de Luna, hermano de aquel rey de Navarra, célebre por sus grandezas, tanto en la virtud como en el crimen; adoptado por Juana de Nápoles; cautivo de los genoveses en Ponza; prisionero de los Vizcontis en Milán; huésped de los Médicis en Toscana, rey de las dos Sicilias, y de Cataluña, y de Aragón, y de Valencia, y de Mallorca; príncipe feudal del centro de España, donde se presenta unas veces en armas y otras con aquellas preseas cantadas por Jorge Manrique en su elegía, diríasele impulsado á recorrer tantas tierras, y á tratar con tantas gentes para reunir tres literaturas y poner su nombre y el nombre de nuestra España en la obra más capital de los tiempos modernos, en la obra del Renacimiento. Mirad su corte. Allí Eneas Silvio Picolomini, gran ciceroniano, apercibido ya para subir á la

Sede Pontificia, escribe historias de los Concilios en latín de los antiguos; allí Lorenzo Valla inicia en el helenismo y sus misterios, con elocuencia digna de la inmortal Agora, no sólo á los jóvenes, sino también á los maestros; allí Jorge de Trebizonda recompone los textos mutilados y maltrechos de Aristóteles; allí Poggio da lecciones de reinar á los monarcas modernos con su traducción de la Ciropedia en magnífico lenguaje; allí Filelfo recibe la divina corona de áureo laurel á la inspiración y al genio reservada entonces; allí van desde los que han oido á los platónicos en el Concilio de Florencia y han visto á los artistas en los nuevos jardines de Academo, á las orillas del Arno, hasta los que á las orillas del Tíber acaban de sacar las estátuas de los abismos reabiertos y de las cenizas reanimadas, reanudando así el interrumpido hilo de los tiempos y rehaciendo la fundamental unidad de la humana historia. Imaginaos qué movimiento de admiración toda esta espiritual corte produciría en Fernando de Valencia, hijo de la bella ciudad, con cuyo nombre ha pasado á la historia. Humanista, conversó con los antiguos en aquella Pascua de su resurrección; poeta, imitó á Horacio con la fidelidad filial de un devoto discípulo; orador, compitió con Marco Tulio, venerándole al extremo de usar en plural concienzudo y reflexivo la palabra Dios, achaque propio á un tiempo, tan pagado de las formas y de la expresión, que no tenía escrúpulo en maltratar el primero entre los dogmas católicos por no mal herir la última de las elegancias sintáxicas. Este gran erudito volvió de la ciudad de Nápoles á la ciudad de Valencia, después de muerto Alfonso V, y en compañía de su amigo Ramón Ferrer fundó una escuela literaria de alto saber, á la cual se debe sin duda el soberano influjo de su patria en el renacimiento español. Y no las letras tan sólo tenían valimiento; lo alcanzaba también la poesía, dejando una es-

tela de Nápoles á Valencia y de Valencia á Nápoles, que debía unir las almas de los dos pueblos. Allí, junto á los poetas latinos é italianos, un Sandoval y un Estúñiga de Castilla; un Sessé y un Urries de Aragón; un Roig y un Aulesa de Cataluña, quienes, usando indistintamente las tres lenguas, confundían la trilogía de sus ideas en la unidad maravillosa, necesario precedente á la formación y desarrollo del espíritu moderno y del estado español.

Digámoslo en puridad: la literatura catalana en el siglo décimoquinto establece la relación más estrecha entre Italia y nuestra España, de igual suerte que la política catalana en los anteriores siglos había establecido la relación más estrecha entre nuestra España y Europa. Como el Ebro corre de las montañas cantábricas al mar Mediterráneo, Aragón corre al mar Mediterráneo desde las montañas pirenáicas. Y en el mar Mediterráneo debía encontrarse, primero con Provenza, después con Italia, después con Grecia. La devoción á Italia especialmente nos dió Ausias March, el primero y más característico de nuestros poetas líricos en la Edad media. Es verdad que, así como el Dante y sus alegorías habían despertado la vena poética de Andrés Febrer, quien traduce terceto á terceto la Divina Comedia, y del Comendador Rocaberti, quien traza dantescamente *La Gloria del Amor*, también tienen las estancias de Petrarca antes de Ausias March, por traductor é imitador á Mosén Jordi de San Jordi, con otros poetas ilustres. Digno de imitarse ciertamente aquel modelo, en cuyo acento la nota cuasi única es el amor, como en los acentos de los ruiseñores por las primaverales enramadas. Cinco siglos han pasado sobre sus cánticos y sobre su vida, cinco siglos, en que han brotado los primeros poetas líricos de la historia quizás; y todavía oimos susurrar la fuente de Vallchusa como una melodía melancólica; y todavía vemos prenderse de los árboles, como áureas

enredaderas, los rubios cabellos de Laura; y todavía sentimos el arrobamiento causado por el centellear de las estrellas, semejantes á dulces retinas, ó por el jugueteo de las auras aromadas de tiernos y suaves suspiros; pues las cadencias, las estancias, la metrificación atrevida y varia, los sonetos, la sinfonía entera de aquellos versos nos repite un estado de nuestro espíritu, lleno un día de placeres y hechizos, el encanto de la vida toda, y de la tierra, y de la sociedad, por la virtud magnética y creadora del amor. Ausias March ama con la misma intensidad íntima de Petrarca, y con mayor pureza todavía. El mundo externo se halla más lejos de su alma, desunido del cuerpo completamente, para mejor unirse y compenetrarse así con el alma querida en lo infinito, como dos esencias exhaladas por dos flores en el mismo tallo abiertas. Sus comparaciones todas resultan profundamente psicológicas, y su poesía parece como una tela extendida en las interioridades más íntimas y más profundas del alma. Pocos poetas se recogen tanto en sí mismos y usan y emplean con tal felicidad la observación interna, y hasta cierto punto el análisis filosófico, para revelar el ser y estado de la pasión soberana entre todas las pasiones, del amor. Aunque no tuviera el siglo décimoquinto en Valencia otro autor, merecería contarse de suyo en el número de las grandes ciudades literarias. Dígase lo que se quiera, Cataluña trajo por medio de Ausias March primero, y una vez cumplida la unidad patria, por medio de Boscán, barcelonés, á la poesía lírica y á su más alta representación, Garcilaso; á la poesía dramática y á su más alta representación, Lope, por medio de sus coetáneos Tarrega, Ricardo del Turia, Guillén de Castro, una cooperación tan grande, que muestra cómo el espíritu nacional fué uno por corrientes magnéticas misteriosas y seguras como las corrientes planetarias, al mismo tiempo que fué uno por circunstan-

cias históricas y sociales nuestro territorio patrio y nuestro estado español.

Resumamos. La literatura catalana está confundida con la literatura provenzal desde su comienzo hasta el siglo décimotercio. En este último siglo y en el décimocuarto, la literatura catalana toma un carácter propio, creando las obras maestras de su lírica, de su historia, de su filosofía y hasta de sus ciencias naturales y exactas. Aunque á fines del siglo décimocuarto y principios del siglo décimoquinto, existe una reacción provenzal, determinada por los consistorios de Barcelona, remedo de los consistorios de Tolosa, el genio italiano se impone con su prestigio al genio catalán, y lo constriñe á trabajar por necesidad en obra tan grande y humana como el renacimiento, personificado por Valencia, la cual engendra desde Jordi de San Jordi hasta Ausias March, y desde Ramón Ferrer hasta Luis Vives. Durante los siglos décimosexto, decimosétimo y décimooctavo, la tierra lemosina se consagra con empeño á la unidad nacional, esmaltada por ella con verdaderos ingenios, á quienes tanto deben así nuestras letras, como nuestras ciencias en su contínuo desarrollo. Pero esta indeclinable absorción de las regiones periferiales por el centro de la Península, necesitado de constituir fuertemente la nación, eclipsa la lengua y literatura catalana, renacidas, restauradas á nuestra vista, en nuestro siglo, por virtud del derecho y del espíritu modernos, en cuyos senos la unidad y la variedad coinciden como en los senos del Universo.

Indudablemente, los caracteres de la literatura catalana le dan tal aspecto propio, que no puede confundirse con ninguna otra. Tiene toda su poesía objetiva y cuasiépica predominantes propensiones político-sociales. Su historia supera en mucho á las historias todas del tiempo, así por la elevación de los asuntos como por el juicio de

los historiadores. Su primer libro en prosa no es esa colección de narraciones chispeantes, pero inmorales que inician la literatura italiana, sino un libro de sentencias filosóficas en que resplandecen con las virtudes los talentos del mejor entre nuestros primeros caudillos. Su libro de caballería por excelencia, su Tirante el Blanco, sepárase de los demás libros de caballería, por la enemiga incontrastable á las fábulas inverosímiles y á las maquinarias absurdas. Con seguridad tal obra no hubiera trastornado el seso á nuestro D. Quijote. La literatura caballeresca, eminentemente provenzal, pues de Provenza copió el poeta germánico sus tradiciones del Santo Graal, y áun de Provenza misma se sospecha por algún erudito que dimanó el Amadis de Gaula; esta literatura, tan extraña é inverosímil, tomó en Cataluña un carácter de verosimilitud con el Tirante, cual cumplía de suyo á la gravedad catalana. En todo tiempo la poesía de tan privilegiada región tuvo un carácter social y la ciencia un sentido práctico, demostrativos de cómo es aquel un pueblo, por complexión, fuerte, de inteligencia sana, de razón clarísima, de voluntad activa, de trabajo perseverante, de valor heróico, de tenacidad incontrastable, al cual se juntan las virtudes varias del trabajo con las virtudes del combate, como nacido en tierra de tanta fortaleza y criado de antiguo en los ejercicios de una, más ó menos privilegiada y excepcional, pero segura y firme libertad.

La mucha extensión, dada necesariamente á este discurso, impídeme dilatar mis indagaciones á la literatura catalana contemporánea, digna por cierto de su abolengo y en consonancia completa con sus tradiciones. Desde la maravillosa oda, monumento del arte lírico moderno, consagrada por Aribau á la patria, el movimiento literario de Cataluña ni ha retrocedido ni ha parado un momento. Cada manifestación fundamental del espíritu

ha encontrado allí un representante gloriosísimo, dotado por cierto de verdadera originalidad. Si lo permitieran mis fuerzas, debilitadas por este difícil regreso á lo antiguo, y lo tolerase vuestra noble atención, ya por mi prolijo discurso exhausta, cuánto me holgara en presentaros el cuadro de la literatura catalana en estos tiempos de su gloriosa resurrección. Materia larga prestarían á mi admiración fervorosa el poeta épico y místico, en cuyos versos las odas hablan como si fueran ideas, y las ideas resuenan como si fueran odas, iluminadas unas y otras por los eternos arquetipos; el poeta cómico y dramático, quien une gracia verdaderamente aristofanesca con arrebatos románticos é inspiraciones concentradas con sabrosísimos diálogos; el humanista insigne, traducido á todas las lenguas cultas, capaz de reavivar con su prodigiosa erudición y sabiduría todos los antiguos modelos é interpretar todos los grandes monumentos; los varios historiadores, voces de los archivos, para quienes se convierte como en átomos de luz, que penetran el espíritu, los átomos de polvo entre los pliegues de los pergaminos; el enjambre de poetas líricos diversos, los cuales han puesto en cada gloria catalana un esmalte de poesía, y sobre cada recuerdo han lanzado esas músicas aladas ideas, capaces de llevar la vida del alma interior á la materia fría é inerte, y de encender sobre cada impureza de la realidad el fuego creador de una llama ideal. Pero vosotros, imposibilitados por su ausencia y por vuestros estatutos, de premiarlos individualmente á cada uno de ellos, los coronáis á todos, con el mayor lauro literario de nuestro suelo, en la persona de su ilustre representante, hoy recibido en estos sacros sitios, y cuyo bondadoso natural aman todos ellos con amor de hermanos y cuyo claro ingenio admiran con admiración fervorosa como timbre de la ilustre común patria.

Poeta, por lo mismo que lleváis con tan justos y me-

recidos títulos este nombre, sabéis que todo arte necesita un ideal, y que todo ideal tiene caracteres divinos, pues acerca lo relativo á lo absoluto y lo perecedero á lo eterno. Pertenecéis á un siglo, que creen muchos, con olvido completo de su historia, materialista y ateo, cuando jamás tuvieron poder tan grande las ideas, ni rodeó al Universo material un éter tan luminoso de idealismo. Trabajad, puesto que veis las invisibles alas de todas las cosas; puesto que oís la música incomunicable de todas las esferas; puesto que adivináis el deseo encerrado en todas las fuerzas; trabajad para que la creación, cuyos senos se trasparentan así que reciben la luz de un gran pensamiento, sea cada día más etérea; y para que se dilate sobre sus espacios, sobre su material infinidad, el infinito espiritual, el alma humana, que adquiere mayor conciencia de sí misma y más vida y más firme voluntad, según se acerca, en sus aspiraciones y en sus vuelos, á lo perfecto y á lo santo. Creedlo, como el satélite busca de suyo al planeta y el planeta al sol; como el frío acero imantado por misterioso magnetismo tiende al polo y el humilde vapor dormido en la superficie de las aguas tiende á las alturas; el alma humana, la más bella de las creaciones divinas, tiende á Dios, y en Dios encuentra, no sólo el manantial de ideas que extingue su inextinguible sed y ansia de lo infinito, sino la suprema esencia que fundamenta su libertad y explica su derecho. Mientras, de un lado, los que más se imaginan representar al siglo, creen que lleva en sus entrañas un Dios muerto, y por consiguiente que nunca puede ascender allende la materia extensa y la fuerza mecánica, ciego para todo ideal, ¡ah! de otro lado, los que representan el espiritualismo tradicional, histórico, religioso, creen que la libertad y el derecho moderno resultan siempre una rebelión contra el cielo. Vos desmentís á unos y á otros con la

obra que traéis, como vuestro timbre, y que tanto exalta vuestro nombre.

Pertenecéis á las gentes que han esparcido las cenizas frías de la Inquisición, acabando con la intolerancia religiosa; que han agarrado, en medio de los mares, la barca infernal del pirata negrero, engendro de Satanás, y la han por siempre sumergido en el infierno; que han llevado el verbo de la razón á las más humildes criaturas, y han roto las infames cadenas de millares de esclavos, como bestias vendidos en babilónico bazar y como cosas apropiados en tropical ergástula; que han difundido el epílogo de la moderna filosofía, difundiendo el imprescriptible humano derecho; que han creido al pensamiento dotado con un criterio propio bastante seguro para encontrar lo verdadero y á la conciencia dotada con una luz natural bastante viva para conocer lo bueno; y con todo esto, si en vuestras peregrinaciones poéticas habéis penetrado dentro de aquel cenobio de Monserrat, al anochecer, entre los últimos resplandores del crepúsculo y los primeros resplandores de las lámparas; cuando la crestería del templo y sus torres se confunden á una, entre las dudosas sombras, con la crestería del monte y sus pirámides; cuando baja de lo alto la campanada de la oración al valle, donde suena la última esquila del ganado y el último resuello de la fábrica; cuando se avivan y encienden á un mismo tiempo las resinosas teas en las majadas y las primeras estrellas en la tarde; bajo las bóvedas, al pié de los altares, vuestra voz ha unido sus acentos á la Salve, que se diría entonada por las voces del alma y por las del abismo; vuestros labios han dicho la letanía, que allí dicen los coros del monasterio y los bosques del desfiladero; y habéis anotado en vuestras poesías el Te-Deum eterno de las ideas y de las cosas; y habéis subido á la cima donde la ciencia y la religión se identifican, pues las capas de aire, incoloras

aquí, forman allá, en la inmensidad, el azul de los cielos; y la onda, en las profundidades oceánicas amarga, se torna dulce al evaporarse hacia lo infinito; y lo que abajo es mísera luciérnaga oculta bajo una hoja es arriba sol que ilumina tierras de tierras y seres de seres; y las tristes contradicciones del entendimiento suben á síntesis y armonías en la razón: que así como la pavesa de nuestro hogar, indispensable á la vida diaria, no podría, no, arder sin el oxígeno esparcido en la universalidad de la creación, no podría, no, existir este derecho nuestro tan preciado, estas facultades nuestras tan altas, esta libertad nuestra tan querida, sin el aliento de Dios y el amparo de su adorable providencia.

He dicho.

BINDING LIST MAR 1 5 1939

LS.H
B 1717s
241686
Author Balaguer, Victor
Title [El significado é importancia de las literaturas regionales]; discurso.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

